

EN EL PAÍS DEL SOL

Crónicas japonesas de José Juan Tablada



**Prólogo, edición y notas
de Rodolfo Mata**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2005

**INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS
CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS**

EN EL PAÍS DEL SOL
CRÓNICAS JAPONESAS DE JOSÉ JUAN TABLADA

PRÓLOGO, EDICIÓN Y NOTAS
DE RODOLFO MATA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2005

Primera edición: 2005

D. R. © 2005, Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Centro de Estudios Literarios

Circuito Mario de la Cueva

Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F.

www.filologicas.unam.mx

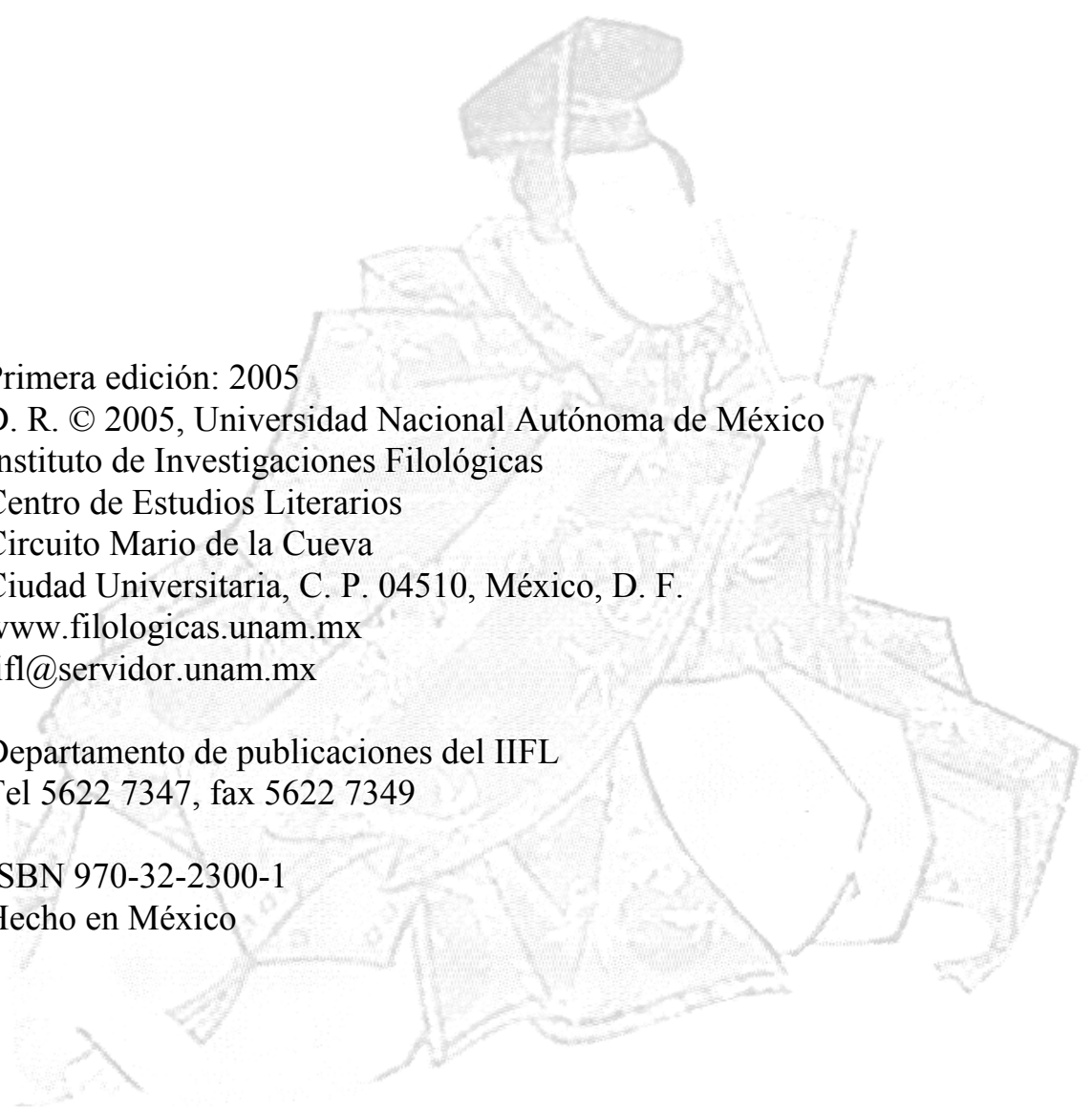
iifl@servidor.unam.mx

Departamento de publicaciones del IIFL

Tel 5622 7347, fax 5622 7349

ISBN 970-32-2300-1

Hecho en México



AGRADECIMIENTOS

Esta edición de *En el país del sol* no hubiera sido posible sin la ayuda que me proporcionaron varios colegas y amigos. Con Ángel Emiliano Herrera Maguey realicé las primeras transcripciones y confrontación de los textos. Ana Leonor Cuandón Alonzo continuó conmigo esta labor y me auxilió a encontrar algunas referencias del autor, a despejar varias dudas acerca de la ortografía de palabras extranjeras y nombres propios, y a encontrar y resolver errores tipográficos que parecían no tener solución. A Esperanza Lara Velázquez, colega del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas, le debo el haberme facilitado fotocopias de algunos de los artículos publicados en revistas y el diálogo constante en torno a la vida y obra de José Juan Tablada. Tsubasa Okoshi Harada, investigador del Centro de Estudios Mayas, también colega del Instituto, me auxilió con los problemas que representa el vocabulario japonés que Tablada utiliza en estos textos, pues desconozco por completo la lengua japonesa. Sus explicaciones de algunas palabras y expresiones japonesas me ayudaron a resolver errores y fluctuaciones de grafías, y me auxiliaron a redactar algunas notas que agregué al texto. La cuidadosa lectura que, con su experiencia editorial, llevó a cabo

Gabriel Enríquez, me ayudó a localizar y resolver problemas que la cercanía con el texto no me había permitido ver.



PRÓLOGO

José Juan Tablada publicó en vida dos libros que tratan directamente temas japoneses: *Hiroshigué: el pintor de la nieve y de la lluvia, de la noche y de la luna* (1914) y *En el país del sol* (1919). Del primero me ocupé brevemente en la “Nota del editor” que antecede a la versión electrónica incluida en el disco compacto *José Juan Tablada: letra e imagen (poesía, prosa, obra gráfica y varia documental)*.¹ El tiraje que tuvo esta obra fue muy pequeño –según los datos asentados en sus páginas, 30 ejemplares–, lo cual hizo que se convirtiera, en palabras de Tablada, en una “pieza de coleccionistas”. El segundo, tampoco reeditado hasta ahora, siguió un camino igualmente desafortunado. A lo largo de los años, se volvió un libro difícil de conseguir, incluso en bibliotecas. Publicado por Appleton & Co., Nueva York-Londres, en 1919, *En el país del sol* no tiene indicación de tiraje ni ningún otro dato que permita conocer algo más acerca de esta empresa editorial. Una diferencia fundamental entre estas dos obras es que, mientras *Hiroshigué...* fue dado a conocer directamente en forma de libro, casi todos los artículos que integran *En el país del sol* fueron publicados en *Revista Moderna*, *Revista Azul*, *El*

¹ *José Juan Tablada: letra e imagen (poesía, prosa, obra gráfica y varia documental)*, coordinación de Rodolfo Mata, Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 2003, CD-ROM.

Mundo Ilustrado y *Revista de Revistas*, en los años de 1894, 1899, 1900, 1901, 1905 y 1912, como explico al detalle más adelante.

En el país del sol está compuesto por 25 capítulos de extensiones muy distintas, que provienen de 20 artículos. Entre su debut como articulista, en 1891, y la publicación de *En el país del sol*, Tablada escribió cerca de una veintena más de textos sobre Japón y su cultura que no incluyó en este volumen. ¿Qué criterio lo guió para realizar la selección que hizo? De su diario no sobrevivió ninguna página que proporcione algún indicio de este proceso y en sus memorias no hay nada escrito al respecto. Por otra parte, la obra carece de un prólogo, razón por la cual solamente es posible entrever la intención de Tablada recurriendo al origen y naturaleza de los textos. La primera directriz que aparece al analizarlos es el viaje que realizó a Japón, en 1900. Financiado por Jesús E. Luján, mecenas de la *Revista Moderna*, el poeta salió de la capital en tren hacia San Francisco el 14 de mayo y de ahí se embarcó a Yokohama el 15 de junio. Durante su estancia, Tablada escribió la serie de crónicas que fueron publicadas en la *Revista Moderna*, en la columna titulada “En el país del sol”. En febrero de 1901 regresó por la misma ruta.² Todas estas crónicas, fechadas en diversos sitios de Japón, figuran en el volumen *En el país del sol* de manera casi íntegra, con excepción de una, “Sitios, episodios, impresiones”, que tiene recortes importantes. La serie

² La veracidad de este viaje ha sido puesta en duda tanto por escritores contemporáneos de Tablada como por críticos de su obra.

comienza a ser publicada en el número de la primera quincena de julio de 1900 de la *Revista Moderna* y concluye en el de la segunda quincena de marzo de 1901. El lugar inicial que Tablada da a estas crónicas y la repetición del nombre de la columna en el título del libro parecen indicar la intención de subrayar su valor testimonial: el autor *estuvo en el país del sol*. De los 25 capítulos del libro, 17 provienen de estas crónicas; los ocho restantes corresponden a siete artículos dados a conocer anteriormente en revistas y uno cuya publicación previa no se ha logrado identificar. La siguiente tabla muestra de manera clara la correspondencia que hay entre los capítulos del libro y los artículos de donde provienen. Incluye las observaciones más importantes, como son las modificaciones significativas al texto y las fechas consignadas al final de cada artículo o capítulo:

Capítulo de <i>En el país del sol</i>	Artículo original
Liminar Sin fecha.	“ Hacia el país del sol: sitios, impresiones, episodios ”, <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 13, 1ª quincena de julio, 1900, pp. 200-201. El principio del artículo, que corresponde a una carta dirigida a Jesús E. Valenzuela, no está incluido en el libro. Anuncia la serie de artículos.
Parva Lutecia Fechado “San Francisco California, junio, 1900”.	“ Hacia el país del sol: sitios, impresiones, episodios ”, <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 13, 1ª quincena de julio, 1900, pp. 201-203. El capítulo del libro corresponde a dos secciones del artículo precedidas por tres asteriscos, sin subtítulo. Fechado “San Francisco California, junio, 1900”.
Alborada japonesa Sin fecha.	“ Sitios, episodios, impresiones ”, <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 17, 1ª quincena de septiembre, 1900, pp. 257-258. Artículo aparecido ya como la columna “En el país del sol”.
“ At home ” Sin fecha.	“ Sitios, episodios, impresiones ”, <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 17, 1ª quincena de septiembre, 1900, p. 258. Apartado precedido por tres asteriscos, sin subtítulo.
El djinrichi Sin fecha.	“ Sitios, episodios, impresiones ”, <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 17, 1ª quincena de septiembre, 1900, p. 258. Apartado precedido por tres asteriscos, sin subtítulo.
Poemas en la tiniebla Sin fecha.	“ Sitios, episodios, impresiones ”, <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 17, 1ª quincena de septiembre, 1900, pp. 258-259. Apartado precedido por tres asteriscos, sin subtítulo. Se omitieron los dos apartados siguientes que completan el artículo y que corresponden las páginas 259 a 261. Fechado “Yokohama, otoño de 1900”.
Bacanal china Fechado “Yokohama, julio de 1900”.	“ Cuadros del Extremo Oriente. Bacanal china ”, <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 18, 2ª quincena de septiembre, 1900, pp. 282-283. Fechado “Yokohama, julio de 1900”.

Tokio al correr del kuruma Fechado "Nasu-no-Chaya-Tokio, 1900".	" En el país del sol ", <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 19, 1ª quincena de octubre, 1900, pp. 290-293. Sección inicial del artículo, ligeramente modificada para quitarle el principio a modo de carta dirigida a "Mi Poeta querido". Fechado "Shiba-Tokio, agosto de 1900".
Los templos de la Shiba Fechado "Tokio, Shiba, 1900".	" Los templos de la Shiba ", <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 20, 2ª quincena de octubre, 1900, pp. 312-315. Fechado "Tokio, Shiba, 1900".
Los funerales de un noble Fechado "Tokio, septiembre, 1900".	" Un entierro en el Japón ", <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 21, 1ª quincena de noviembre, 1900, pp. 333-336. Fechado "Tokio, septiembre, 1900".
Un "matzuri" Fechado "Motomachi, Japón, 1900".	" Un matzuri ", <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 22, 2ª quincena de noviembre, 1900, pp. 342-344. Sin fecha.
La ceremonia del té ("cha-no-yú") Sin fecha.	" Cha-No-Yu ", <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 24, 2ª quincena de diciembre, 1900, pp. 370-373. Fechado "Yokohama, octubre, 1900".
Un teatro popular Fechado "Yokohama, 1900".	" Un teatro popular ", <i>Revista Moderna</i> , Año IV, núm. 3, 1ª quincena de febrero, 1901, pp. 45, 47-48. Fechado "Yokohama, 1900".
El Japón en occidente Sin fecha.	" Álbum del Extremo Oriente ", <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 8, 2ª quincena de abril, 1900, p. 114. Fechado "México, 1900".
Divagaciones Sin fecha.	" Divagaciones ", <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 6, 2ª quincena de marzo, 1900, pp. 82-83. Fechado "México, 1900".
El castillo sin noche Fechado "Tokio, septiembre, 1900".	" El castillo sin noche ", <i>Revista Moderna</i> , Año III, núm. 23, 1ª quincena de diciembre, 1900, pp. 357-359. Fechado "Yokohama, septiembre de 1900".
La mujer de Tjuang-Tsé Sin fecha.	" La mujer de Tjuang-Tsé ", <i>Revista Moderna</i> , Año IV, núm. 24, 2ª quincena de diciembre, 1901, pp. 378-380. Fechado "Yokohama, agosto, 1900".
Bucólica Fechado "Camino de Honmoku, Japón, 1900".	" Praderas de otoño ", <i>Revista Moderna</i> , Año IV, núm. 2, 2ª quincena de enero, 1901, p. 28-29. El capítulo corresponde a la segunda parte del artículo que tiene el subtítulo "Bucólica". Fechado "Honmoku, Japón, 1900".
Praderas de otoño Fechado "Yokohama, 1900".	" Praderas de otoño ", <i>Revista Moderna</i> , Año IV, núm. 2, 2ª quincena de enero, 1901, pp. 27-28. El capítulo omite la parte correspondiente al apartado "Bucólica". Fechado "Yokohama, 1900".
La gloria del "bambú" Fechado "Yokohama, octubre de 1900".	" La gloria del 'bambú' ", <i>Revista Moderna</i> , Año IV, núm. 6, 2ª quincena de marzo, 1901, pp. 90-91. Fechado "Yokohama, octubre, 1900".
El despertar de la "musmé" (Acuarela de Kunisada) Sin fecha.	" El despertar de la 'musmé' (Acuarela de Kunisada)", <i>Revista Azul</i> , tomo I, núm. 8, 24 de junio, 1894, p. 121. Sin fecha.
La mujer japonesa Sin fecha.	" La mujer japonesa ", <i>El Mundo Ilustrado</i> , tomo I, núm. 16, 16 de abril, 1905, pp. 14-15. El capítulo omite los primeros apartados. Fechado "México, 1905".
La elección del vestido (Estampa de Toyokuni) Sin fecha.	" Del 'Salón ideal' ", <i>Revista Moderna</i> , Año II, núm. 1, enero, 1899, pp. 15-16. El artículo tiene dos apartados. El primero lleva el título "Alcázar en la playa. Cuadro de Arnoldo Boecklin" y el segundo, "La elección del vestido (Estampa de Toyokuni)". Sin fecha.
San Felipe de Jesús Sin fecha.	Al parecer se trata de un texto nuevo, escrito para la edición de <i>En el país del sol</i> . No se ha identificado ninguna publicación anterior con el mismo contenido.
El festival de año nuevo Sin fecha.	" El año nuevo japonés ", <i>Revista de Revistas</i> , Año II, núm. 151, 29 de diciembre, 1912, p. 19. Sin fecha.

Una primera observación se refiere a los artículos que fueron fraccionados en varios capítulos. “Hacia el país del sol: sitios, impresiones, episodios” se presenta completo y ocupa dos capítulos. Los primeros apartados de “Sitios, episodios, impresiones” forman cuatro capítulos pero el artículo no aparece completo. “Praderas de otoño” aparece completo, en dos capítulos. La fecha al final de “Hacia el país del sol: sitios, impresiones, episodios” sólo se reproduce en el capítulo que corresponde al segundo fragmento. En el caso de “Sitios, episodios, impresiones”, la fecha desaparece de los cuatro capítulos quizá porque ninguno de ellos corresponde al final del artículo. “Praderas de otoño” originalmente tenía las dos fechas que se repitieron en los capítulos correspondientes, una de ellas con una ligera modificación. ¿Por qué Tablada tuvo el cuidado de alterar un pequeño detalle en esta última anotación de fecha y no procuró conservar el fechado de “Sitios, episodios, impresiones” en el capítulo “Poemas en la tiniebla”, último que corresponde a este artículo? Por otra parte, cabe subrayar que “Sitios, episodios, impresiones” es el único artículo de la serie que aparece con un recorte realmente significativo. ¿Esta omisión fue una decisión de Tablada, un recurso de última hora para reducir el costo de la publicación o una consecuencia más del descuido con que se llevó a cabo la edición?

Otra observación que se desprende de este cuadro es que la secuencia

original de publicación de los artículos fue alterada. Confrontando el orden de los capítulos en el libro con el orden cronológico que tendrían, considerando la fecha de publicación original de los artículos de donde provienen, se puede formar la siguiente tabla:

Orden de los capítulos de <i>En el país del sol</i>	Orden cronológico que tendrían los capítulos por fecha de publicación
Liminar	El despertar de la “musmé” (Acuarela de Kunisada)
Parva Lutecia	La elección del vestido (Estampa de Toyokuni)
Alborada japonesa	Divagaciones
“At home”	El Japón en occidente
El djinrichi	Liminar
Poemas en la tiniebla	Parva Lutecia
Bacanal china	Alborada japonesa
Tokio al correr del kuruma	“At home”
Los templos de la Shiba	El djinrichi
Los funerales de un noble	Poemas en la tiniebla
Un “matzuri”	Bacanal china
La ceremonia del té (“cha-no-yú”)	Tokio al correr del kuruma
Un teatro popular	Los templos de la Shiba
El Japón en occidente	Los funerales de un noble
Divagaciones	Un “matzuri”
El castillo sin noche	La ceremonia del té (“cha-no-yú”)
La mujer de Tjuang-Tsé	El castillo sin noche
Bucólica	Bucólica
Praderas de otoño	Praderas de otoño
La gloria del “bambú”	Un teatro popular
El despertar de la “musmé” (Acuarela de Kunisada)	La gloria del “bambú”
La mujer japonesa	La mujer de Tjuang-Tsé
La elección del vestido (Estampa de Toyokuni)	La mujer japonesa
San Felipe de Jesús	El festival de año nuevo
El festival de año nuevo	San Felipe de Jesús

Las secuencias dentro de la serie “En el país del sol” (sombreada) se mantienen iguales hasta llegar al capítulo “La ceremonia del té”. De ahí, “Un teatro popular” se adelanta, y la secuencia sigue el mismo orden con la

irrupción de tres capítulos que rompen la serie: dos anteriores a ella –“El Japón en occidente”, publicado como “Álbum del Extremo Oriente”, en abril de 1900; y “Divagaciones”, publicado con el mismo nombre en marzo de 1900– y uno posterior, “La mujer de Tjuang-Tsé”, publicado con el mismo nombre en diciembre de 1901. De los cinco capítulos finales, dos provienen de publicaciones anteriores a la serie –“El despertar de la 'musmé' (Acuarela de Kunisada)”, de junio de 1894, y “La elección del vestido (Estampa de Toyokuni)”, de enero de 1899–, dos son de publicaciones posteriores –“La mujer japonesa”, de abril de 1905 y “El año nuevo japonés”, de diciembre de 1912–, y uno, “San Felipe de Jesús”, no puede ser fechado con exactitud pues, como se señaló en la primera tabla, no se ha encontrado un artículo publicado anteriormente que le corresponda. Sin embargo, como veremos más adelante, la manera en que está redactado indica que es posterior a la serie “En el país del sol”.

En cuanto a la temática, ya mencioné que la serie “En el país del sol” tiene un enfoque testimonial y plantea un recorrido por diferentes momentos del viaje de Tablada a Japón: la escala en San Francisco en espera del barco a Yokohama, el paseo por la ciudad y su visita al parque del Golden Gate; el desembarco en Yokohama, la instalación del poeta en su nueva casa en este puerto y el anuncio de cómo serán sus crónicas; la descripción del *djinrichi*,

sus primeros paseos y experiencias en las calles y sus impresiones iniciales sobre el barrio chino de Yokohama; su viaje por tren a Tokio contemplando el mar y la campiña, la llegada a la estación de Shimbashi, su paseo en *djinrichi* evocando Yedo –antigua denominación de Tokio– el recorrido por la antigua muralla, la visita al barrio de Akasaka y el vislumbre del Palacio Imperial; los templos de la ciudad sagrada de la Shiba; la invitación a presenciar las honras fúnebres del Conde Kuroda; la participación en el festival religioso del *matzuri*, en Yokohama, durante el cual asiste, entre otras cosas, a espectáculos de danza y lucha; la invitación que recibe de su amigo Miyabito a una tradicional ceremonia del té en una mansión señorial, en la que, por cierto, hace un recorrido; y su asistencia a un espectáculo de teatro, en la que describe no sólo la obra, sino el comportamiento del público. La enumeración anterior resume la temática de los primeros trece capítulos del libro, que provienen de la serie “En el país del sol”; dejó los cuatro últimos para comentarlos junto con el resto de los capítulos más ampliamente.

“El despertar de la 'musmé' (Acuarela de Kunisada)” y “La elección del vestido (Estampa de Toyokuni)” son poemas en prosa inspirados en obras de pintores japoneses dedicadas a la figura femenina –la joven doncella y la cortesana– mientras que “La mujer japonesa” es un artículo que describe de una manera más informativa el perfil de la mujer japonesa: su carácter, su

atuendo, sus gestos y costumbres. Se puede decir que estos tres capítulos forman un bloque y por eso se encuentran juntos.

“San Felipe de Jesús” es un capítulo informativo, retrospectivo y testimonial. Inspirado por la reciente conmemoración que hace la iglesia de San Felipe de Jesús (lo cual genera sospechas de que realmente existe una publicación previa del texto en forma de crónica), Tablada recuerda su visita al sitio en Japón donde el santo fue crucificado con otros 24 mártires. “El año nuevo japonés” es también un artículo informativo sobre las costumbres japonesas de esas fechas. La agrupación de estos dos capítulos pudo haber sido motivada por el hecho de que en ambos casos se trata de fiestas populares.

En el capítulo “El Japón en Occidente” Tablada exalta el arte japonés y la repercusión que tuvo su introducción en Occidente, llevada a cabo, según nos informa, por los hermanos Jules y Edmond de Goncourt. En “Divagaciones”, el autor también se presenta como un conocedor profundo de la cultura y el arte japoneses y hace un recorrido por la colección de libros nipones que poseía. Estos dos capítulos presentan al autor como especialista en estos temas y probablemente esa sea la razón por la cual se encuentran juntos.

“La mujer de Tjuang-Tsé” es un relato enmarcado por la descripción de

cómo, una noche de su estancia en Yokohama, Tablada es convidado por Hengh-Li-So a su casa a tomar té y a comer. El acaudalado comerciante chino le cuenta la leyenda del filósofo Tjuan-Tsé, quien regresó de la muerte para llevarse a su mujer, por haber roto la fidelidad que le había jurado, al casarse de nuevo apresuradamente sin respetar el duelo. Tal vez “La mujer de Tjuang-Tsé” haya sido colocado después de “El castillo sin noche” –donde Tablada describe, distante y recatado, el refinamiento del Yoshivara, el legendario barrio de prostitución de Tokio– porque en ambos la temática es la degradación de la mujer.

Como ya comenté, “Bucólica” fue originalmente el apartado final de “Praderas de otoño”. La inversión del orden al parecer obedece a la intención de establecer un contraste. “Bucólica” es una prosa poética en torno al final del verano, en la que el poeta rememora cómo, en los días calurosos, el canto jubiloso y estridente de la cigarra acompañó a la nostalgia con que la imagen de su amada se le presentaba. Este amor verdadero, espiritual y puro, destaca por encima de los amores públicos y sensuales del Yoshivara y del amor traicionero de la mujer de Tjuan-Tsé. Sin embargo, la inversión también puede obedecer a que “Bucólica” trata del final del verano y “Praderas de otoño” está dedicado al otoño y al invierno japoneses.

El texto “La gloria del ‘bambú’ ” está organizado como una narración

dentro de otra: Tablada se encuentra leyendo poesía japonesa en el bosque, bajo el clima melancólico del otoño y de los primeros fríos que anuncian el invierno, cuando a manera de alucinación se le aparece personificado el bambú, que describe su valiosa y bella presencia en la cultura japonesa. Los tres capítulos mencionados formarían un bloque ya que tratan el tema del paisaje natural y las estaciones en Japón.

A esta sucinta descripción de la temática del libro y tentativa de explicación del orden de los capítulos es necesario agregar una última observación. Las fechas que acompañan a cada artículo plantean otro problema. Al parecer, Tablada envió sus artículos para publicación sin seguir la secuencia en que los iba terminando de escribir. No me detengo a proponer un orden alternativo porque no todos los artículos están fechados. Sin embargo, dos observaciones me parecen oportunas. Si “Hacia el país del sol” tiene fecha de junio de 1900, y el siguiente artículo publicado, “Sitios, episodios, impresiones”, de septiembre (Tablada firma “Yokohama, otoño de 1900” y el otoño comienza el 23 de septiembre), y “En el país del sol”, de agosto (la firma dice “Shiba-Tokio, agosto de 1900”), entonces surge una contradicción: ¡Tablada habría viajado a Tokio antes de desembarcar en Yokohama! Tal vez esa sea una de las razones de la omisión del fechado en los capítulos que surgen de “Sitios, episodios, impresiones”. Otra posibilidad

es que, de los seis breves apartados que forman el artículo, los primeros cuatro hayan sido escritos antes (el cuarto es la reseña de la fiesta de la independencia norteamericana en Yokohama el 4 de julio) y los dos restantes (aquellos que fueron omitidos del libro) terminados en septiembre. Un detalle adicional complica las cosas: seguramente el número de la primera quincena de septiembre de *Revista Moderna*, en el que apareció este artículo, salió retrasado pues si la fecha que estampa Tablada es “Yokohama, otoño de 1900”, el texto debió ser terminado después del 22 de septiembre (inicio del otoño) y, además, tuvo que haber llegado por correo a México ya en octubre. La segunda observación es que “La mujer de Tjuan-Tsé” está firmado en septiembre de 1900, en Yokohama, donde el relato tiene lugar, pero fue publicado más de un año después, en diciembre de 1901. Esto nos remite una vez más a la dispersión de los textos de corte testimonial con tema japonés que Tablada escribió y a la pregunta obligada con la que inicié este comentario: ¿Qué criterio guió a Tablada para realizar la selección que hizo? ¿Por qué eligió “La mujer de Tjuan-Tsé” y dejó fuera “Notas japonesas”,³ donde narra un viaje en tren de Yokohama a Hakone (lugar en el que permanece cuatro días refrescándose en una posada a orillas de un lago), su paso por la estación ferroviaria de Shimbashi –Tokio–, su asistencia a una función de teatro *kabuki*

³ “Notas japonesas”, *El Mundo Ilustrado*, 7 de mayo de 1905, pp. 12-13.

y su regreso a Yokohama, tan sólo para partir nuevamente rumbo a Kobe, donde pretende asistir a una subasta? ¿Tablada escribió estos textos a partir de borradores realizados durante su viaje? ¿Exhumó sus recuerdos y los puso en papel como hubiera querido hacerlo en el momento si hubiera tenido tiempo? ¿O simplemente inventó los sucesos y los legitimó con la memoria de su legendario viaje?

La edición

La edición de *En el país del sol* fue pésima: está plagada de todo tipo de erratas y fluctuaciones ortográficas.⁴ Algunas de ellas obedecen al hecho de que la editorial muy probablemente no tenía experiencia en la publicación de libros en español. El desconocimiento de la lengua condujo a omitir acentos, como en el caso de “Perez”, “Dias” o “arboles”; a cambiar palabras como “banquelas” en vez de “banquetas”, “bóvado” por “bóveda”, “explandidesces” en vez de “esplendideces” o “gluetinoso” en lugar de “glutinoso”; a alterar la concordancia de número o género, como en “una caracol”; o a no detectar errores de la edición anterior, como es el caso de “senador”, que aparece en vez de “cenador” (tanto en el artículo de 1900 “Hacia el país del sol”, como en

⁴ José María González de Mendoza, en su ensayo “Confidencias y enigmas” incluido en el volumen *Ensayos selectos*, dice que “las empresas editoriales entonces establecidas en México no se interesaron por publicarlo”.

el libro). A esto hay que agregar que, en los textos de *En el país del sol*, Tablada maneja muchas palabras y expresiones de origen extranjero, en algunos casos castellanizadas. Hay abundantes ejemplos del francés, como *chefs d'ouvre*, *savoir vivre* o *parvenu*; y del inglés, como *snap-shots* o *tramway-party*. No obstante, el mayor problema radica en las palabras de origen japonés, que Tablada escribió usando diferentes ortografías, algunas provenientes del francés y otras del inglés, a veces adaptadas al español. Así tenemos “samuray”, “samurai” o “samurái”; “gueisha” o “geisha”; “musumé” o “musmé”; “oirán” u “oiran”; “Fusiyam”, “Fusiyama” o “Fuziyama”. En algunos casos hubo que investigar si había errores y dónde se localizaban. Por ejemplo, “koaru”, de la edición de 1919, en realidad debía ser “kaoru”, que significa “fragante”, tal como el texto lo explica, y que había aparecido como “koarú”, en la versión original del artículo “La mujer japonesa” (1905).

Cabe mencionar algunos errores que suscitaban interpretaciones estrambóticas para dar una idea del descuido con que se publicó *En el país del sol*. Por ejemplo:

Pues bien, de esa cocina que alguien ha declarado plaza entera a los ojos... (“La ceremonia del té”),

en realidad debería decir:

Pues bien, de esa cocina que alguien ha declarado placentera a los ojos...

O el siguiente párrafo:

Entre estos últimos, Toulouse Lautrec y Feuze son quienes más radicalmente afirman la influencia nipona. Lo que decimos de Francia puede extenderse a Inglaterra (donde el prerrafaelismo ha alcanzado resultados análogos a los producidos por el naturalismo japonés, en las artes de aplicación al menos)...

donde lo subrayado fue omitido.

Para la presente edición, el texto de 1919 se tomó como base y, en notas a pie de página, se indican los cambios respecto a las ediciones originales en las mencionadas revistas y algunas correcciones de erratas. Se respetó la división de párrafos de 1919 pues se consideró que, a pesar de la cantidad abrumadora de errores, la voluntad de Tablada en este aspecto correspondía a la última versión. Lo que sí se modificó fue que el inicio de cada capítulo se colocó en página nueva, pues la disposición de la edición original era en texto corrido, en el que cada nuevo capítulo se indicaba solamente por el título centrado y en mayúsculas. Se conservó el índice al final del texto, con la paginación original.

Se actualizaron algunos aspectos ortográficos. Por ejemplo, se retiró el acento de la preposición “á”, de la conjunción “ó” y de otros monosílabos como “fué” y “vió”. La misma operación se realizó en palabras como “Leviathán” que cambió a Leviatán, “thé” a “té”, “éter” a “éter”, “medio día” y “media noche” a “mediodía” y “medianoche”, “extra muros” a

“extramuros”, “bajos relieves” a “bajorrelieves” y “cryptomeria” a “criptomeria”, entre muchas más. En algunos casos, como “harmonía” y “armonía” o “bambús” y “bambúes”, los textos originales mostraban fluctuaciones, que fueron resueltas en favor de las segundas opciones. Los usos de la “k” se mantuvieron como Tablada los practicó: kiosko, kaleidoskopio.

En cuanto a la utilización de mayúsculas, encontramos dos casos: mayúsculas iniciales y palabras completas en mayúsculas. En el primer caso, se modernizó el uso de los títulos. Por ejemplo, “General Booth” pasó a ser “general Booth”. Los días de la semana, los meses, puntos cardinales, estaciones y algunos gentilicios, que tanto en las versiones de las revistas como en las del libro vienen con mayúscula inicial, se pusieron en minúsculas. Otras palabras como “Ángelus” también fueron reducidas a minúsculas. Lo mismo se hizo con palabras japonesas simples como “Kakis” o “Kuruma”, o compuestas como “Tcha-Seki”.

En el caso de palabras completas en mayúsculas, se confrontó su uso entre las versiones de las revistas y la del libro. En algunas ocasiones, las palabras que en 1919 aparecen en mayúsculas, realmente estaban en versalitas en los textos de las revistas, como sucede con la palabra “Sammon” en el texto “Los funerales de un noble”. Lo que se hizo en estos casos fue restituir las

versalitas. El texto “La ceremonia del té” tiene un exceso de palabras completas en mayúsculas cuyo uso no parece ir más allá del mero subrayado o énfasis, que en otros textos es indicado con cursivas. Por ello, se decidió cambiar dichas mayúsculas por cursivas, como aparece en la versión de la *Revista Moderna*.

Tanto el uso de palabras completas en mayúsculas como el de versalitas generalmente señalan un énfasis o que se trata de una palabra extraña o extranjera. No obstante, en ocasiones esto parece excesivo, como en el caso de la palabra “confort” –hoy generalmente aceptada–, de los nombres propios de los pintores Yosai y Utamaro, o de la ciudad de Tokio, ejemplos todos que aparecen en “La ceremonia del té” y que fueron reducidos a minúsculas. Las palabras “kuruma” y “kurumaya” aparecen indistintamente con minúsculas o con mayúscula inicial y entre comillas. No hay ninguna razón para que exista esta diferencia, por lo que fueron uniformadas como minúsculas.

Cuando el uso de mayúsculas corresponde al señalamiento de conceptos, como “Arte”, “Belleza”, “Naturaleza”, “Verdad”, esta característica se mantuvo solamente si era indispensable en el contexto de su aparición. Tal es el caso de la siguiente oración de “Liminar”: “[...] son las emanaciones de la voluntad que va hacia el Deber, hacia el deber sagrado...”, donde el uso de la mayúscula inicial contribuye al énfasis expresado y su

presencia se refrenda por la repetición de la palabra. O también cuando Tablada hace de los astros y las estaciones personajes como en “Praderas de otoño”.

Es curioso constatar que en la edición de 1919 las cursivas están casi ausentes. Sólo se presentan en las páginas 13, 50, 51, 59, 79 y en las frases finales que indican el lugar y la fecha de la escritura del texto. En muchos casos hubo que restituirlas siguiendo las ediciones originales en revistas. Tal es el caso de palabras como “moneymakers”, “yashiki” y “parvenu”. Esta casi ausencia de las cursivas parece ser un problema de la casa editorial. En cuanto al entrecomillado, el autor le da un uso similar al de las cursivas pues lo utiliza con frecuencia para hacer notar la presencia de una lengua extranjera en su narración. Por ello, el tratamiento que se le dio fue muy parecido: se retiró el entrecomillado especialmente cuando se repite demasiado convirtiéndose en un estorbo para la lectura y se dejó, en todo caso, únicamente su primera aparición. En algunas ocasiones se sustituyó el entrecomillado por cursiva.

Los nombres propios que Tablada tradujo, como sucede con los hermanos “Edmundo” y “Julio” de Goncourt, se mantuvieron. Algunos fueron rectificadas. Son los casos de “Cima de Conegliano”, que apareció como “Cima de Coregliano” en 1900, y “Cina de Conegliano” en 1919; y “Fromentin”, que habiendo aparecido correctamente en 1900, fue trastocado a

“Fromentín” en 1919. Las diferentes grafías de Buda, como “Buddha” y “Budha”, se simplificaron a “Buda”.

En lo que toca a las palabras de origen japonés, menciono aquí sólo algunas de las decisiones que se tomaron y que no se comentan en notas a pie de página. La fluctuación entre “Okussai” y “Hokusai”, aparecida en el libro, la resolvimos a favor de “Hokusai”, que es como figura en los textos publicados en revistas, excepto “Divagaciones”. La palabra “shiogun”, uniforme tanto en el libro como en los artículos publicados previamente, fue cambiada por “shogun”, también usada por Tablada en otros textos –como *Hiroshigué...* y las crónicas neoyorquinas– y de uso más común. Se procuró que las representaciones alfabéticas de palabras japonesas utilizadas en esta edición fueran las de uso más extendido, ya que cada lengua opta por un camino distinto. Como mencioné anteriormente, Tablada siguió las adaptaciones del inglés, francés y español, por lo que fue necesario adoptar un criterio para uniformar su aparición. Los casos más problemáticos se discuten en notas a pie de página.

Se corrigieron omisiones de comas como ocurre en enumeraciones: “Tifones, plagas(,) terremotos, incendios(,) inundaciones, todos los elementos conjurados” (“Tokio al correr del 'kuruma' ”). También se eliminaron comas mal colocadas: “En seguida venía un centenar(;) de individuos vestidos con la

idéntica túnica de color blanco” (“Los funerales de un noble”); o se introdujo puntuación ausente: “Temí al principio que mi anfitrión que me recibió con ascético saludo me hiciera víctima de una enojosa etiqueta amenguando así los entusiastas placeres estéticos que me había prometido(;) mas por fortuna no sucedió tal cosa y desde luego Miyabito-San me puso a mis anchas proclamando su amor al *sans façon*” (“La ceremonia del té”).

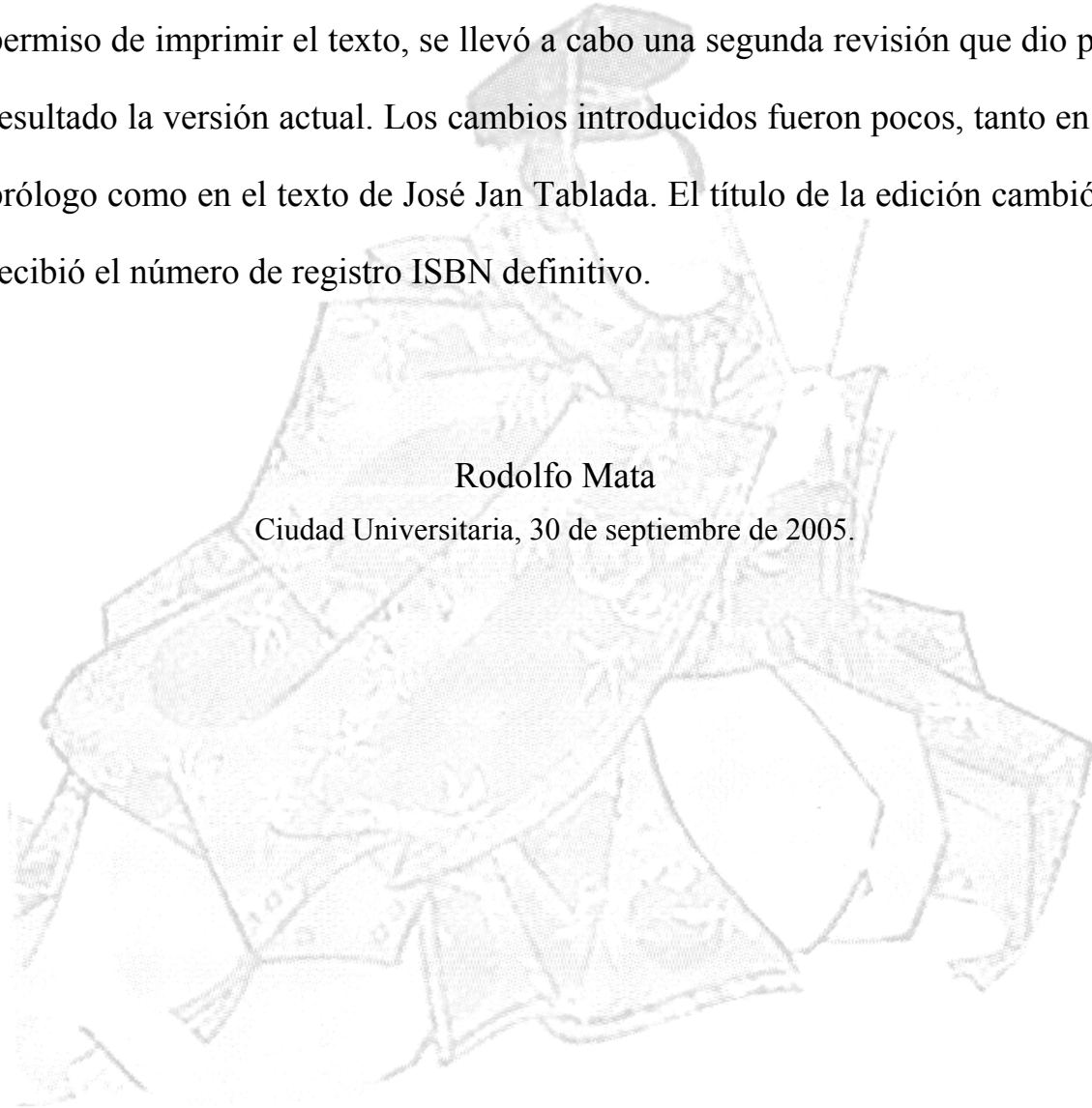
Se optó por incluir notas explicativas de palabras poco comunes como “esplenético”, “rastas”, “farniente”, etc., sólo cuando era indispensable. En casos como “parietarias” y “corimbos”, cuyo significado aproximado se deduce del contexto y no se presta a equívocos, no se agregaron notas para no sobrecargar el texto. En todo caso, pueden ser desentrañadas por el lector con la ayuda de un diccionario simple.

Resta sólo señalar que esta edición fue pensada para ser publicada en internet, por tres motivos fundamentales: el medio ofrece posibilidades de difusión enormes en comparación con una edición en papel, crea la oportunidad de establecer un diálogo más dinámico con los interesados y permite corregir cualquier error (así como ampliar los comentarios en torno al texto). La primera versión fue publicada en la página *José Juan Tablada: letra e imagen* (www.tablada.unam.mx), el 6 de marzo de 2005. El texto se ofrece en formato PDF para lectura y sólo puede ser impreso mediante la petición de

la contraseña necesaria al correo electrónico rmata@servidor.unam.mx. La marca de agua que se percibe al fondo de la edición corresponde a la portada original de *En el país del sol*. Después de recibir varios correos solicitando el permiso de imprimir el texto, se llevó a cabo una segunda revisión que dio por resultado la versión actual. Los cambios introducidos fueron pocos, tanto en el prólogo como en el texto de José Jan Tablada. El título de la edición cambió y recibió el número de registro ISBN definitivo.

Rodolfo Mata

Ciudad Universitaria, 30 de septiembre de 2005.



EN EL PAÍS DEL SOL

LIMINAR

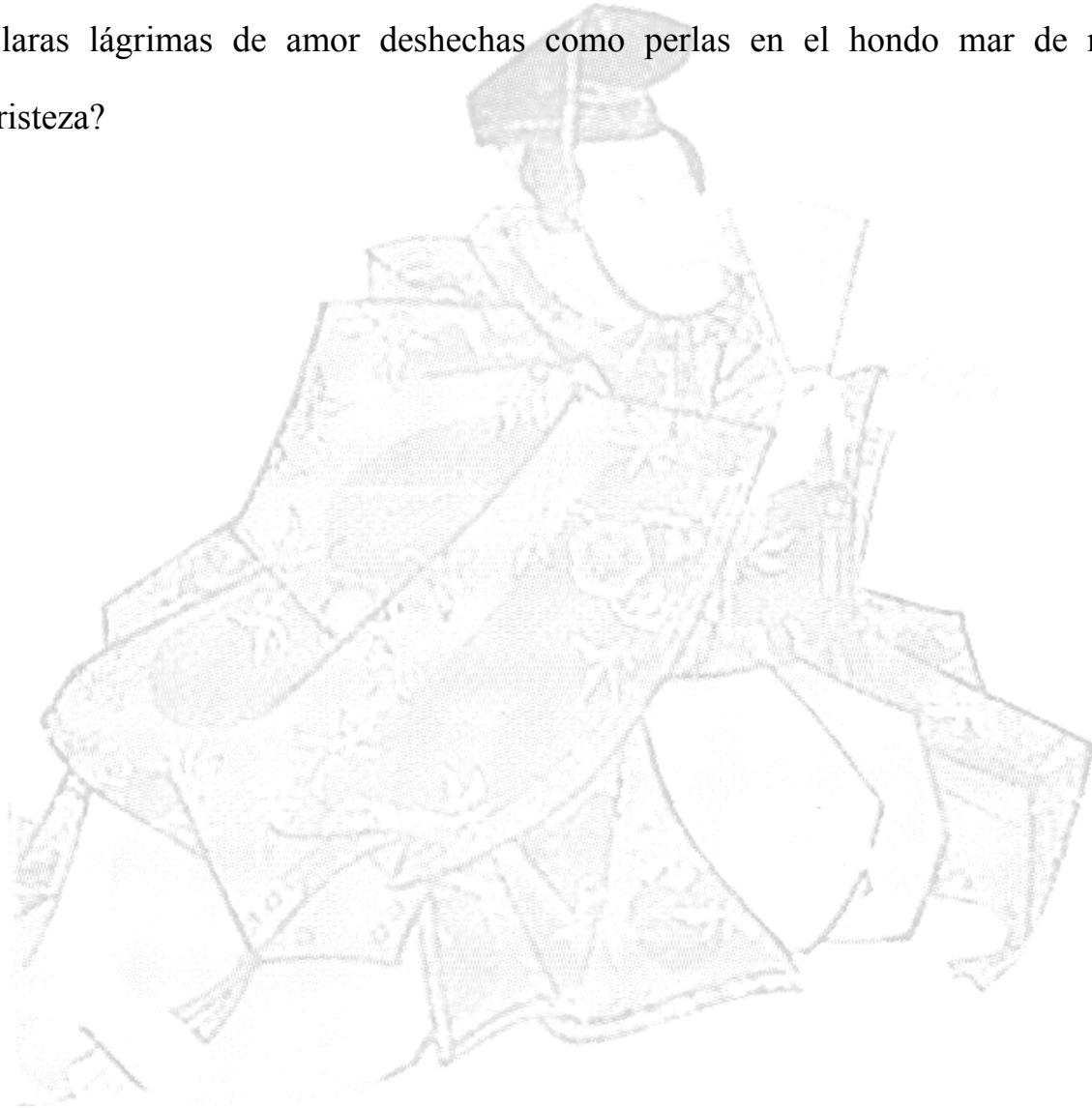
Estoy en San Francisco esperando al transpacífico que llegará de un momento a otro para conducirme a Yokohama y en esta etapa transitoria, los estados de mi alma varían de la mañana a la noche, desde la alegría que suscita en mi alma [la] próxima realización de un alto anhelo artístico, hasta la nostalgia desolada y abrumadora, hasta el ansia y la congoja que sobrecogen mi espíritu al pensar en la adorada ausente que en estos instantes me ama o me olvida... Momentos al caer la tarde, en que mi tristeza inconsolable quisiera tener muy cerca el regazo de una madre para llorar sobre él, horas de pertinaz hastío llenas de fatales presentimientos que con la frialdad de sus alas cenicientas y velludas ahogan toda esperanza, toda dicha, toda ilusión... y luego la reacción de esos desalientos: sonoros ritmos de marchas triunfales que despiertan ecos gloriosos, la voluntad de pie en actitud heroica; clarines resonantes, alboradas de oro, grandes banderas que flamean, y muy cerca el triunfo y el laurel!...

Hay en el espíritu sauces que se inclinan sobre corrientes turbias; son las ideas de tristeza; hay águilas que baten orgullosamente las alas con la

brava pupila clavada firmemente en el Sol; son las emanaciones de la voluntad que va hacia el Deber, hacia el deber sagrado... ¡Ah, la peregrinación de la voluntad! Es la vieja y trágica historia de todas las tentaciones... Las ternuras tienden sus pálidos brazos; los amores abren como rosales floridos sus bocas llenas de besos, las miradas de los amantes irradian tras de nosotros como astros... Y ¡oh sino! tendrá el alma emigrante que rechazar brutalmente los brazos delicados y voluptuosos, tendrá que deshojar las rojas rosas de los besos y que apagar las estrellas de las amantes miradas! Tarea triste y expoliadora! Ir segando lirios, estrujando rosas, apagando estrellas!...

Quisiera el alma toda deshacerse en una canción de suprema ternura para envolver a la bien amada a quien dejamos... ¡Y quién sabe! Quizás sus blancas manos tejan en la rueca del olvido el sudario de los pasados amores! Quizás piadosa, llegue al altar adonde aún vive la pasión y reviva la lámpara moribunda y cambie los búcaros marchitos por nuevas y fragantes flores!... En estos momentos, desde un café de la playa, veo al mar frente a mí. Un gran navío, un enorme Leviatán ha pasado. Va trepidante, lo envuelve la bruma marina y el humo de sus chimeneas; pero al mismo tiempo, a su paso, las olas le bordan una blanca estela en la que hay plenilunios difundidos, perlas regadas y blancos lirios deshojados... Y quizás el fugitivo navío sea la imagen de mi espíritu... Iré hacia lo desconocido envuelto en la humareda umbría de la

tristeza y en la yerta niebla del olvido, o un pensamiento de piadosa ternura y de amor inextinguible seguirá mi paso como una blanca estela hecha de frescos lirios, de pensamientos blancos como rayos de luna, una estela de claras lágrimas de amor deshechas como perlas en el hondo mar de mi tristeza?



PARVA LUTECIA

Contra mi designio; pero impulsado por un sentimiento imperioso, he trazado las líneas anteriores sin resignarme a ser tan prosaico como un agente viajero, sin creer oportuno tampoco hacer vibrar en estas páginas una perpetua crisis de íntimo lirismo. Vamos pues al grano intentando una serie de “snaps shots” sobre esta ciudad de Yankilandia, mejor que un estudio coordinado y sistemático, casi imposible dada mi corta estancia en esta ciudad desigual cosmopolita y heterogénea...

Uno de los últimos sábados el tren de “Overland”, jadeante, y fatigado como yo, después de un viaje de tres días a través de los arenosos desiertos de Texas y Arizona, me arrojó en la estación de los “ferrys”, un sitio que tiene aspecto de barraca, grandeza de basílica y tumultos de mercado.

Arrastrado por la multitud no sentí el paso de la estación a la cubierta del ferry hasta que una oscilación, un vaivén y un fragor de maquinaria me lo advirtieron. Luego, entre la bruma, un silbido incesante y lamentable; a derecha e izquierda enormes navíos cuyos flancos rozamos, y allá, tras de telones de nieblas, en lejanías de ensueño, una iluminación que se hace intensa y aumenta al ritmo de los golpes de la hélice... Al fin en medio de la misma bruma que agolpó Loti en el primer capítulo de su *Pêcheur d'Islande* hombres

y cosas como soñadas por indistintas, la súbita y negra humareda de un buque monstruoso que, una vez disipada, dejaba ver una iluminación de festival, un alumbrado “a giorno”, luces en guirnalda, grandes como faros o fanales, y pequeñas como un chisporroteo... Algunas eran intermitentes como vuelos de luciérnagas o exhalaciones, o fuegos fatuos y otras ardían como soles lanzados por enormes reflectores. El recinto que pisaba se cimbró y me sentí sordo y desvanecido en medio de una multitud que iba y venía, gesticulante y clamorosa. No bien pisé tierra, cuando forcejeando conmigo un ladrón gigantesco, imperioso,⁵ me arrebató baúl y valija. Quise llamar a un policía y otro sujeto me subió en vilo a un ómnibus que partió a todo escape. Ahí me encontré a mi bandido que, en honor de la verdad, no era más que un solícito agente del Hotel hacia donde el ómnibus me llevaba... Luego el cuarto del hotel con su inevitable tristeza, su lujo banal, sus muebles y tapices usados por quién sabe cuántas existencias humanas que, gozando o sufriendo, han pasado por ahí... Y tras de profusas abluciones de agua fría cuya claridad y cuyo fresco rumor borran el cansancio y el recuerdo de los seis días de ferrocarril, tonificado y deseoso de estirar los músculos enervados, me lanzo entre una multitud de transeúntes por las anchas banquetas de una calle radiosa,

⁵ En la versión de 1919 se omitió la palabra “imperioso” pero se dejó una coma que separaba injustificadamente sujeto y verbo, por lo que supusimos que es error de la edición y no una corrección de Tablada.

alumbrada por diurnas claridades y por donde sin cesar transitan centenares de hombres atareados y de mujeres hermosas, elegantes “flaneuses” que pasan entre oleadas de perfume y rumores de seda estrujada. Son las 8 de la noche en Market Street, una gigante amplificación de nuestro atardecer en Plateros; ruidos incesantes llenan la avenida que se extiende hasta remotas lejanías; los tranvías eléctricos y de cable suenan sus timbres sin cesar y el oleaje humano se hace a cada momento más intenso... Codeado, molesto, ensordecido, dejo esa vía por otra menos tumultuosa y vago al azar para recibir de lleno la brusca sensación de la ciudad desconocida. Estas calles son sin duda las de un barrio de placer; el rótulo “Dancing Hall” se lee a cada instante en grandes cartelones donde en funambulescos “Can-Cans” se despernancan imposibles diablasas, dibujadas por un torpe lápiz sajón que fracasa plagiando a Chéret... Hay música por todas partes; en el tranvía que pasa arrastrando el grupo jubiloso de un “tramway-party”, en los bar-rooms, en los pórticos de los teatros. Voy andando sobre música; por intervalos las rejas abiertas a mis pies, en el asfalto de las banquetas, dejan escapar bocanadas de música subterránea, notas de valeses delirantes que en los sótanos de los cafés-cantantes riman los báquicos jolgorios de rufianes y mujerzuelas, hampa sajona repugnante cuyo espectáculo entrevisto al rojo flamear del gas, lleva la náusea a la garganta... De pronto, por una calle en pendiente brusca, se ve llegar un grupo

heterogéneo; avanzan al son de una tambora y enarbolan pabellones americanos. Pan-pan-pan, el mismo sonsonete que en nuestros teatros, frente a un telón que tarda en alzarse hace el público impaciente, y al golpe final de la tambora la comparsa hace alto. Es un grupo del “Salvation Army”, son los misioneros urbanos que surgieron cuando el general Booth pensó acertadamente que en el vicio de las ciudades había más gente por convertir que entre las negradas del África. Han hecho alto y coreando una canción plañidera, se arrodillan con ademanes de fervor estudiado. Luego cesa la música, y una “virago” albina, bajo el negro sombrero en forma de cofia, desde el centro del círculo con que la curiosidad callejera la rodea, comienza un “speech” que hace el efecto de reclamo de charlatán y de brindis histérico. Es el mismo tipo de la “Evangelista” de Daudet la que ahí gesticula y quiere catequizar no con la dulce palabra de Cristo, sino con un furor religioso, con un fanatismo que se crispa, ulula y aleja toda idea de piedad y de amor cristianos.

Los tamborazos sordos, los cantos plañideros y las salmodias del “Ejército de Salvación”, son una característica del crepúsculo en esta ciudad. Apenas atardece y el vicio aletargado durante el día abre su enorme y viscosa pupila, cuando las amazonas del “Ejército” se lanzan a suburbios y tabernas para llamar al buen camino a las almas extraviadas. Y en verdad que el infeliz

ebrio de “whiskey”, que al despertar de la orgía se encuentra con un espectro del “Salvation” delante, debe, en medio de su asombro pavoroso, renegar del vicio y sentir que sus remordimientos se ahondan hasta el martirio... Vuelvo a mi hotel cuando allá en las alturas de la noche negra, sobre el disco escarlata de un reloj enorme, veo que es medianoche. Extraño las solemnes campanadas de nuestros templos; pero aquí el tiempo pasa sin que lo saluden los bronces y no hay jubilosos carillones de alborada, ni solemnes repiques de mediodía, ni ángelus que se difundan en los áureos crepúsculos vespertinos. Vuelvo a mi cuarto del hotel y por largo tiempo ahuyentan mi sueño los dulces y tenaces recuerdos del “home” y un profano estribillo atacado por agrios violines, en un teatro de *vaudeville*, al lado...

Mañana de domingo, sonora, radiante, estremecida por no sé qué inmenso júbilo que se difunde en su ambiente claro y perfumado... Ansioso de estar a solas, con un libro de versos y mis útiles de acuarela bajo el brazo, tomo un tranvía para ir a Golden Gate Park, cuyo solo nombre me ilusiona poéticamente. Durante veinte minutos el carro eléctrico sube y baja por las calles empinadas y en declive que forman el centro de la anfractuosa ciudad.

La primera calle seduce con sus casas de madera de frívola y pintoresca arquitectura; pero luego la repetición del mismo modelo, la monotonía de los

edificios⁶ se hace insoportable... Se llega a creer que el tranvía rueda sin avanzar por una misma calle... y se siente luego la ciudad improvisada, sin tradiciones ni leyendas, algo, en mayor escala, como los campamentos de gambusinos que abren sus tiendas en derredor de las vetas de oro descubiertas.

Y mientras entre nosotros en cada calle, en cada barrio, en cada sitio late un recuerdo histórico evocando el pasado, aquí un solo vocablo gris y tomado al azar, designa a una avenida de varias millas. Y en todas partes se discierne el sello de lo “parvenue”; no hay ruinas ni edificios ungidos por la pátina del tiempo y el yeso, la hojalata y el “papier maché” se distinguen aún en los edificios que pomposamente imitan a las residencias palatinas o a las arquitecturas castellanas. El egoísmo del burgués enriquecido en un golpe de bolsa, se satisface con una casa que dure el tiempo que él viva; no piensa en sus hijos, y aquí son un mito las residencias señoriales con salones llenos de retratos de antepasados y en donde ha transcurrido la vida de varias generaciones... Hay edificios de piedra excepcionalmente, y los que existen no están marcados con ningún sello arquitectónico; el del “Call” (300 pies de altura) es un gigantesco cubo de cantera que en esta ciudad materialista y

⁶ En la versión de 1919 dice “la repetición del mismo modelo, la monotonía del mismo modelo” mientras que en la de 1900 se lee “la repetición del mismo modelo, la monotonía de los edificios”, por lo que supusimos que la duplicación de la estructura de la frase es un error de la edición de 1919 y no una corrección de Tablada.

vividora parece la colosal portavianda⁷ de un fabuloso Gargantúa; por lo común las habitaciones de la clase media, la mayoría, son del tipo de las que mueven con marmaja los bebés... El tranvía llega a extramuros, bordeando coquetas casas de campo, “cottages” deliciosos que parecen todos amantes nidos hechos para abrigar lunas de miel...

Y llego al parque de “Golden Gate”, penetrando por una puerta rústica que nada dice de las magnificencias interiores. ¡Ah! el sitio es verdaderamente hermoso! En aquellas inmensas avenidas minuciosamente enarenadas, en aquellos sotos, acercándose a bosquecillos encantadores, de misteriosas profundidades, en todas partes cree uno estar, menos en un punto de Norte América!⁸

Parece que la poesía por todas partes desdeñada y la Naturaleza cruelmente expoliada por doquiera, toman ahí su revancha! Y es un triunfante desquite con el que ahí vencen la Naturaleza y la Poesía! Este rincón es de Versalles; por esa callejuela va a desembocar sin duda Madame de Pompadour, en su litera rosa que llevan en peso cuatro negros lacayos! Este pequeño lago lleno de azuladas ninfas y donde empapa sus verticales festones

⁷ En ambas versiones aparece como “portavianda” cuando lo correcto sería “portaviandas”.

⁸ La puntuación de la edición de 1919 es la siguiente: “Ah! el sitio es verdaderamente hermoso! En aquellas inmensas avenidas minuciosamente enarenadas, en aquellos sotos acercándose a bosquecillos encantadores, de misteriosas profundidades en todas partes cree uno estar menos en un punto de Norte América!”. La omisión de comas y signos de admiración es una muestra del descuido con que fue llevada a cabo esta edición por lo que reinsertamos la puntuación siguiendo el texto de 1900.

todo un doliente saucedal, es la rústica piscina en que la Dubarry refrescaba su cuerpo flordelisado por ósculos reales... Y esa avenida vasta, solemne, como para contener la marcha de una guardia real, será hollada en breve por algún legendario magnate que con su corte va a cazar al halcón... Y hay rincones que una lujuriosa vid sombrea y por cuyo césped voy cauteloso, temiendo sorprender al buen viejo Anacreonte que exprime estrofas, besos y racimos en la boca de una ninfa delirante! Y seguía mi marcha...

Bajo este ancho cenador umbroso, Boccaccio tuvo suspenso un galante coro de su Decamerón; en aquel remanso, donde se doblegan los azules lirios estrujados, el cisne divino abrió sus alas sobre Leda... y en aquellas rocas calcinadas, tintas en la púrpura del poniente fue donde vio D'Annunzio a las vírgenes Anatolia, Violante y Maximila... y ahí cantó Poe a Ulalume... y aquí... una ráfaga de frío viento vespéral, saturada de perfumes oceánicos, sopló de pronto envolviendo el lugar en que me hallaba, sacudiendo árboles, arbustos y flores... sobre las páginas de mi libro de versos cayeron las hojas de una rosa moribunda y el polen de los cálices inclinados. Luego, tras de mí una invisible banda de música prorrumpió en una marcha que al principio me pareció la tocata cinegética de una real cacería y que no era más que un infame paso doble. Mi ilusión cayó, estrellándose como una esfera de cristal hecha pedazos... En uno de los costados del parque hay un gran edificio de estilo

egipcio, sustentado por grandes columnas de capiteles lotiformes y campanulares. Es un museo y en sus innumerables salas hay verdaderos tesoros, riquísimas colecciones de etnología, historia natural y bellas artes. Los sabios y los artistas pueden ahí documentarse hasta la náusea y admira cómo con aquel arsenal de inspiraciones que hacen surgir el pasado por poderoso conjuro, no hay aquí una necesaria eclosión de arte... En uno de los salones centrales, vitrinas y escaparates, del plafón al suelo, guardan la valiosa y vasta colección de objetos de arte oriental legada a ese museo por el millonario sanfranciscano John L. Bardwell, y aunque el generoso donador no reveló un gusto depurado, catalogando piezas de “camelotte” junto a sus obras maestras, el todo resulta admirable! Sin moverse de aquí, el curioso podría hacer una monografía sobre marfiles japoneses o sobre cerámica coreana.

En el salón de pinturas hay un admirable “Descendimiento” de Rubens, una “Madona y Bambino” de Cima de Conegliano, que parece pintado en la transición del Perugino a Rafael. El gran paisajista Core tiene ahí una Danza de Ninfas en un crepúsculo vespertino deliciosamente esfumado entre neblinas de la tarde y desvanecimiento solar. Díaz, el Watteau romántico, como le llamó Fromentin, figura con una preciosa tablita “Le Bain des Amours”, galante y voluptuosa y de admirable color. Un pasmoso interior de harem del gran orientalista Benjamin Constant; un óleo vigoroso, paisaje de extramuros

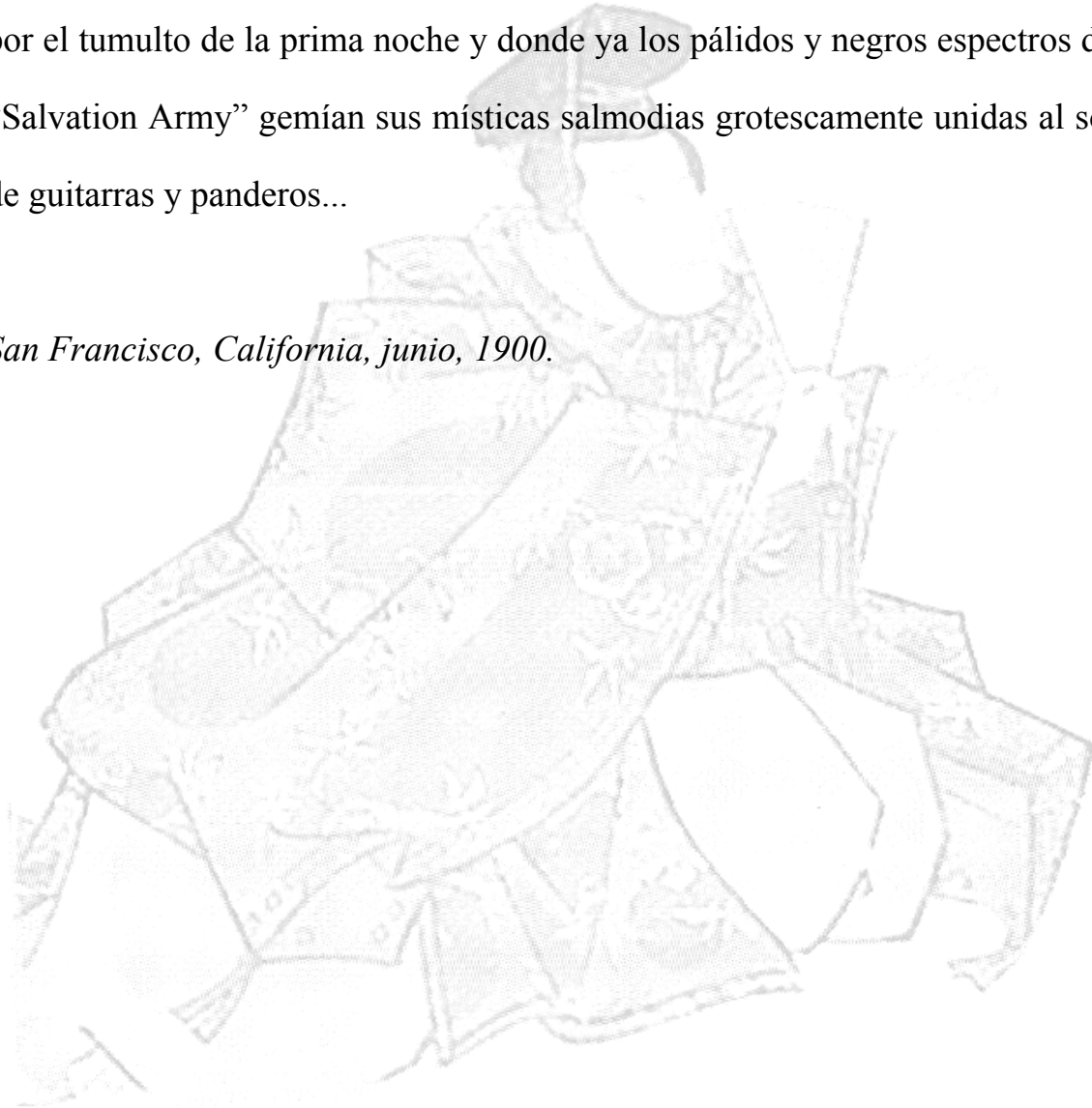
de Piazzetta; unos gatos de Lambert; una partida de caza, escuela netamente londinense de W. Welten; pasteles de figura y acuarelas de paisaje de Doyen, Pérez y Merts, son los hermosísimos cuadros que allí me fue dado admirar. En uno de los salones contiguos está expuesto el cuadro original (muy admirado por Ruelas) de Jiménez Aranda titulado “Semana Santa en Sevilla”, y en verdad que se duda qué sea más admirable, si el firme dibujo, el color delicado, la atmósfera, la verdad de las figuras o la armonía total. Es pasmoso el lienzo aquel! En el mismo salón está expuesta una valiosísima colección de miniaturas, *gouache* sobre marfil y pergamino y esmalte sobre porcelana, firmados algunos por Greuze, el pintor de los interiores rústicos, un holandés parisiense del siglo XVIII, y Nattier, el pintor de cámara de Luis XVI. El inglés Gainsborough y el francés Perrault firman algunos otros de aquellos pequeños y admirables *chefs d'œuvre*.

Salí del museo donde la luz crepuscular desfallecía esfumando los cuadros y tornando gris la blancura de mármoles y yesos. Las avenidas del parque estaban llenas por una multitud endomingada y jubilosa. Grupos familiares, padres de familia haciendo jugar a sus bebés, parejas amantes que ocupadas sólo de su amor reían gozosas o enmudecían en éxtasis contemplativos. Aquella dicha ajena me hizo daño; la imagen distante de la bien amada se insinuó misteriosamente en mi espíritu, a la par que una

sensación de soledad y desamparo cayó sobre mí con las primeras sombras de la noche que descendieron desde los árboles fríos.

Y a los pocos instantes el tranvía me dejaba en la ciudad estremecida por el tumulto de la prima noche y donde ya los pálidos y negros espectros del “Salvation Army” gemían sus místicas salmodias grotescamente unidas al son de guitarras y panderos...

San Francisco, California, junio, 1900.



ALBORADA JAPONESA

Nipón! Nipón! Nipón!... Y el criado chino entra a mi camarote, gesticulante, ansioso por ser el primero en darme la buena nueva... Me visto al albor indeciso de la madrugada, y subo a cubierta, creyendo que no bien traspasada la escotilla, el Japón amado y soñado va a saltar ante mis ojos en un feérico apoteosis⁹ con sus pagodas y sus plenilunios y sus cortejos de musmés¹⁰ y sus tropeles de samuráis...¹¹ Pero nada! apenas si durante la noche el mar ha cambiado de aspecto... Ya no es aquella vasta extensión desolada, verdadero cementerio marítimo en cuyas palideces mi tedio creía distinguir los cadáveres de todos los tritones y a todas las sirenas difuntas arrancadas de sus túmulos de coral y flotando con sus blanquísimos cuerpos a la deriva, entre rotas medusas de cristal, bajo mortajas hechas con los encajes de la espuma y el lino

⁹ Se respetó la decisión del autor de considerar “apoteosis” como sustantivo masculino en todo el texto.

¹⁰ En el texto de 1919 y en las versiones previas publicadas como artículos, esta palabra japonesa aparece como “musmé” pero también como “musumé”. Aunque se trata del mismo referente –en una acepción, “joven” o “doncella”; en otra, “hija”– se optó por mantener la fluctuación de la grafía, la cual obedece a la interpretación de su transcripción en alfabeto latino. Atsuko Tanabe, en su estudio *El japonismo de José Juan Tablada*, observa que los hispanoamericanos transcribieron esta palabra generalmente como “musmé”; sólo José Martí utilizó “mushma”.

¹¹ La ortografía de la castellanización de esta palabra tiene fluctuaciones: “samuray”, “samurai” y “samurái”. En francés también se presenta la misma situación: *samourai* y *samurai*. La escritura de Tablada tiene estas fluctuaciones y otras como “samurai” y “samurayes”. Decidimos uniformar el término a como lo incluye en su diccionario la Real Academia Española –“samuray” y en plural “samuráis”– y corregir los casos en que Tablada omitió la concordancia de número como en “viejos samurai”, a pesar de que en japonés no hay sufijo plural y el autor pudiera haber hecho esto a propósito.

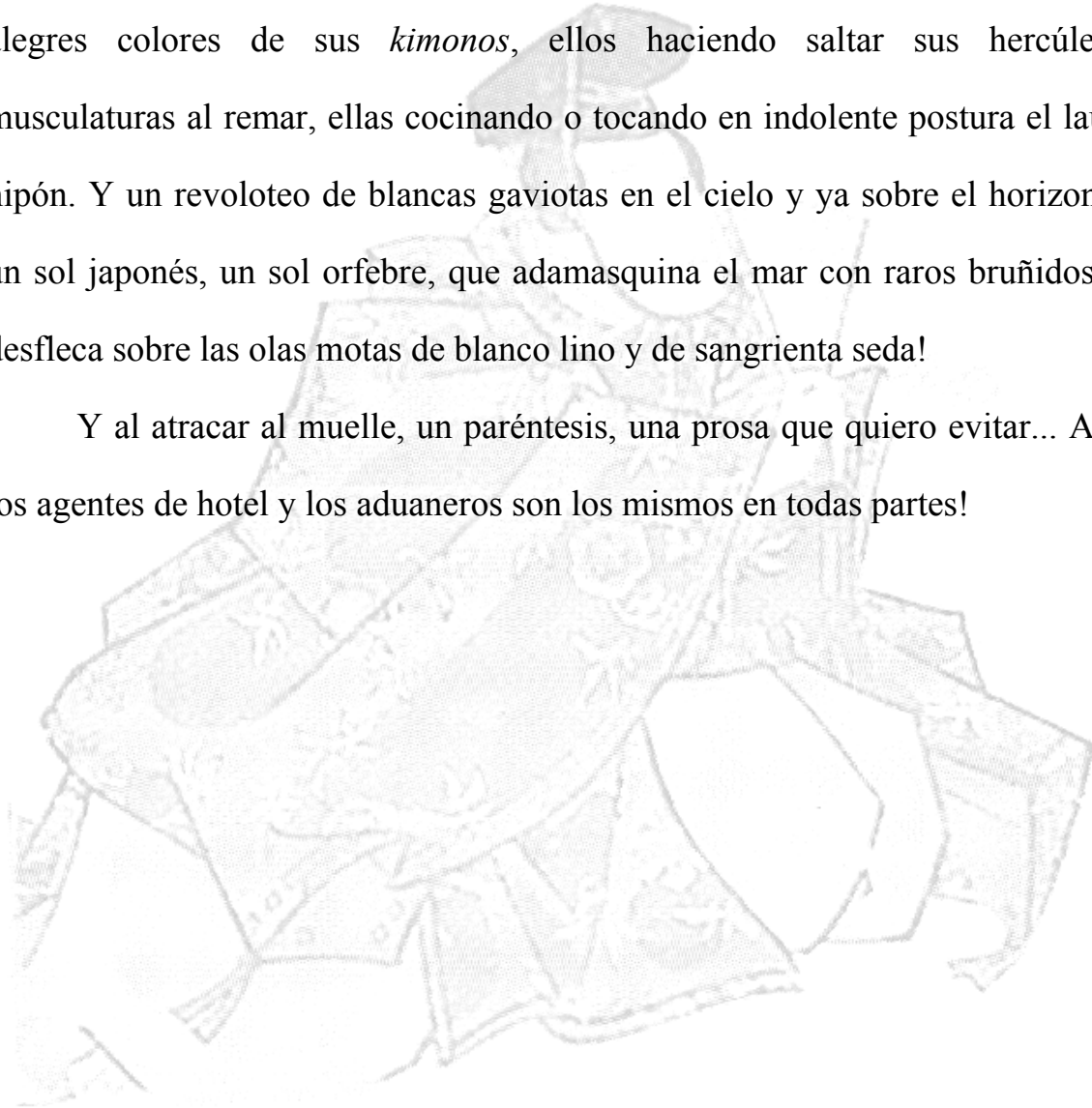
satinado de la Luna! Ni nuestro Leduc, ese lobo, ese lobezno de mar, hoy encallado en los arrecifes periodísticos hubiera podido colocar un episodio sobre los azogues desteñidos del mar de mi travesía! El “navío errante”, el “buque fantasma”, el bajel esplenético¹² del “Holandés Volador” debe haber registrado muchos días como esos en su diario de bitácora... Pero, en fin, el brumoso éxodo ha concluido; en estos instantes gruesas y ágiles olas de un hermoso azul índigo, azotan los flancos del transpacífico que con brutal indiferencia de cetáceo, a los golpes de su hélice jadeante, se encamina obstinadamente hacia aquella remota línea azul que debe ser el Japón, ese Nipón que el criado chino me anunció interrumpiendo mi sueño matinal...

Han transcurrido dos horas, dos de esas horas que se alargan monstruosamente ante lo que se espera y se anhela, y la remota línea azul se denticula, cambia su tinta de vaga lejanía por un sordo verdor, y heraldos de la tierra desparramando una alegre canción de bienvenida y de alborada, pasan en bandada mil gorriones por entre las jarcias de nuestro buque. Luego los botes pescadores japoneses, los *funés* de empinada proa, como las carabelas medievales, y velamen de bambú laminado que repica con festivo rumor de

¹² Esplenético significa: relativo al bazo, órgano que por mucho tiempo se consideró como sede de las emociones y las pasiones y, en especial, del mal carácter y los arrebatos temperamentales. También se le ha relacionado con la melancolía. La leyenda del Holandés Errante permite ambas interpretaciones pues sobre la nave pesa la maldición del melancólico viaje eterno provocado por la conducta desafiante y llena de ira de su capitán.

castañuelas al vaivén de las olas y al soplo terral... Más originales que los buques son las tripulaciones aquellas; mujeres y hombres, patriarcas de barbas nevadas y bebés nipones, como de juguete, todos mezclados, alternando los alegres colores de sus *kimonos*, ellos haciendo saltar sus hercúneas musculaturas al remar, ellas cocinando o tocando en indolente postura el laúd nipón. Y un revoloteo de blancas gaviotas en el cielo y ya sobre el horizonte un sol japonés, un sol orfebre, que adamasquina el mar con raros bruñidos y desfleca sobre las olas motas de blanco lino y de sangrienta seda!

Y al atracar al muelle, un paréntesis, una prosa que quiero evitar... Ah! los agentes de hotel y los aduaneros son los mismos en todas partes!

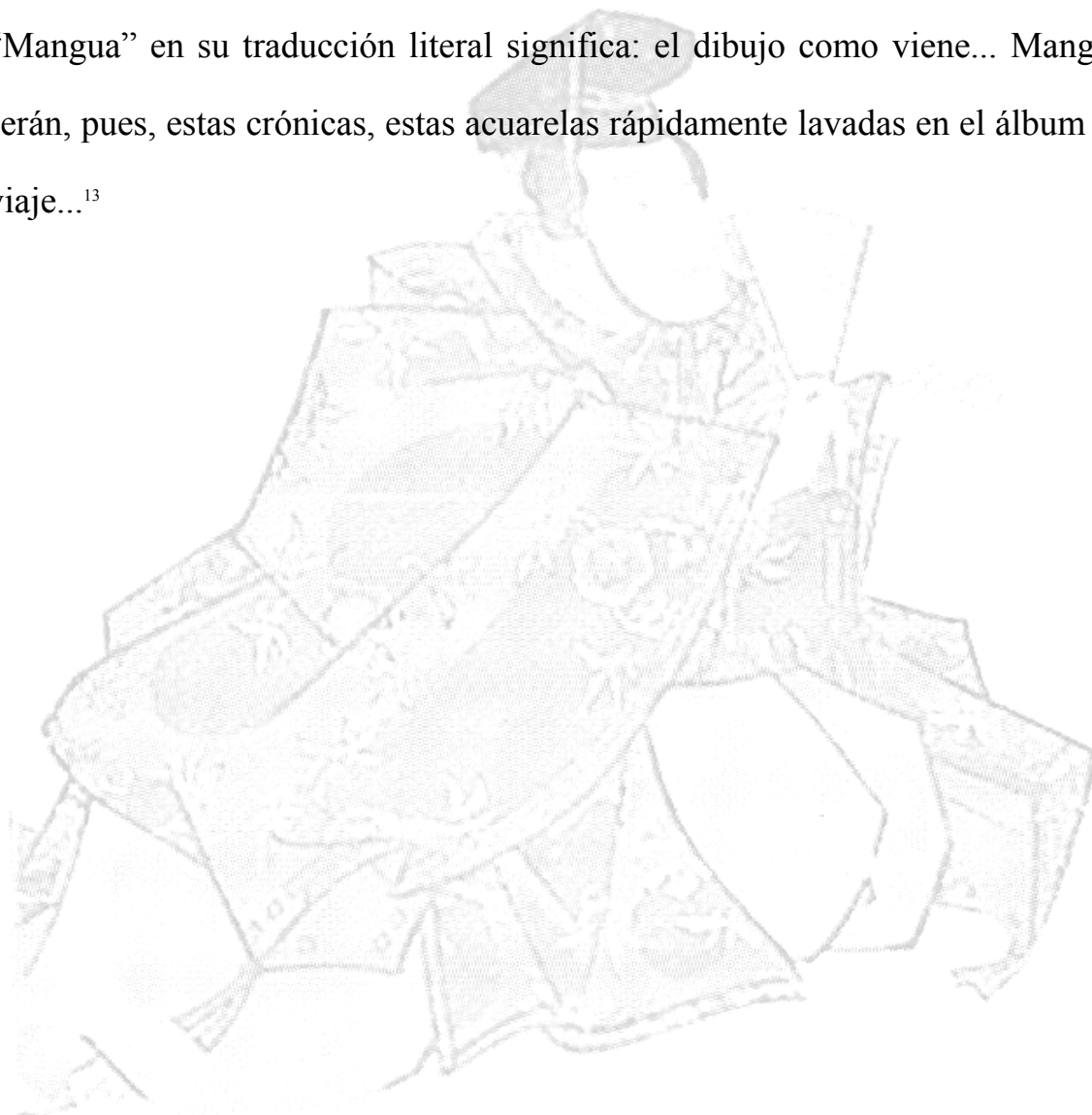


“AT HOME”

Estoy ya instalado. Mi casa está en una callejuela inaccesible para las bicicletas, donde no hay letreros en inglés, ni cantinas americanas, y donde puedo, durante los largos días lluviosos de la estación, tener siempre ante los ojos un panorama encantador y esencialmente japonés: un paisaje de Hiroshigué, en fin! Pero aquí no hay que buscar al arte ni a la belleza, porque lo bello, lo artístico tienen el don de omnipresencia y forman atmósfera estando en todas partes! Para el observador, en esta naturaleza prodigiosa, en estas barriadas donde la vida humana palpita llena de deslumbrantes episodios, no hay más que un obstáculo que toma proporciones de tormento, y ese es: “L'embarras du choix”... ¿En qué fijarse cuando todo, líneas, colores, sonidos, perfumes, hiere los sentidos y arrebató la atención? Estoy perplejo, confundido, anonadado... En veinte horas de vida japonesa he almacenado sensaciones de arte que para ser aquilatadas y depuradas necesitaríase otros tantos meses de labor benedictina. Pero esa tarea regular y metódica es imposible para quien, como yo, tiene “au jour le jour” que anotar sus sensaciones. Lo acertado sería tomar todo como venga, sin buscar una armonía imposible, y así el método resultaría agraviado, pero lo pintoresco ganaría!

A este propósito recuerdo una anécdota: cuando Hokusai, el gran pintor

de la vida japonesa, llevó a su editor las 300 composiciones de la más trascendente de sus obras, éste le preguntó con qué nombre las publicaría; el “viejo loco de dibujo” contestó simplemente: “Mangua”. Ahora bien, “Mangua” en su traducción literal significa: el dibujo como viene... Mangua serán, pues, estas crónicas, estas acuarelas rápidamente lavadas en el álbum de viaje...¹³



¹³ En el texto de *Revista Moderna*, esta última oración continúa de la siguiente manera: “Mangua serán, pues, estas crónicas, estas acuarelas rápidamente lavadas en el álbum de viaje; frágiles aspectos de kaleidoskopio que se fijarán en el paciente mosaico de mañana, en el soñado libro futuro!”.

EL “DJINRICHI”

*Djinrichi! Kurumaya!*¹⁴ breve cochecillo de hada! Eres negro como las góndolas, resbalas como un trineo, y a veces, cuando voy sobre ti y saltas raudo y elástico, me figuro que cabalgo muellemente sobre el lomo de una avestruz! Te encuentro donde quiera, y el hércules bronceado que te arrastra afecta clásicas posturas; se tiende airosamente, haciendo gala de su musculatura soberbia, como “El Corredor” de Heredia, cuando lleva a un impaciente hacia el placer anhelado; en ocasiones, cuando espera ocioso, se cruza de brazos, de pie, inmóvil, dejando que su alba túnica de verano le de el aspecto de una cigüeña plantada al borde de un lago y plagiando la inestable postura de nuestro santo Estilita! Y oh djinrichi, frágil, breve y elástico! yo he visto una noche a tu estoico dueño cubierto con un impermeable gris como la piel de un batracio y entonces, bajo la lluvia y la luna, tu musculoso y bronceado conductor se acurrucaba, en cuclillas junto a un haz de lotos, como un enorme sapo!... El djinrichi es el carruaje de Ceneréntola, cuando lleva a los jardines del Bluff a una musmé de faz blanca y rojos labios como un pierrot que chupara una cereza; el djinrichi con sus negras ruedas delgadas y

¹⁴ Se trata de una expresión vocativa: se está llamando al conductor del coche. La pronunciación de “djinrichi” sería con el sonido /ch/ fuerte; o sea, “djinriki”. “Djinrikisha” es el nombre del vehículo; “kuruma” significa “rueda”; y el sufijo “ya”, “profesión”. “Kuruma” es el carro, no el conductor. En ocasiones la primera palabra apareció como “djin richi”; se optó por eliminar la separación.

su negro asiento, parece una gran tarántula cuando se inmoviliza en el claro, bañado por la luna, de un negro bosque de bambúes...



POEMAS EN LA TINIEBLA

Aquella noche del 4 de julio, el carruaje duende, el raudo cochecillo de laca negra me llevó frente al mar. La inmensa bahía de Yokohama me saturaba con sus salobres ráfagas frías. Detrás de mi espalda se amontonaba la multitud nipona: musmés de trajes multicolores, obreros de largos kimonos, pescadores y marineros casi desnudos, y más allá, en las terrazas de los hoteles a la moda, la población europea; burgueses sin más color que el de su traje, *moneymakers* que del fondo de sus tiendas salían para celebrar la independencia de la nación yankee. Aquellos elementos banalmente europeos y agriamente mercantiles infiltraban su palmaria fealdad en mi pura sensación de arte; pero al fin el arte pudo más que ellos...

Una banda de música, que atacaba los primeros compases de cierta marcha de “Lohengrin”, distrajo mi atención en los instantes en que un gran clamor de la multitud me hizo volver el rostro... El cielo oscuro de la bahía se inflamaba! Hasta entonces el mar de glaucas y espesas olas de intenso azul índigo y el cielo de un gris aperlado, no tenían en su sorda desolación más que los fulgores lejanos de las luces de situación ardientes sobre los buques anclados y rielando brumosamente en el agua. Arriba eran como vagas esmeraldas y turbios granates y topacios opacos, y el reflejo de todo aquello

sobre el mar debilitaba sus colores, amenguaba sus tintas; la esmeralda, al reflejarse, era el vidrio de una botella, el topacio de un ámbar espeso, el granate sangriento no era más que un mate coral... Y he aquí que, simultáneos con el clamor de la multitud, todos los fuegos se avivaban, depurando sus brillos y acrisolando sus resplandores! Toda la bahía se incendió; en los más oscuros rincones hubo una súbita conflagración; todo irradiaba, todo era incandescente! En los mástiles de los buques lejanos surgía un núcleo de luz; en las costas umbrosas, más allá de los navíos al ancla, hacía explosión un cráter volcánico, y de todos aquellos centros generadores de luz llegaba hacia la bahía una mansa corriente de fuego, una marea luminosa, arroyos de lava policroma que bordaban el sombrío terciopelo de las olas, entre cuya movilidad espejeaban los iris inflamados de inauditos moarés...

Todo vuelve a la sombra, hasta que una exclamación de la plebe saluda un nuevo triunfo pirotécnico. Es un simple cohete que se eleva silencioso sobre la negrura del cielo; pero aquel cohete no engendra luces ni detonaciones, es una simple humareda densa y poderosamente amarilla que verticalmente borda un dragón de ámbar sobre la noche tenebrosa; y aquel dragón de humo vomita por sus fauces indecisas un sol incandescente y rojo, y retuerce sus caudas y sus tentáculos en torno de aquel disco anaranjado que

flota casi inmóvil sobre el horizonte negro durante largo tiempo...¹⁵ Tras un gran silencio la multitud grita: Banzai! Banzai! Nipón! cuando se esfuma aquella imagen feérica y nebulosa que encierra un símbolo patriótico...

Luego parten dos cohetes; el primero, que es color de oro, finge al detonar un bosque de bambúes; el otro, que es de color de plata, engendra, cuando estalla, el blanco perfil de dos garzas, y durante algunos instantes, sobre el negro cielo, las garzas llueven sus plumones de plata junto a los bambúes que se deshojan en lágrimas de oro...

Y al final el simulacro que los pirotécnicos japoneses idearon para halagar a los americanos que se festejan hoy. Un fuerte de la costa dispara uno, dos cañonazos, y simultáneamente entre la sombra de la bahía aparece un buque de guerra que dispara tres fuegos de bengala contra el fuerte... Al punto la fortaleza se rinde, se hunde, desaparece entre nubes de polvo...

Y ahí tiene voz la verídica historia de la toma de Santiago de Cuba relatada por un cohete japonés! (No creo que la refieran de otro modo los Tácitos del porvenir!)¹⁶

¹⁵ La edición de 1919 omite la frase “retuerce sus caudas y sus tentáculos en torno de”. Decidimos reintegrarla pues sólo así la oración completa adquiere su sentido pleno.

¹⁶ El texto de “Sitios, episodios, impresiones”, de *Revista Moderna*, del que fueron tomados los capítulos anteriores prosigue con dos apartados más, bastante extensos, que fueron excluidos de *En el país del sol*. La firma “Yokohama, otoño de 1900” tampoco fue trasladada. Reproduzco los dos apartados a continuación:

Una calle japonesa es el lugar más propicio para los estudios de un acuarelista. En el Japón, en Yokohama por lo menos, las calles están limitadas en ambos lados por los costados de los pequeños bloques o manzanas,

y mientras las habitaciones forman la parte superior de las casas, los pisos bajos están casi invariablemente ocupados por tiendas de todos géneros, desde la joyería en cuyas vitrinas horizontales como pupitres se alinean las obras maestras de la plata repujada y del esmalte cloisoné, hasta la mercería llena de nonadas, hasta la tienda de curiosidades, donde se admiran los cascos, los sables, los férreos abanicos de guerra y las armaduras ecuestres de los daimios feudales y de los belicosos *samuráis*.* El que ahí entra, por indiferente que sea a las maravillas del arte humano, tiene que sentirse posesionado por el vértigo del *bibelot*. Cree uno haber visto en una vieja tela del non plus ultra de la tapicería o el más fino producto de laca, cuando instantes después el mercader socarrón y risueño, en medio de una serie de reverencias, os presenta otro bordado y otra laca que superan a las anteriores. Pero la maravilla no se encuentra precisamente en lo grande y en lo ostentoso, sino en lo escondido, en lo diminuto que el artista japonés ha fabricado durante meses, inclinado como un miope y paciente como un gusano de seda! Y en aquellas obras maestras minúsculas no es sólo la paciencia (la paciencia irritante del chino que grabó una máxima de Confucio en un grano de arroz) lo que tenéis que admirar, sino la inspiración, los gestos expresivos, los aspectos de la naturaleza tan verídicamente trasladados a un fragmento de oro o a una astilla de marfil! Así en un *netsuke*,** en una estatuilla de dos pulgadas, descubris, lleno de pasmo, torsos, movimientos y actitudes que en su armonía y en su pureza de líneas evocan las obras clásicas de la estatuaría antigua. En un pez de esmalte rosa aplicado a un prendedor se distingue el brillo húmedo del agua sobre la viscosidad de la piel y una libélula de plata y nácar parece que agoniza y aletea temblorosa clavada en su alfiler de oro! Se siente uno cansado al fin ante aquella ostentación de prodigios, y la admiración se embota al extremo de que los últimos objetos que se nos muestran pasan casi inadvertidos. Quizás en previsión de ese cansancio el japonés *bibeloteur* y coleccionador de arte nunca muestra sus tesoros en conjunto, sino que los guarda y los va exhibiendo poco a poco, buscándoles el fondo apropiado, la luz conveniente, y contemplándolos aisladamente en el *tokonoma*, especie de altar que este pueblo fanático por lo bello ha creado para sus devociones artísticas.

Si se pasa de las avenidas céntricas a las calles de los suburbios, lo pintoresco llega a su colmo. Ese compartimiento donde flamean con frescos tonos primaverales todos los colores de la paleta, es una tienda de legumbres, una recaudería! Qué limpieza, qué aseo, qué idílica frescura! Las legumbres japonesas son célebres por el monstruoso tamaño que han adquirido gracias a la sabia cultura de aquellos campesinos, secularmente agricultores, que tienen métodos ignorados para la irrigación y el abono de sus tierras. Y en aquella tienda, sobre camas de áurea paja, se tienden los grandes tubérculos, las enormes raíces que parecen haber brotado en una hortaliza de Jauja, para la mesa de Gargantúa...! Y todo neto, limpio, frutos y legumbres, como fabricados en cera y acabados de barnizar, con blancuras de marfil, con tintas rojas desde la púrpura sangrienta hasta el coral blanco, y todos los verdes, desde el tierno de las plantas acuáticas y del retoño del bambú hasta el sombrío del follaje del pino y el verde negro de las cucurbitáceas que se redondean en su otoñal madurez. ¡Hermoso motivo de acuarela que sería una deliciosa fiesta de color para los pintores de la “Revista”!...

Y como contraste, frente a esa tienda primaveral y pomposamente colorida, se abre otra que podría tratarse a la sepia sobre la página de un álbum; es un expendio de pescados secos de todas formas y aspectos, que cuelgan aquí y allá alineados como en el aparador de un museo zoológico. Pero hay tal diversidad de líneas y tal variedad de tonos en el mismo color sombrío, que el espectáculo se hace interesante. Aquí un pulpo enjuto y rígido alza sus tentáculos como las ramas de un arbusto muerto; junto hay montones de pequeñas langostas que semejan un hacinamiento de corales; mas allá la cabeza de un sollo enorme con los redondos ojos saltados, parece el boceto de un dragón fantástico, y por fin, en primer término, brillan luminosamente sobre el fondo oscuro las escamas áureas y nacaradas de un ejército de sardinas que se

alinean con simetría para secarse al sol. Qué serie de naturalezas muertas para el semiflamenco pincel de Julio Ruelas! Y a derecha e izquierda, en la calle japonesa, se ostentan, alternando con las tiendas, los talleres de los trabajadores. Aquí es un hojalatero que ayudado de sus pies redondea una lámina de cobre, junto a un yunque minúsculo que parece un *bibelot*; más allá un pintor de brocha gorda traza un “Fuziyama” sobre una linterna encarrujada; luego un chino gigantesco empuja a un chinete, cuyo deforme cráneo afeitado; más allá, en una juguetería, los Dioses y semidivinidad del japonés olimpo, enseñan la bonhomía de sus carcajadas, el énfasis de sus vientres y la fantasmagoría de sus milagrosos atributos a una ronda de bebés que detiene su danzante farándula y cae en pasmo unánime frente a las exuberantes y pintarrajeadas deidades! Ah! Los bebés japoneses!! Loti los ha admirado con Régamey y con el poeta Arnold, y sería necesario ser un misántropo forrado de malthusiano para no encontrarlos adorables! Los amorcillos de Fragonard y Watteau, los cupidos que modeló Tanagra con su arcilla maravillosa, deben tener, al encanto de la infancia, agregada la nobleza de su olímpica estirpe; pero yo sostengo que la gracia drolática, la monería infantil, está en poder de los bebés nipones! Ellos son las flores y el júbilo del arroyo; envueltos en sus batas multicolores, sobre sus sandalias de paja, saltan y ríen, haciendo resonar su alegría infantil y encantadora entre los mil ruidos del trabajo, como una parvada de gorriones granujas lanzaría su burlesco estribillo en medio de una laboriosa colonia de castores! Y saltan abriendo como alas las anchas mangas de sus trajes matizados, en medio de la población de trabajadores, desnuda y sudorosa, doblegada en las arduas tareas, así como una banda de mariposas de mil colores entrando de repente a la cálida estufa donde hilan hasta el letargo, para enclaustrarse luego, los gusanos de seda, las orugas benedictinas!...

*

En la calle japonesa llena de pintorescas tiendas, resonando con los incesantes rumores de sus industrias, donde resbalan los *djinrichis* y revolotean los *muskos*, los bebés, hay todavía algo extraño y de interés palpitante. Quiero referirme a los mil tipos extravagantes y bizarros que de día y de noche transitan por las calles de una población nipona. Toda especie de mercaderes ambulantes va y viene, paseando los más extraños utensilios. Aquel hombre que se acerca llevando en hombros algo que tiene el aspecto de una pagoda, es... cómo diré? es... un *restaurateur* peregrino. Va buscando el apetito, acechando a los famélicos, y no bien topa con alguno, cuando ágilmente coloca en el suelo su pagoda, aviva con un fuelle el rescoldo de un brasero invisible; de una capilla de su restaurant-templo, saca tazas y palillos, y en un momento, limpio, solícito, le da a su parroquiano, por un vil centavo, tres especies de raros guisos y otras tantas reverencias!... En una bocacalle los “musko san”, los señores bebés (así este pueblo con su urbanidad y con su amor por la infancia, designa a los niños), los bebés hacen rueda en torno de un individuo, que como el Ragueneau-ambulante tiene algo parecido a una pequeña pagoda por accesorio... Es un artista; un artista en caramelos!... El bebé alarga un centavo y dice algo al dulcero, que con una habilidad y una prontitud increíbles toma la masa de caramelo caliente, la sopla con un tubo de bambú, la alarga, la pellizca, y la pegajosa materia se transforma instantáneamente en un caballo, en un pájaro en su nido, en un ramo de flores o en un acróbata que se descoyunta... Aquello es un colmo de arte democrático! Y así siguen transitando por las calles japonesas, otros seres heterogéneos y pintorescos que aumentan cuando llega la noche.

Entonces en los barrios bañados por la luna resuenan músicas extrañas y gimen pregones melancólicos... Ya es el *sereno* que golpeando por intervalos dos trozos de madera, ronda con el único fin de inquirir si algún incendio se inicia en la zona que vigila... El golpe incesante de sus maderos inquieta en medio de la calma nocturna; tiene algo del seco chasquido con que los xilófonos imitan el crujir de los huesos en las danzas macabras. Luego se escuchan las dos notas agudas del flautín con que, errando por la ciudad oscura, se anuncian los ciegos que practican el masaje;... hay momentos en que a un tiempo se escuchan

varios pifanos en distintos rumbos y sus dos notas agudas y monótonas suenan entre las sombras como un concierto de gigantescos grillos...

¿Pero qué grupo de siniestros decapitados avanza conducido por negros verdugos, al fulgor sangriento de las antorchas y seguido por una multitud ansiosa?...

Hay rostros cadavéricos de ojos inyectados, de largos mechones de cabello pegados a las sienes por el sudor de la agonía, y hay otros pálidos, blancos, como vacíos de sangre durante el largo suplicio... Hay que tranquilizarse! Los negros verdugos no son más que titiriteros ambulantes, y los trágicos ajusticiados son sus marionetas! Los buenos artistas del arroyo se instalan frente a una puerta y la función comienza; el *teatro* es una barandilla de bambúes más simplificada que un teatrillo *guignol*. Cada artista toma a un pelele en sus brazos y lo mueve con tan singular destreza, y por otra parte los marionetas [*sic*] están tan bien modelados con sus faces que gesticulan y sus miembros de goznes, que la ilusión es perfecta! En el fondo un anciano toca el *shamisen* y cambia de voz a medida que simula el parlamento del marioneta *daimio* o del *samuray* o de la princesa. Aquellas representaciones son dramas espeluznantes y epopeyas furiosas; hay dúos de amor entre la *musmé* que tiembla como una paloma y el *samuray* que ruga como un tigre... Y aquello es patético, y su realismo, lleno de arte, os conmueve y os hace seguir con ansia las peripecias de esos sabios simulacros del amor, de la cólera y de los celos!

Yo sabía que los japoneses, grandes comediantes, tienen el honor de poseer a Danjuro, el *primer actor del mundo*, según la crítica europea; pero nunca pude figurarme que la habilidad y el talento de esos artistas magos lograra convertir un teatro *guignol*, un tablado de títeres, en un proscenio ardiente y tembloroso bajo el choque las pasiones humanas!

Hasta muy avanzada la noche se siguen desarrollando los pintorescos episodios de aquella misteriosa vida... Pronto todo cae en el sueño; durante algunos minutos sobre los tabiques de papel de la casa de té de enfrente distingo sombras chinescas, figuras que pasan y se proyectan en intensas siluetas; luego las luces se apagan, y en el silencio, en el hondo silencio de mi soledad y de mi nostalgia, sólo escucho el lamentable pífano de un ciego que se obstina, y por fin me duermo, soñando vagamente en mi amada a quien miro aparecer en medio de una madrugada gloriosa, bajo un sol que se levanta, sobre un negro bosque de pinos cuajado de rocío...

Yokohama, otoño de 1900.

[* En el original la palabra aparece en singular: “samurai”].

[** En el original aparece “netzke”].

BACANAL CHINA

Mientras los “Boxers” con rabia de gorilas hidrófobos hacen picadillo de carne blanca, el Emperador de la China, en el fondo de su yamen,¹⁷ cumple treinta años y siente que se le funden los tuétanos al calor de un harem caldeado por cincuenta concubinas... Hay sangre europea en las ondas cenagosas del Río Amarillo y en las charcas de los arrozales palúdicos y las cigarras de este otoño han chillado rabiosamente al abrevarse en un rocío trágico que no es el de la aurora... Hordas más salvajes que los “tai-ping” y más funestas que los “Pabellones Negros”, hacen el “scalp” de todas las cabelleras rubias! Las patriarcales barbas de los misioneros sacrificados, los grumos de sus barbas blancas se enredan en las zarzas, confundándose con las greñas de algodón que revientan en las cápsulas maduras!... Los rebeldes “tai-ping” de 53 demolieron en Nankin la maravillosa Torre de Porcelana que tenía 100 metros de altura y 30 en el diámetro de su base... Y los “boxers”, los “tai-ping” de ahora levantarán frente a la parsimonia de las potencias, otra Torre de Porcelana; una torre hecha después de los degüellos y de las hecatombes, con la carne blanca de las mujeres europeas y de los niños inocentes... Y anclada a

¹⁷ El yamen es la residencia de cualquier burócrata local o mandarín del Imperio Chino, desde la dinastía Qing y posiblemente otras anteriores. Dentro del yamen, el burócrata y sus colaboradores llevaban a cabo las funciones de gobierno, ya fuera resolviendo disputas, encarcelando a infractores o redactando decretos y otras medidas.

plomo, en soporosa calma chicha, la flota aliada espera...

Como el Emperador-fantasma cumple treinta años, los chinos de la “China Town”¹⁸ de Yokohama están de huelga, y como nota dominante del festival pasan, llevados en andas con enfático triunfo, muchos marranos que la lumbre doró y que dejan al pasar una estela fétida y rancia... Salen los chinos de sus “bungalow” y de sus sótanos y van al campo, a sus famélicos ágapes, a macular con la grasa de sus viandas el florido tapiz que tiende Otoño en las praderas japonesas... Allá en los oscuros desvanes, en los hediondos tapancos, quedó la pipa atascada de opio y la asquerosa hembra china que cuando se levanta de su tálamo, vacila, intenta clavar en la estera las púas de sus pies atrofiados, pies de cabra o de faunesa, y cae por fin, si una mano de beluario piadoso no se tiende para detenerla y volverla otra vez a su cubil. Pero el tropel simiesco se solaza celebrando la fiesta del invisible y misterioso monarca... Altos, pero escuálidos, irrisorios pero burlones, pasan los súbditos del monarca sin voluntad y sin tuétanos, pasan con las bordadas babuchas hacia arriba y las graciosas coletas hacia abajo...

Ante el japonés, ante el europeo, dejan caer miradas oblicuas de protección infinita. Por unos y por otros han sido marcados al cauterio, y, sin embargo, para unos y para otros tienen miradas que se desploman del zenit!

¹⁸ La frase “de la China Town” fue agregada sobre el texto de 1900.

¿Qué orgullos inexplicables y misteriosos yerguen esos cuerpos raquíticos?
¿Qué elástica insolencia, qué resorte de cinismo endereza esos torsos mil veces doblegados?

Es quizá el sentimiento atávico de sus pasmosas grandezas antiguas...?
O será el fanatismo que rueda vivo como lava, en su sangre saturada de opio, bajo las amarillas y escrofulosas pieles...?

El templo chino es uno de los centros de la bacanal y en Yokohama el chino es el más feo de los templos. En esta ciudad misma, Buda hace estallar suntuosos lotos de oro y el culto shinto tiene arquitecturas maravillosas para encerrar su espejo de bruñido bronce, doble imagen resplandeciente del sol y de la verdad. El templo chino no es ni “estupa” ni pagoda, no tiene influencias indias ni árabes; no encontraréis ahí en su pureza ni a Sakia-Muny, ni a Confucio, ni a Lao Tsé... Pero que otros devanen esa maraña teogónica! Yo os diré que aquello es esto: En una pared gris se abre una puerta que da a un patio embaldosado; ahí no encontraréis nada místico, sino bebés chinos que se tiran de los cabellos, gatean y se atropellan; en un ángulo del patio un grupo de chinos adolescentes que juegan a la raqueta con los pies... Traspasando aquel atrio entráis al templo; una mirada de artista para un maravilloso colgajo, especie de lambrequín o bambalina, de oro esculpido, de oro bordado, de oro

esmaltado; una áurea maravilla! Al lado de ese vestíbulo una especie de teatrillos,¹⁹ suspendidos del plafón, donde la crisis mística de algún teólogo fumador de opio arrojó un carnaval de deidades... Carnaval? o bien “menagerie”, casa de fieras monstruosas y pintarrajeadas?... Hay mandíbulas felinas que amenazan armadas de dientes y erizadas de cerdas; hay rostros amarillos con ojeras negras; éste ríe con el rostro pálido y jocundo de las agonías sardónicas y aquél llora, sólo que para llorar no tiene más que dos pupilas y dos lagrimales, lo demás es hueso, el hueso de una calavera descarnada... Y aquellos rostros de pesadilla tienen trajes bordados que harían feliz a la querida de un rey! Túnicas de seda imperial, recamadas de oro puro y virgen, trajes cuajados de pedrería y perfumados de pecador almizcle tibetano y de azul y místico incienso...!

Más allá pilares revestidos con paños negros llenos de caracteres de oro... más allá, en lo que será el ábside, más oro arrojado por la mano febril y delirante de un artista amarillo y diabólico que fuera el Miguel Ángel de los ensueños siniestros! Las flores que una olvidadiza Primavera dejó en los húmedos y misteriosos campos nipones chorrean grasa después del banquete y están estrujadas, despedazadas por los pies de las mujeres chinas, pequeños y agudos como verdaderas pezuñas. Millones de cohetes han estallado durante el

¹⁹ En el texto de 1900 dice “A los lados de ese vestíbulo [...]”.

día y toda la ciudad china está revestida de gruesas farolas y encarrujadas linternas cuyos bruscos colores cautivan la bárbara retina del mogol...

La alegría china?... Un ataque de bulimia... Los chinos enjutos y secos devoran como la langosta emigrante, devoran en un momento tocinerías enteras, y después gruñen con la beatitud de los cerdos que han engullido... La alegría china es también una epilepsia que avivan las pipas de opio y el aguardiente de arroz!

Cae la tarde... el Sol desde las nubes de nácar lanza el último rayo de sus magníficos fulgores... A un lado y otro de las callejuelas del barrio esplenden las linternas amarillas y rojas. De pronto, cuando nadie lo esperaba un fulgor de explosión se levanta sobre los techos, la población japonesa lanza gritos de pánico; pasan centellantes las cuadrillas de los bomberos, cuyos cascos de metal se coronan de relámpagos... Chu-Sang, el banquero opulento, acaba de prender fuego a su casa! Nadie le probará su delito y la Compañía de Seguros pagará...

...Y entretanto la flota aliada espera y esperará sin duda hasta que a la desembocadura del río donde está anclada a plomo, en soporosa calma chicha, lleguen de pronto en medio de un flujo trágico, arrojados por una marea

sanguinolenta, los cráneos de los mártires decapitados, los cráneos que, entrechocándose con los duros gujarros de la playa, suenan huecos y macabros la angustia de los alaridos sin socorro y el pavor de las muertes sin venganza.

Yokohama, julio de 1900



TOKIO AL CORRER DEL “KURUMA”

Escribo estas líneas desde la terraza de la “Casa de té de los lotos”²⁰ a orillas de la Shiba,²¹ la ciudad mística y fúnebre. Son las cuatro de la tarde, pero la luz de un día nublado descendiendo desde las frondas de las gigantes criptomeras²² finge un crepúsculo verde y azulado como si en la atmósfera flotara un polvo finísimo de esmeraldas y turquesas... Bajo el barandal de bambú se extiende el lago sobre el cual, como las prehistóricas habitaciones lacustres, la “casa de té” está construida. En el lago triunfan los lotos ensanchando sus enormes hojas y levantando de trecho en trecho la maravilla, el prodigio de sus flores! Los botones como grandes huevos de marfil se asemejan a nuestras magnolias tropicales, pero la flor que ha reventado en una luminosa explosión de blancura, no es comparable a nada!... es ella, es única, es la flor de loto; la rosa mística de las religiones orientales, la flor milenaria de cuyo cáliz suntuoso emerge el divino Buda! La flor de loto irradia blancura, exhala luz... Si la luna se desgajara, destrozada por un sideral sacudimiento, sería una flor de loto.

²⁰ En ambas versiones, 1900 y 1919, dice “Casa de té de los Lotos”.

²¹ En la edición de 1919 dice “de Shiba”. Sin embargo, se decidió uniformar la mención de este sitio en todo el texto a “la Shiba”, pues así aparece en otras partes del texto de 1919 y en todas las ocasiones en los textos de 1900. Sólo dejamos una excepción: la firma del artículo: “Tokio, Shiba, 1900”.

²² El texto de 1900 dice “Cryptomerias”; el de 1919, “criptomerias”. Se uniformó a “criptomerias”.

Todas, casi todas las flores elevan un ovo de marfil o ensanchan una copa de alabastro... Pero como si para hacer valer aquella eucarística blanca se necesita una nota de contraste, algunas flores sangran misteriosamente, con la luminosa púrpura de una luz de bengala!

Los lotos que han invadido casi todo el lago dejan aquí y allá en descubierto el agua transparente... De pronto, bajo la vista y en el agua glauca, traslúcida como un carey, apercibo una multitud de agudas cabecitas serpentinas que parpadeando tienden sus cuellos hacia mí... Son las tortugas, las tortugas centenarias y familiares de la casa de té, a quienes los japoneses, eternos amantes de la naturaleza y de todos sus seres, han acostumbrado a que lleguen y con el parpadeo de sus ojillos viperinos pidan de comer al visitante... Qué japonista, qué exacto es el símil de los De Goncourt: “las tortugas son serpientes cogidas entre dos platos de bronce!”

Frente a mí, agobiándome con un sentimiento opresor, abrumándome con su majestad, se levanta un inmenso talud, cubierto por negra selva centenaria. En su espesura rechina incesante el canto estridente de los saltamontes, y mil cigarras exasperan el zumbido vertiginoso de sus élitros... Es un rumor incesante, la propia voz de los jardines, de los campos y de las selvas japonesas, ese canto de grillos y cigarras que adormece, marea, y que

sólo puede compararse a los ruidos que hieren el tímpano de un cloroformado...

Si alguna vez he tenido que sostener en mí mismo la lucha a muerte de la imaginación y de la voluntad, de los anhelos y de los deberes, ha sido en esta vez!²³ Tomar una pluma y un tintero, urdir un capítulo, cambiar las sensaciones dulcísimas por las ideas penosas! Aprisionar a todas las irisadas libélulas del ensueño y poner fin a sus etéreas rondas para clavarlas agonizantes sobre el papel!... Eso es casi criminal como lo sería cortar esas flores de loto para aprovechar sus virtudes farmacéuticas...

Cuándo podrá el poeta, el artista o quien se precie de serlo, vivir incondicionalmente su vida? Cuándo en el áureo anzuelo de la gloria se clavará un laurel en lugar de un pedazo de pan? Cuándo el poeta podrá ser poeta como el loto florece, como la abeja melífica, como la cigarra canta?... Estaba también soñando con mi amada! Los lotos blancos me recordaban el casto albor de su frente y la regia palidez de sus manos...; el loto rojo me traía a la memoria la escarlata de sus labios juveniles y el relámpago de sus sonrojos, y los hondos reflejos de las verdes hojas en el agua oscura eran para mí los destellos apasionados de sus ojos de esmeralda!

²³ El párrafo en el texto de 1900 comienza así: “Mi amado poeta: Si alguna vez [...]”.

Inmensa, sombría, profunda como mi amor, erguía, allá, sus misterios la selva centenaria... Y hubiera querido que cuando la luna luciera en el zenit, filtrando sus rayos entre las negras hojas de los pinos, el mismo pensamiento de amor meciera mis tristezas, y la melodía de su nombre adorado surgiendo de mis labios, resbalara sobre las aguas dormidas, temblara sobre las corolas de los lotos y encontrara un nido allá en la misteriosa selva, profunda y sombría como mi amor!...

Pero el deber se impone inexorable; venciendo las sutilezas de un egoísmo estético imposible...²⁴ Y he aquí las impresiones de un viaje a Tokio, partiendo de Yokohama, a lo largo del Tokaido...

En el asfalto del andén, como el ruidoso repique de miles de castañuelas, suenan los zapatos de madera de la atareada multitud japonesa. Van y vienen con exagerado apresuramiento grupos de musmés luciendo trajes brillantes y peinados de ceremonia llenos de flores, de cordones de seda, de alfileres de plata y de marfil! Van y vienen vestidos con el traje nacional que profanan ridículos sombreros europeos, honrados burgueses, laboriosos empleados de

²⁴ En el texto de 1900, en vez de la anterior oración dice: "Pero algo mitiga el doloroso sacrificio de mi egoísmo artístico: la idea de que esta prosa irá a las columnas cada vez más brillantes de nuestra 'Revista' querida. Entonces a la *bonne heure!*"

lentes redondos y blancos parasoles. Y la nota pintoresca de aquella turba está en el pueblo, en los “kurumaya” de brazos robustos y tatuados, en los obreros de túnicas de color de índigo, estampadas con discos rojos y caracteres blancos, en los soldados que marchan rítmicamente, en los vendedores que circulan lanzando raros pregones para vender más raras mercancías.²⁵ El ferrocarril es pequeñísimo y cada carro la quinta parte de uno de los nuestros; diríase que el japonés con su arte ingénito ha querido, disminuyendo su tamaño, disimular la fealdad de ese vehículo del progreso. La locomotora suena su silbato, como de juguete también, y el tren se lanza alcanzando pronto los arrabales extramuros de Yokohama. Feos arrabales, formados por fábricas y barracas alineadas a ambos lados del terraplén, llenos de chimeneas que vomitan su negrísimo humo ocultando por instantes la cumbre de hielo del Fujiyama²⁶ vagamente apercebido en lontananza. Pero pronto llegamos al campo abierto. Primero los Estuarios cuyo avance limita, como invencible antemural de las selvas niponas, la falda de una montaña poblada de coníferas caprichosas que crecen hacia los lados exactas, idénticas a las que hemos visto en biombos, abanicos y tibores.

²⁵ En el texto de 1900 dice: “unas raras mercancías”.

²⁶ El texto de 1900 dice “Fusiyama” y el de 1919 dice “Fusiyam”. En el primer caso se trata de una variante ortográfica; en el segundo de un error. La designación de este monte aparece también como “Fuziyama” en otras partes del texto, o “Fuji-San”, en *Hiroshigué*... Los sufijos “yama” o “san” significan “monte”; de ahí que el significado de la expresión sea “monte Fuji”. Se optó por uniformar el término a “Fujiyama”.

Sobre las pequeñas bahías ornadas con el reflejo de los extraños árboles, cruzan al remo y a la vela los *funés*, pequeños, como amarillas góndolas y los *sampanes* de alta proa y cuya vela es un transparente de bambú.²⁷ Y luego praderas de brillantes verdes, pequeñas hortalizas, simétricos plantíos cultivados como los jardines de un palacio y entre cuyas matas se ve a cada instante la inclinada silueta de un campesino bajo su sombrero ancho y en punta como el techo de un kiosko. Grandes mariposas de color metálico azul pavo, revuelan arrastradas por la columna de aire del tren y como único ruido, dominando el trepidar de las ruedas, se escucha la eterna estridencia de las cigarras que inunda campos y selvas con su vastísimo rumor.

Entre los arrozales de esmeralda se abren aquí y allá pequeños estanques de donde emergen con verdor de turquesa las anchas hojas del loto, los botones ovalados y ebúrneos y las grandes flores de pétalos lacios cuyo nectario invertido es una campánula de oro... Incliniéndose sobre las ventanillas se ven a uno y otro lado deliciosos valles en miniatura tapizados con la verde felpa del musgo y por cuyas cuestas descienden los bambúes de agudas hojas y los abetos de frondas sombrías... Y allá, en el fondo del valle, una alquería nipona, un lago minúsculo semioculto por ninfeas azules, a la sombra de un emparrado de cañas de donde cuelgan las wistarias sus racimos

²⁷ Igual en ambas versiones. En “La gloria del bambú”, la palabra “transparente” vuelve a aparecer.

de florecitas color de lila... A cada instante quisiera uno bajar del tren para extasiarse en la larga contemplación de aquellos paisajes feéricos y paradisiacos! Qué deliciosos retiros para una vida de amor o para una existencia de arte esas grutas de verdor fragante, esas casas de madera blanca y olorosa! Aquello no es el escenario de la bárbara vida pastoril cuyo principal encanto consistía en una beatitud casi animal, en una simplicidad salvaje; aquello es un paraíso que ha brotado del seno de la naturaleza al conjuro del arte humano! Artificial, sin duda; pero de tan sabio artificio que la naturaleza no sólo no ha sido violada, sino que ha sido ayudada para producir sus bellezas por un sentimiento que la venera... Precedidos por un tori²⁸ se ven de trecho en trecho pequeños templos consagrados a Inari, dios del arroz, que se entrevé allá en el fondo, en forma de una zorra esculpida en piedra blanca, con el hocico y las orejas teñidas de bermellón.²⁹

Por esta vez Inari ha sido propicio a sus fieles, pues las sementeras verdean gloriosamente bajo el cálido sol de otoño!

Tsurumi! Omori! Shinagawa! El trenecillo a todo vapor ha dejado atrás esas estaciones, dando apenas tiempo para que suban o bajen las musmás de

²⁸ El “tori-i” es una especie de pórtico de piedra o más comúnmente de madera, formado por dos mástiles que se inclinan en su parte superior como las puertas dóricas, unidos por un travesaño recto y rematados por otro en forma de arco cuyas puntas se dirigen hacia arriba (El “tori-i” es igual a la A de la firma de Alberto Durero). [Nota del autor].

²⁹ En el original “vermellón”, muy probablemente del francés *vermillon*, como muchas otras palabras utilizadas por Tablada que tienen residuos de la ortografía francesa.

florido peinado y los burguesillos de redondos anteojos... Y los campos van palideciendo y las selvas tupidas aclarándose a medida que nos acercamos a Tokio, la inmensa metrópoli, la imperial y trágica ciudad... El eclógico canto de las cigarras se ensordece y en cambio se escucha a intervalos el alarido de los azores, el croasar³⁰ pausado de los cuervos. A tres minutos de Tokio, vamos corriendo a la orilla del mar, junto a chozas de pescadores, en cuyo dintel, puestas a secar, cuelgan enormes redes... Sobre el mar en calma vuelan ágiles juncos y en el brumoso horizonte se perfila la masa negra de los trasatlánticos al ancla...

Shimbashi! Un inmenso andén, una multitud pintoresca que se agita y vocea, y traspasada a pie la garita, una anchurosa plaza en donde los kurumaya por centenares se disputan a los viajeros... Estoy en Tokio al fin! La primera impresión no es nada favorable para la imperial metrópoli... En la gran plaza desolada desembocan callejuelas llenas de híbridos comercios y las casas de madera que ostentan como muestra bicicletas y paraguas europeos, hacen el efecto de un baratillo de arrabal. Pero el djinrichi arrastrado por el vigoroso kurumaya cambia de rumbo, se enfila por una ancha calle y la decoración se transforma como por encanto. Es el mediodía y un sol cenital arde sobre la

³⁰ En español, la expresión correcta para el graznido del cuervo es “crascitar”. En francés es *croasser*.

ciudad desierta. Pasamos junto a una elevadísima atalaya de madera desde cuya plataforma un guardián espía a toda hora los incendios, y corremos a lo largo de un muro formado por gigantes monolitos cúbicos. Es la gran muralla externa que rodea a la ciudad y recuerda que antes de ser la populosa metrópoli de hogaño, fue Yedo una ruda ciudadela y una capital militar. Esas murallas por cuyas altas brechas desfilamos, son con sus enormes cubos de piedra violácea y sus musgos centenarios la diadema que corona a Tokio de sombría majestad y de solemne melancolía.

A lo largo de aquellos muros evocábamos las epopeyas, las plagas, los cataclismos de toda especie, que forman el pasado heroico y pavoroso de esa Babilonia oriental.

Yedo nació alrededor de la armadura negra de un guerrero en forma de un burgo feudal de hostiles muros erizados por las flechas de los viejos samuráis.³¹ En el curso de las batallas feudales del Rojo y el Blanco, Yedo se ensangrentó con épicos combates; fue defendida como un templo, violada como una amazona y alternativamente sobre sus negros bastiones, lucía el pabellón de púrpura o el blanco estandarte; el sangriento emblema del **Shogun**³² o la mística insignia del Mikado. En la 16^a centuria Yedo fue

³¹ En ambas versiones aparece en singular: “samurai”. La de 1900 está en cursivas.

³² Tanto en la edición de 1919 como en los artículos publicados antes, Tablada usa la palabra “shiogun”. Se decidió cambiar a “shogun” porque es una grafía más frecuente.

reducido a cenizas por una conflagración formidable y de ese incendio, como de otros que le sucedieron en el mismo siglo, Yedo renació triunfante como un Fénix! Yedo significa “Puerta del Estuario” y en una ocasión el mar la inundó,³³ embistiendo con sus olas hasta la cumbre misma de sus colinas. En 1700 sacudió a Yedo un terremoto y dejó treinta millares de cadáveres sepultados entre sus ruinas y siete décadas después una feroz epidemia segó 190,000 existencias! Tifones, plagas, terremotos, incendios, inundaciones, todos los elementos conjurados, todos los azotes del cielo, han incinerado, demolido y arrasado la ciudad prodigiosa y eternamente triunfante, por cuyas calles voy perdido en este mediodía otoñal! Qué Babilonia, qué Hekatompylos, qué Alejandría siete veces plagada, qué ciudad del martirologio bíblico, podrán exceder en pánico y en horror trágico, los anales de esta ciudad portentosa y viva a despecho de mil muertes?

En todo eso pensaba conmovido, abrumado, mientras mi ligero cochecillo corría rumbo al aristocrático barrio de Akasaka... A veces rompiendo la monotonía de una calle se levantaba un edificio bajo y largo con una sola línea de ventanas: era un *yashiki*, una vieja mansión señorial cuyo aspecto severo y sombrío denotaba las costumbres austeras y belicosas de sus viejos moradores;

³³ La concordancia parece ser con “puerta” y no con el uso anterior de Yedo en género masculino.

pero las más veces las nobles residencias se adivinaban, tras de espesos muros, allá en el fondo de bosques melancólicos y misteriosos. Casa del príncipe Konin, del marqués de Ito, del marqués Yamagata, los palacios se sucedían modernizados unos, de arcaica belleza los más pero todos marcados con un sello de noble sencillez y de suprema elegancia. Nada ostentoso, nada del superficial relumbrón tan caro al *parvenu*; el refinamiento y la aristocracia de aquella nobleza milenaria ha depurado el gusto y acrisolado las elegancias. Así la gran puerta del “Colegio de Nobles” es una maravillosa puerta de cedro impoluto con grandes clavos y aplicaciones de viejo cobre repujado y es indescriptible cómo se armoniza el tono de aquella madera virgen y la sorda pátina de los bronce, con el umbrío verdor de los abetos y el violeta oscuro de las murallas centenarias.

¡Qué *tête*, la de alguno de nuestros insuperables *rastas*,³⁴ esos Médici del Peluche, frente a aquel pórtico de regia sencillez al mismo tiempo que de absoluta elegancia!...

Nuestro kuruma, dejando atrás las bocacalles de avenidas anchas y populosas, corre ahora a lo largo de los muros exteriores del Palacio Imperial.

Si de los simples muros que circunvalan a Tokio, de sus enormes piedras

³⁴ Rastacueros.

cubiertas por líquenes y musgos seculares, se desprende no sé qué melancólica grandeza evocando el trágico y sangriento pasado de la enorme ciudad, esa melancolía majestuosa se agrava frente a los muros que con doble valla rodean los jardines palatinos y las misteriosas habitaciones del Mikado. Separando la primera muralla, cuyo terraplén corona una línea de pinos grandiosos y venerables, de las espaciosas calles contiguas a la regia morada, hay un canal de ancho cauce y de sombría corriente, cuya tersura no turban más que la brisa o los ruidosos aletazos de una garza volando, a flor de agua. Aquellas piedras de un gris morado prolongando su monotonía, aquellos pinos de caprichosos troncos y simétricos follajes, aquellas aguas silenciosas ahondando el reflejo de árboles y muros y el silencio que sobre todo aquello flota, interrumpido a intervalos por el croac³⁵ de los cuervos y el grito de los gerifaltes, todo aquello oprime el alma, con una abrumadora melancolía... Como los monjes artífices de la Edad Media hacían que el misticismo y el fervor se desprendieran de las piedras de sus catedrales; como antes los griegos arquitectos anegaban el alma de la euforia del arte suscitada por una suprema armonía de líneas, así los artistas ignorados que edificaron esta imperial morada supieron reunir en solemne y grave armonía los elementos que predisponen al homenaje fanático, al respeto ferviente casi religioso... qué mucho que este pueblo crea en el

³⁵ En el texto de la *Revista Moderna* aparece *croaac*, en cursiva, como si Tablada enunciara propiamente la onomatopeya y no sólo mencionara el sustantivo que se refiere a la acción del cuervo.

origen divino de su Mikado, si en torno de él, un arte omnipotente acumuló sabiamente todo lo que puede sugerir la majestad y producir un respeto que abrumba y anonada casi?...

Y si en nuestra alma de hombres libres se insinúan esos sentimientos, cómo obrarán, pues, sobre el espíritu de este pueblo predispuesto al amor fanático de su emperador por herencias y milenarios atavismos?...

Arden en la “Casa de té de los lotos”³⁶ los encarrujados farolillos³⁷ chinoscos decorados con fulgurantes peonías y con negras siluetas de murciélagos. Una brisa llena de húmedos efluvios desciende de las espesuras del bosque sagrado presagiando un próximo aguacero... Infalibles presagios que allá lejos, en los estuarios y en las ciénegas celebran las ranas con el monótono tableteo de sus matracas en sordina...³⁸

Nasu-no-Chaya-Tokio, 1900

³⁶ En ambas versiones, 1900 y 1919, dice “Casa de thé de los Lotos”.

³⁷ En 1919 Tablada agregó “encarrujados”.

³⁸ La última oración sólo aparece en la versión de 1919 y comienza con las palabras “Gufalibles presagios”, errata seguramente por “Infalibles presagios”. El texto de 1900, en lugar de esta oración tiene el siguiente final: “Y mi carta se alarga; pero no la terminaré, mi Director querido, sin hacerte una promesa y darte una buena nueva. La promesa es una inmediata carta en que te hablaré de los prodigios de esta Shiba religiosa y la buena noticia es que quizás, de seguro, cuando recibas ésta habré logrado por un favor especialísimo visitar el palacio de SS. MM. Imperiales... Tendrá, pues, nuestra “Revista” un velo descornado sobre las grandezas y misterios de la maravillosa mansión!...” El lugar de la firma del texto también es diferente: “Shiba-Tokio, Agosto de 1900”.

LOS TEMPLOS DE LA SHIBA

El eterno, el indispensable djinrichi corre por anchas calles, dejando a un lado y otro mil pintorescas barracas, cubiertas de negras³⁹ y flotantes cortinas donde hormiguean en blanco los caracteres insectos de la escritura japonesa, barracas en cuyo “verandah” los frescos rostros de las musmés asoman entre “aquariums” de cristal llenos de peces de colores y macetas azules que soportan cedros enanos; barracas cuyos interiores desbordan sobre las banquetas maravillas⁴⁰ del arte nipón: máscaras de atroces gestos; lacas recamadas de oro; sederías matizadas, avalanchas de frutas y de flores...

Al trote elástico del kurumaya el carruajillo da vuelta describiendo un gran arco y la decoración cambia de súbito. Al arrabal populoso, lleno de ruidos y ardiente bajo el sol de la prima tarde otoñal, sucede una calzada húmeda, silenciosa y desierta. De las altísimas frondas que hacen bóveda no desciende más que sombra;... ni un rayo de luz... ni un rumor, sólo de vez en cuando, el gorjeo solitario de un pájaro que cae rodando como un cascabel, en la infinita calma... Los troncos de las centenarias criptomeras desfilan en gigantesca columnata y se juntan allá, en las lejanías donde se agolpa el misterio como un enigmático corazón de sombra... Qué ignotas sugerencias

³⁹ El texto de 1900 decía “umbrías”.

⁴⁰ El texto de 1900 decía “las maravillas”.

flotan en aquella atmósfera aromada como con incienso por los viejos troncos que lloran las lágrimas de sus resinas? Un algo impalpable y abrumador baja de las frondas remotas y pesa sobre el corazón... Parece que en aquel hondo silencio va a pronunciarse alguna palabra formidable y que en el cuadro de aquella vasta soledad va a surgir una grandiosa aparición... Mi espíritu está suspenso; siento el vago terror de un neófito ante una cercana revelación y sin saber qué espera, mi alma, detenida en expectativa angustiosa, se dispone pasivamente al ignorado advenimiento... Con el “frufú” inquietante que oyó Edgar Poe, como una estrofa de su “Nocturno”, un gran cuervo bajo la bóveda muda, vuela de una rama a otra... Y siguen desfilando los troncos de tullas y abetos en interminable columnata, prolongándose como en las feéricas perspectivas que grabó Doré, mediocre dibujante, poeta magnífico y grandioso...

La calzada llena de grandeza y de misterio, no ha sido más que la prolongada obertura del gran poema religioso que comienza a deslumbrarme. Para llegar a los suntuosos templos de la Shiba se necesitaba el majestuoso prelude de aquella calzada, grandiosa como himno, dolorosa como marcha fúnebre, instrumentada por los cedros centenarios en cuya armonía solemne vaga el perfume de las resinas balsámicas como una dulce y tierna melodía...

De pronto, no sé cómo, rompiendo la sombra pasada con una explosión de sangre, como un supremo grito de pasión, tras del oscuro rumor de los grandes pinos, apareció a mis ojos el “Sammon”, la gran puerta escarlata, el soberbio y gigante pórtico de la Shiba... Una inmensa techumbre imbricada y bajo ella dos grandes puertas flanqueando a la anchurosa central.

Aquella construcción de maderas balsámicas revestidas de laca roja, hace el efecto de un sangriento Arco de Triunfo; pero al elevar la vista, en vez de mirar el ágil vuelo de las Victorias o el ímpetu de las cuadrigas, se ve sólo la techumbre cuya enormidad agobia... Traspasado el dintel suntuoso sigue un patio de baldosas orladas por el musgo y en cuyos rincones, entre follajes de coníferas brilla sordamente el bronce o la piedra de los grandes faroles funerarios. En ese mismo patio, un pequeño santuario de maderas preciosas, negra laca y bronce repujado, guarda el tesoro del templo contiguo... Para aquilatar aquellas reliquias tesorizadas durante centurias hay que hacer frecuentes visitas y examinar cada joya con dilecta calma. Sólo así podrá admirarse la pintura de los Kano, el marfil esculpido por Eshin, los crespones de seda y los brocados de muertos emperadores y difuntas princesas; el oro macizo y repujado por los aurifabristas primitivos de ese arte milenario! Sale uno de ahí ofuscado, acallando dolorosos entusiasmos, con los ojos deslumbrados y con el tacto exasperado por la caricia de las sedas que

duermen como brumas allá en el fondo de los arcones de sándalo...!

Bajo un cobertizo cuya techumbre es otra obra maestra de la arquitectura nipona, cuelga una campana gigantesca, no de la figura de las nuestras, sino como un hueco cilindro, coronado por un casquete cóncavo; el badajo de aquella campana es un ariete que impulsado por el campanero comienza a oscilar hasta que en el máximo de su vaivén topa en el bronce arrancándole sonidos poderosos y llenos de melancolía... La onda sonora flota largamente sobre la selva hasta que adormece⁴¹ sus ecos vagos las bóvedas del follaje. Pero el gigantesco bronce suena raras veces; en las grandes fiestas o en los funerales de los príncipes sólo. En el mismo patio del tesoro y de la campana se ve un gran edificio de sombrías maderas y cuyas mamparas recorridas en la ardiente siesta dejan ver un interior desierto, austeramente decorado con “kakemonos” llenos de inscripciones búdicas...; es esa mansión penumbrosa la habitación de los bonzos a quienes se ve de cuando en cuando cruzar los grandes patios, con sus hábitos grises, sus redondos anteojos y sus cráneos rapados.

La ciudad religiosa de la Shiba es enorme, con sus conventos, bonzerías, sagrarios y mausoleos. Atravesando pasillos decorados con la tapicería mural de las plantas parietarias, se llega a un patio, cuya explanada hace el efecto de

⁴¹ Así en ambas versiones.

las plazas de armas en las fortalezas feudales. Ahí está el templo que guarda los restos de los antiguos shogunes; en la piedra, en la madera y en el bronce se mira el blasón de los poderosos y épicos Tokugawa; pero lo que primero sorprende son las filas de linternas tombales, suntuosos exvotos que los *daimios* de las diversas provincias feudales, consagraban a la memoria del venerado y temido Taikun... Esos monumentos funerarios y votivos, de más de dos metros de altura y esculpidos o fundidos en la piedra y el bronce, están formados por un plinto, un fuste cuyos varios tambores están pródigamente exornados con motivos de la flora y la fauna religiosa y una especie de capitel-techumbre, de forma chinesca y hueco y enrejado para recibir la lámpara en su interior. Aquellas filas formadas por centenares de linternas de hermosos bronces o raros monolitos tienen un aspecto imponente y recuerdan con su grandiosa simetría, los propileos o las avenidas de menhires...

Estamos por fin frente a uno de los más opulentos sagrarios. Aquella puerta dorada y suntuosa produce de pronto un gran deslumbramiento. El oro de las lacas, mate en la sombra e incandescente en la luz, ofusca la vista que al pronto se pierde en aquella aglomeración caótica de formas monstruosas en que se mezclan confundidos los corimbos de las flores y las garras de las bestias fabulosas. Poco a poco se distinguen las maravillas... En las columnas laterales de laca y bronce repujado se enroscan dos dragones; uno que sube,

otro que descende, y es tal la furia, tal el movimiento de aquellos monstruos que se espera oír crujir la madera bajo el abrazo constrictor⁴² de sus anillos escamados... Los panneaux laterales de aquel portal son la maravilla de la madera tallada! Parejas de faisanes y de patos mandarines se posan entre la filigrana de las frondas o se deslizan sobre el agua; pero aquellas aves palpitan, aquellas ramas parecen temblar al soplo de la brisa, esas flores tienen morbidez en sus hojas y de aquellas olas saltan las guedejas y las burbujas de la espuma!... El sentimiento de la admiración llega a agotarse, y de maravilla en portento, de prodigio en milagro, se llega al interior del sagrario, resplandeciente de oro, tapizado de brocados, oloroso a sándalo y a incienso... Ahí en el fondo, entre plantas de loto cinceladas en oro, entre lacas brillantes como las piedras especulares, entre las magnificencias y los esplendores duermen shogunes su sueño centenario...

En aquel recinto se oprime el alma, saturada por los hálitos de misticismo que emanan por doquiera y una angustia dolorosa lancina la mente al pensar en las edades guerreras, en los cielos épicos, en las batallas, las hecatombes y los festivales que promovieron antaño, en un tiempo muy oscuro y muy remoto, los guerreros que hoy duermen hechos polvo en el fondo de las triples urnas...

⁴² En ambas versiones aparece “constructor”, cuando lo más lógico es que sea “constrictor”.

El bonzo enumera las reliquias y las joyas que se ostentan a la vista: peonías pintadas por Kano Motonobu; paisajes de Kanaoka; baldaquín de la emperatriz Suiko; abanico de batalla de Yoritomo...

Todo aquello suscita ideas de gloria y de tiempos muy lejanos; en aquel templo está condensada la virtud de los santos, la hermosura de las emperatrices, la fama de los invencibles guerreros y la gloria de los geniales artífices... Y la consideración de que todo ha pasado, no dejando más estela que el brillo del arte que embalsama aquellos restos y los hace perdurar, oprime con una tristeza que llega al alma desde el fondo de los siglos oscuros...

Muere la luz y la sombra descorre sus terciopelos sobre el muerto brillo de las doradas lacas... Salgo de ahí con dos sentimientos: una admiración suprema por los gloriosos artistas nipones y una indecible tristeza, un vago frío, como si una helada ráfaga me hubiera envuelto al inclinarme sobre el abismo negro de Nirvana...

“Pour me retremper” he ido a la “Casa de los Lotos” y apurando el té oloroso, ávido de fragancias y blancuras, he pensado largamente en mi amada, mientras que un brillante plenilunio cae sobre los lotos cuyas rotundas blancuras albeando a flor de agua, hacen pensar en desnudas náyades que huyeran sumergiéndose...

Tokio, Shiba, 1900

LOS FUNERALES DE UN NOBLE⁴³

En anterior capítulo anoté⁴⁴ las impresiones que pasmaron y sobrecogieron mi espíritu al visitar los sagrarios de la Shiba. Pero entonces la ciudad religiosa con sus húmedos bosques, sus capillas suntuosas y sus patios inmensos y desolados, estaba paralizada y desierta, no conservando de las ceremonias del culto más que el vago aroma de incienso que saturaba los interiores, y aquí y allá, en los vasos de oro repujados, haces de lotos que se deshojaban olvidados, exhalando en las penumbras del crepúsculo los acres aromas de su agonía. En las terrazas, bajo los cedros centenarios, reposaban los bonzos ensimismados dejando que la breve pipa se apagara junto al cenicero de laca, mientras que allá arriba, sobre las frondas doradas por la luz del astro poniente, se abatían los cuervos lanzando un último graznido...

Entonces no pensaba que poco tiempo después volvería a uno de aquellos templos para presenciar las imponentes ceremonias de un funeral budista, y que en las esplendideces de aquel fabuloso teatro se desarrollarían, deslumbrando mis ojos y ensombreciendo mi ánimo con su grave poesía, los extraños ritos del misterioso culto.

⁴³ El texto de 1900 se titula “Un entierro en el Japón”.

⁴⁴ El texto de 1900 comienza así: “En mi anterior correspondencia intenté comunicar a los lectores las impresiones que [...]”.

Acababa de descifrar la ilustre firma de un hermoso kakemono, extraído por mi ávido amor a las obras de arte, de la polvorosa trastienda de un anticuario y me disponía a reintegrar la bella pintura en su funda de viejo brocado, cuando un criado nipón, risueño y reverencioso, entra a mi cuarto y me entrega una carta. A la luz del día que declinaba descifro el mensaje: El Conde Kuroda, presidente del Consejo privado del Emperador, había muerto, y Mr. L., un distinguido amigo mío cuya posición le daba acceso a todas las ceremonias de la Corte, me invitaba graciosamente a las honras fúnebres, que debían celebrarse la mañana siguiente, en uno de los templos de la Shiba.

Queda dicho que acepté la amable invitación, íntimamente regocijado al pensar que dentro de breves horas me sería dado presenciar un misterioso drama, que tendría por espectadores a los miembros de la aristocracia japonesa y por proscenio los santuarios magníficos cuyo solo recuerdo me anegaba en profundas y dilectas “rêveries”...

Muy temprano, al día siguiente, con una espléndida mañana en cuyo luminoso ambiente vibraba sin cesar el delirante canto de las cigarras, corríamos en el tren de Yokohama a Tokio, deleitándome yo una vez más con el pintoresco escenario, lleno de verdes colinas y boscajes umbríos, florecido de trecho en trecho por espléndidos estanques de lotos, cruzado por campos de arroz y sembrado de lindas alquerías niponas y de templos delicados como

bibelots en cuyo fondo duermen extraños dioses rústicos...

Tokio y su gran estación pululante y sonora, henchida por pintorescas multitudes; Tokio y sus inmensas y sombrías murallas de color violeta reflejando en el canal anchuroso el follaje de los pinos que las coronan! Y de pronto, al desembocar en una de las espaciosas avenidas, un tumulto, una inmensa aglomeración que detiene nuestro carruaje entre cuyas masas compactas se abren paso a duras penas los oficiales de la policía montada. Distráidos por los grupos de *musmés*, por los mil trajes policromos del pueblo, nuestra curiosidad explora aquel tumulto en cuyo seno encuentra innumerables sorpresas. Qué deliciosa gravedad la de aquel *bambino* con su cabecita rapada en cerquillo como un pequeño San Antonio de hábito arlequinesco! Y aquel *djinrichi man* con qué orgullo patrio admira al apuesto oficial de lanceros, de brillante⁴⁵ uniforme sobre su nervioso alazán! Y qué orden, sobre todo y qué *tenue*⁴⁶ la de aquella multitud que se agolpa en las calles hasta perderse de vista y entre cuyas miríadas no hay grito ni un empellón, ni una sola nota discordante! Por en medio de las triples filas que forma el pueblo en valla, a lo lejos se ve llegar una vanguardia de dragones que avanza rápidamente al son de las trompetas... Es la descubierta de la procesión fúnebre que viene de la mansión del ilustre muerto y al través de las calles de Tokio avanza hacia el

⁴⁵ El texto de 1919 dice “y el brillante”. Se adoptó la redacción del texto de 1900.

⁴⁶ En francés, “modales”.

barrio de los templos. El ejército japonés, de donde brotó la falange gloriosa que acaba de obligar a la comunidad entera, libertando a los extranjeros de Pekín de la rabia “Boxer”, es admirable por su disciplina y su dignidad. Pocos galones, una *mise-en-scène* nada aparatosa, aunque correctísima; pero en aquellas filas de rostros graves y bronceados se adivina la energía, la homogeneidad, la absoluta conciencia del deber; todos esos factores que en un momento dado,⁴⁷ en los fuertes de Takú o frente a la Muralla China, dan un seguro producto de heroísmo y de triunfo glorioso! Y aquellos rudos legionarios de baja estatura, cráneo rapado y rostro cobrizo y pomuloso, tienen en su aspecto una semejanza absoluta con las tropas mexicanas. Recuerdo que en México un amigo mío, miembro de la Legación japonesa al ver desfilar un batallón me hizo notar casi entusiasmado esa semejanza que ahora yo corroboro y que es tan completa que durante largo tiempo me dio la ilusión de ver marchar a nuestro bravos “Juanes”... Cuando el último miliciano hubo pasado, pudimos distinguir en su avance solemne a un grupo extraño y pintoresco; eran primero unos hombres vestidos de cortas túnicas blancas con birretes negros asegurados con barbiquejos y llevando con ambas manos grandes ramos cónicos de flores amarillo naranja, muy semejantes a los “cempasúchiles”⁴⁸ de nuestros indígenas. En seguida venía un centenar, de

⁴⁷ El texto de 1900 dice erróneamente: “que un momento dado”.

⁴⁸ En el original dice “zempazúchiles”. Preferimos adoptar la nueva ortografía.

individuos vestidos con la idéntica túnica de color blanco, que en el Japón simboliza el luto como lo expresa el negro en occidente, y en el centro del grupo doce de aquellos escuderos soportaban las andas que sostenían el extraño ataúd en forma de pequeño templo y tallado en blanca madera virgen, sin más ornamento que sus líneas complicadas y los chapetones de oro grabados con el escudo nobiliario del difunto... Tras de aquel numeroso grupo de fúnebres pajes blancos, desfiló un cortejo de bonzos, algunos de los cuales portaban estandartes de albeante seda con plegarias búdicas y el nombre póstumo del muerto, escritas en negros caracteres. Los hábitos de aquellos sacerdotes, eran ricos y áureos brocados, tules nebulosos y crespones de seda cuyos tiernos matices encantaban la vista. Luego del grave y radioso grupo sacerdotal venían los conductores del duelo y enseguida el prolongado cortejo de carruajes, blasonados con las armas de la vieja aristocracia nipona, o conduciendo a los miembros del cuerpo diplomático extranjero. Sólo entonces pudo nuestro carruaje incorporarse a los demás vehículos que penosamente avanzaban entre el grueso valladar humano que con su respetuoso silencio expectativo se asociaba pasivamente a la majestuosa marcha fúnebre. Por fin alcanzamos las amplias y arboladas avenidas que denuncian la vecindad de la ciudad sagrada. Por todas partes las masas del pueblo llenando las calles inmensas y las avenidas sin fin. ¿De dónde salía aquella multitud que durante

los kilómetros recorridos no dejaba ni un solo claro a nuestros lados? Pero en fin, Tokio tiene cerca de dos millones de habitantes y la muerte del Conde ilustre había conmovido a la población entera! Y entre aquellas multitudes sentíamos un mareo y la noción abrumadora de las excesivas poblaciones asiáticas que se reproducen y hormigean como un fermento bajo el cristal del microscopio...

Llevábamos ya dos horas de marcha que iba haciéndose tediosa, hasta que por fin distinguimos el SAMMON, la gran puerta de laca roja que da acceso al interior de la Shiba... Pocos momentos después bajábamos del carruaje frente al pórtico de uno de los templos y entregábamos nuestras tarjetas a un ujier que nos mostraba el camino... De ujier en ujier, a través de extraños edificios y de milagrosos jardines, llegamos por fin a una vasta sala con aspecto de barraca pero cada uno de cuyos detalles era una obra maestra de carpintería.

En las maderas vírgenes despertaba el alma de los bálsamos, y el aroma de las resinas transportaba a aquel recinto penumbroso la visión de las fragantes selvas y de los bosques centenarios... En una de las esquinas se había instalado un “buffet” y las aguas minerales y los refrescos se escanciaban en medio del calor tórrido que secaba las gargantas. Pronto aquel lugar, la sala inmensa en cuyas triples alfombras se ahogaba el rumor de los pasos, se vio

henchido por una multitud de “elite” donde se veían los altos dignatarios del imperio: príncipes, generales de vistosos uniformes junto a los embajadores y ministros de las potencias extranjeras. Pero hacía tiempo que yo había dejado de fijarme en los personajes cuyos nombres y títulos declinaba a mi oído mi distinguido acompañante... Toda mi atención, todo mi amor de artista por la naturaleza, había sido atraído por un jardincillo que se distinguía desde la *verandah* del salón.

Un feérico jardín minúsculo hecho para los festivales de algún genio hermano de Oberón y Titania; un parque en miniatura que de noche alumbraría una luciérnaga y que llenaría de ecos el murmullo de una sola cigarra... Y allí grutas, boscajes, lagos y cascadas, puentes y arroyos, breves llanuras y claros selváticos; pero todos aquellos elementos de belleza natural, armonizados por tan sabia técnica, que por instantes se perdía la noción de su pequeñez y aquello tomaba magnitudes grandiosas.

La ceremonia había principiado; algún rito misterioso se desarrollaba allá en el fondo oscuro cruzado por las líneas complicadas de la perspectiva arquitectónica. Algún rito que los mortales debían ignorar y de cuyo arcano sólo percibíamos los hálitos del incienso que ardía en innumerables pebeteros y un extraño rumor de angustiosas plegarias, cuyas frases imploradoras

subrayaba la sonora y persistente vibración de los gongos⁴⁹ invisibles... Alguien de pronto dio la señal de un nuevo desfile; las conversaciones en voz baja cesaron y momentos después nos encontramos en una de las salas interiores.⁵⁰ Ahí numerosas filas de sillas estaban dispuestas para recibir a los concurrentes más favorecidos. Los personajes más encumbrados tomaron asiento, el Marqués de Yamagata, que ha sido elevado al rango de Príncipe; el Marqués de Ito, reformador del Japón; el de Nagasaki, el de Aoki, el Conde Enomoto, lejano amigo de nuestro Presidente Díaz y por fin, como una gloria eclipsada, el antes poderoso Shogun, supremo jefe militar vencido por el actual Mikado... Al ver aquel digno anciano, un Tokugawa cuyo blasón es un astro en el armorial japonés, no pude menos que pensar en la “vanidad de todo” que el budismo proclama con más amargura aún que el texto bíblico...

Un “shogun”, rayo de las épicas batallas, absoluto dominador del belicoso Japón feudal, perdido ahí, oscurecido, sin más gloria que el mortecino recuerdo de su triunfal pasado!...

Yo tomé asiento entre los miembros de la embajada china y los ministros de Siam y Corea... Frente a nosotros, un gran estrado limitado por pilares de madera revestidos de brocados maravillosos que el fulgor de las

⁴⁹ Se respetó la decisión de Tablada de escribir la castellanización “gongo”, aunque en textos como “Un ‘matzuri’ ” aparece *gong*.

⁵⁰ En el texto de 1919 aparece “inferiores”, errata aquí corregida.

bujías llenaba de moarés estremecidos; a la izquierda el altar, donde la “perla del loto”, el Buda sin miradas, emergía del ancho cáliz de la flor hierática; y a nuestro frente el ataúd de madera impoluta y blanquísima entre un bosque de sombrías coníferas, de lotos de carmín y de morados crisantemos, salidos de los jardines imperiales.

Una pausa, una calma expectativa y en medio de ella, entre las nébulas azules que flotaban sobre los incensarios de bronce, como fantasmas de otra edad que llegaron del fondo del pasado, aparecieron los bonzos avanzando con rítmico y solemne andar. Llegando al estrado se dividieron en dos filas y formaron un cuadro, mientras que en el centro, sobre sillones de roja laca, tomaban asiento tres de los sacerdotes más ancianos. El oficio búdico empezaba, entre la azul humareda del incienso y el pertinaz canto de las cigarras con que se estremecían las frondas de los jardines vecinos.

Con la vaguedad de un suspiro, como un susurro tenue, principió la salmodia de los bonzos inmóviles, abstraídos, sin más accidente en sus figuras quietas que el chispear de sus áureos trajes... el suspiro se elevó como un murmullo, un gongo sonó con estrépito y la intensidad de la extraña melopea creció, creció en una queja angustiosa, en una imploración plañidera y patética que a su vez se debilitó hasta concluir expirando con un suspiro moribundo como el

suspiro inicial... Luego la melopea volvió a empezar murmurada por el grupo de bonzos y en medio de su gris armonía, la senil voz de los viejos sacerdotes murmuraba a contra canto una melodía brusca y áspera como una queja en medio de un gran dolor... Por intervalos los gongos metálicos rompían en una vibrante estridencia y los atambores, sordamente, estallaban en un ronco sollozo... Por instantes también, al decrecer la melopea, vibraba un sonido argentino, una fugaz nota de cristal, como si la clepsidra del tiempo cayera hecha pedazos en el fondo de la eternidad... Aquel murmullo era como una “berceuse” de ensueños fúnebres. A su obstinado rumor el caos se hacía palpable y las ráfagas de la tumba y las cenizas de los osarios parecían flotar en la atmósfera cuyo silencio acongojado se diría que iba a deshacerse en sollozos...; al cabo poniendo fin a nuestra angustia la melopea cesó. Al cabo, los bonzos de rostro ascético y emaciado desfilaron lentamente, deshaciéndose como fantasmas en el fondo nublado por el incienso de los pebeteros...

Momentos después llegó el turno de los oradores fúnebres que con voz hueca y monótona inflexión hicieron el elogio del finado. El maestro de ceremonias iba y venía conduciendo a los viejos compañeros de armas del ilustre muerto que, recogidos en su duelo, permanecían breves instantes frente al féretro y arrojaban en el perfumatorio breves puñados de incienso. Luego comenzó el general desfile frente al ataúd; cada uno de nosotros hizo un

salutación y arrojó los granos de olibán sobre las brasas ardientes... y cuando todos desfilaron, el noble daimio quedó solo, solo en su ataúd de virgen madera, rodeado de los fúnebres pajes blancos que instantes después lo llevarían al campo de cremación para ser incinerado...

Hubo un tiempo del remoto y épico pasado en que el viejo daimio, el difunto Conde Kuroda, corría sobre los campos de batalla, llevando en su diestra el blanco estandarte del sol naciente y tras de sí el alígero tropel de las Victorias... Entonces tuvo glorias y honores, la fortuna amontonó el oro en sus arcones, tuvo vasallos y dominios, y las hermosuras de negra cabellera y labios dorados caían desfallecientes de amor sobre su armadura negra...

Hoy del viejo daimio triunfante no queda más que un puñado de cenizas, más tenue que el polen de las mañanas primaverales y que como éste volará dispersado un día para nutrir quizá el alma de los lotos ebúrneos y de las crisantemas imperiales...

Tokio, septiembre 1900.

UN MATZURI

Desde el día anterior los *chimchinyoski* (pregoneros) vestidos con su corta enagua oscura y tocados con enormes sombreros semejantes al salmo de un kiosco, habían recorrido la ciudad golpeando sus tímpanos, salmodiando rumorosas oraciones y anunciando el *matzuri*, el festival religioso, que debía celebrarse la noche del siguiente día en el gran templo consagrado al mil veces venerable Yakushi Nyorai... Cuando el *chinchin* se acercaba sonando su tímpano argentino, las “musmés” interrumpían sus labores y sus cantos y asegurando sus negligentes batas deliciosamente matizadas, salían a escuchar al pregonero.

De uno a otro lado de la calle, regocijados, se cruzan los saludos: “¡Buena madrugada, señorita Pino!” “¡Salud por hoy, señorita Campánula!” Y las dos musmés cambian reverencias de minueto, oblicuas sonrisas y emprenden frente al pregonero que salmodia una charla llena de aspavientos, de exclamaciones de asombro, de incredulidad, de regocijo... Qué platican? de qué hablan las musmés?... Hablan de todo y de nada, siendo frívolas como mujeres, pero mil veces más frívolas aún como mujeres japonesas... “Campánula” hace una pantomima elegíaca después de contarle a su amiga “Pino” que esa misma mañana encontró muerto a su grillo predilecto, muerto

y mudo en el fondo de su jaulita de bambú! Pino deplora el suceso y hace la fúnebre apología del armonioso insecto. Luego hablan del último paseo que hicieron juntas a las cascadas de Kobe o a los templos de la Shiba; de la amiga recién casada que se ha lacado de negro la dentadura; de las hermosas telas que para el próximo invierno lucen ya las tiendas de Banten Dori. La charla de las musmés es una libélula brillante, indecisa, que va del loto a la peonía, de la clara linfa al musgo oscuro, agitando sin cesar el talco transparente de sus alas...

Ahora hablan del matzuri, del gran festival religioso que hará vibrar incesantemente el enorme *gong* de la pagoda y hará que iluminada con mil encarrujados farolillos, hecha una ascua, brille la inmensa avenida de Motomachi, teatro esplendente de la profana verbena...

Amanece el día del matzuri húmedo y lluvioso; desde la hora de la Liebre hasta la hora de la Serpiente,⁵¹ una menuda lluvia escarcha los pinos sombríos y hace brillar los negros techos de las pagodas. Si a la crepuscular hora del Gallo no han volado las nubes, el festival será diferido y las musmés llorarán con la lluvia... Pero a mediodía el ardiente sol meridiano surge entre las nubes

⁵¹ El día japonés tiene doce horas dobles, cada una de las cuales se designa con el nombre de un animal. [Nota del autor]. La llamada de esta nota aparece marcada en el texto de 1919 pero ausente al pie de página por lo que fue restituida del texto de 1900.

desgarradas y la campana del templo Zotoikun lanza un jubiloso repique...

“Cuando suena la campana de Zotoikun se llena de ventura el alma de los esposos muertos”. Toda joven japonesa pone al casarse en su cofre nupcial el espejo de metal bruñido que usará toda su vida, y que a su muerte será regalado al templo. Cuando se ha reunido un número suficiente de espejos se funde una campana, cada uno de cuyos tañidos disminuye los pecados, y aumenta las virtudes de las piadosas donadoras... El día del matzuri suena la campana de la bella leyenda y en sus vibraciones parecen revivir los ecos de los cantos nupciales de otros días...

Por todos los puentes que cruza el gran canal atraviesa la multitud que se dirige a la verbena; los dijinrichi, los elásticos cochecillos, pasan raudos, llenos de sedas crujientes y de risas de musmés. Sobre el gran canal los sampan inmóviles duermen como negros cetáceos sobre las aguas glaucas, que aquí y allá reflejan el verdor fosforescente o la sangre luminosa de los farolillos de papel. Al desembarcar en Motomachi, la profusa iluminación deslumbra y los ruidos ensordecen. A un lado y otro de la inmensa avenida hay dos filas continuadas de ventrudos faroles blancos que lucen de un lado el sol escarlata nacional y del otro un símbolo del culto shintoísta. Aquel rosario luminoso de gigantes perlas y rubíes enormes es de un pintoresco indescriptible y la blancura incandescente de los faroles y el ígneo bermellón

del sol que los decora dan la nota dominante del festival albeante y purpúreo... La multitud va en procesión hacia el templo, mezclándose con los que regresan después de cumplidos sus místicos deberes. Poco complicados son éstos. Los devotos ascienden la escalinata de pronunciada pendiente que conduce al templo, al llegar a la terraza lavan sus manos en la cisterna purificadora y luego murmuran una breve oración frente al ídolo de Yakushi Nyorai, la imagen milenaria, esculpida por la imperial mano del príncipe Shotoku el año 610 de nuestra era. O bien los devotos arrojan al interior del sagrario un papel estrujado en que está escrita una oración y suenan tres veces al grande y sonoro *gong* para llamar la atención del espíritu divino.

Hecho esto, no hay más que lanzarse al jubiloso tumulto de la feria y sacar de las mangas del kimono las ínfimas monedas con que el japonés compra sus singulares satisfacciones y sus extraños placeres. A un lado de la gran avenida hay un grupo que ríe con carcajadas contagiosas y se deshace en mímicas exageradas... La cosa no es para menos; en el centro del círculo humano un artista excéntrico ejecuta sus *tours de force*. Después de preguntar al individuo más cercano su nombre, lo escribe en grandes caracteres, lo recorta violentamente y acercándolo a la luz proyecta su sombra en una pantalla... la negra silueta de los caracteres forma nada menos que el retrato del individuo que dio su nombre! Luego entre las risas y el entusiasmo del

grupo el funambulesco artista ata un pañuelo a su cabeza, al descuido fija entre sus pliegues un pincel empapado en tinta china y corriendo a la pantalla hace cuatro movimientos como si con el cráneo quisiera desgarrar el frágil papel... Cuando se retira, los atónitos espectadores admiran sobre la blanca pantalla un grupo de garzas, un ramo de flores o un complicado paisaje dibujado!⁵²

Ruidos de orquesta japonesa, arpegios de *shamisen*, vibración de tímpano, hueco ruido de crócalos. La multitud hace rueda y surge una odori,⁵³ una bailarina revestida de oscuro traje y preludiando una extraña danza. Al pronto no se le ve la cara, pues avanza con la cabeza sobre el pecho, dejando ver su negra cabellera suntuosamente peinada; pero cuando levanta el rostro aparece una máscara exangüe, de roja boca dilatada en un rictus de angustia, de ojos en blanco, cuyas fugitivas miradas huyen hacia el espasmo. La música sigue con trémolos prolongados los movimientos serpentinos del cuerpo que ondula bajo el sutil vestido y los crócalos suenan un golpe extraño cuando la extraña danzante apoya un paso. La música dice poco al oído extranjero, pero se adivina singularmente expresiva y dócilmente subordinada a la pantomima pasional de la danza. De pronto la bayadera, en un rápido giro se despoja de su trágica careta y aparece casi hermosa, por contraste, riendo, con su faz blanca

⁵² En el texto de 1900 dice “perfectamene dibujado”.

⁵³ El “odori-ko” es un bailarín.

y sus labios pintados de carmín. Al despojarse de su antifaz ha sacudido el oscuro traje para quedar con uno claro y recamado de oro, haciendo el efecto de una brillante mariposa que bate sus alas nacaradas junto a la rota crisálida áspera y sombría. Cuando la danza concluye, la multitud se dirige a una barraca adonde un japonés sopla un caracol arrancando extraños sonos y que desnudo y sudoroso parece a primera vista un tritón acabando de emerger del océano. Se traspasa el dintel y se llega a un cobertizo bajo el cual hay un pequeño circo rodeado de sacos de arroz. Grandes mástiles de bambú se alzan sustentando estandartes y flámulas con los escudos de armas de los campeones que tomarán parte en la lucha. De pronto aparecen éstos, vestidos con su traje de ceremonia ricamente bordado, del que se despojan para quedar casi desnudos luciendo sus miembros hinchados, que más que los de un atleta parecen los de un enfermo de elefantiasis... Y sin embargo, los *sumō*⁵⁴ son monstruosamente fuertes y ejercen su oficio de generación en generación, sujetos a un *entraînement* riguroso; de manera que por la selección y por la herencia están predispuestos a ser fuertes. Hay tres clases de luchadores: los aspirantes llamados komusubí, los profesores, maegashira, y los campeones que han ejecutado ruidosas hazañas y han conseguido el título de ōzeki.⁵⁵ Los

⁵⁴ El texto de 1900 dice “sumô”, ortografía posiblemente tomada del francés. Se conservó la distinción, pero con otra grafía que igualmente indica la pronunciación de una “o” larga.

⁵⁵ El texto de 1900 dice “Komosobí”, “Maigashira” y “Ozeki”; el de 1919, “Komosobi”, “Maigashira” y “Oseki”. Se modificaron estas palabras de acuerdo con su pronunciación actual, considerando acentuaciones

jueces que necesitan poseer difícilísimos conocimientos se han situado ya en una plataforma, entre la gradería pública, y mientras una especie de pregonero suena un gran tambor desde lo alto de una torrecilla de bambúes, los luchadores, por direcciones opuestas, avanzan hasta reunirse en el centro de la palestra. Una vez allí se saludan y con ágil movimiento se sujetan mutuamente... Inmóviles y pesados apenas se mueven; diríase que no hacían el menor esfuerzo si no fuera porque fijando la vista se ve el temblor de aquellos miembros monstruosos, el sudor que los baña y se escuchan por momentos las respiraciones bruscas y acongojadas... De pronto uno de los atletas flaquea y como lanzado por una catapulta va a desplomarse a cuatro metros de distancia sobre los sacos de arroz, mientras que su antagonista sonrío jadeante y victorioso!

Los luchadores son tan estimados en el Japón que han podido gozar del uso de las armas, privilegio caballeresco y nobiliario; y cuando lucha una pareja famosa se cruzan exageradas apuestas, acudiendo la multitud a admirarlos desde las más remotas poblaciones...

Es medianoche, la hora del Ratón, y aunque la campana de los espejos ha sonado sus últimas dolientes campanadas, el festival profano está en su apogeo. Las tiendas de Motomachi iluminadas a giorno ostentan sus más

y el hecho de que en japonés existe la “s” vibrante, representada por “z”, y la “o” larga, por la grafía “ō”.

preciosos artículos. Hay un puesto de porcelanas lleno con los tesoros de la cerámica nipona; desde el áureo y reticulado Satsuma, hasta el Kutani chino; desde el Eiraku que imita el brocado hasta el blanco y refinado Hirato, y contiguo un almacén de sederías ostenta bajo sus luces deslumbrantes el brillo suave de los satines, el fulgor de los brocados, las aguas cambiantes de los moarés; hay kimonos que parecen destinados a un regio guardarropa, tapicerías suntuosas, gasas que flotan con la tenuidad de una nébula...

Frente a esos encantados escaparates, las musmés y los niños rodean a un campesino cuyo ancho sombrero de paja imita el cónico techo de una choza. De los cajones que ha descargado de sus hombros se escapa una música de floresta, un rústico cascabeleo, un trino continuo y estridente. El campesino es un vendedor de grillos y cigarras que aprisiona en pequeñísimas jaulitas de bambú. Los japoneses de imaginación poética y poderosa, aman tener en su cabecera, en las noches, cuando el sofocante calor abrumba, una de esas jaulitas de donde se escapa el cristalino estribillo evocando visiones de selvas húmedas y sombrías, despertando ideas de frescas brisas y de arroyos murmuradores...

Y el japonés más inculto dice y siente que el canto del grillo es fresco, con el mismo aplomo con que Rimbaud mostraba el color de las vocales al

escándalo burgués... Y es que el nipón, artista ingénito, percibe naturalmente, ayudado por su acuidad sensitiva, lo que el esteta occidental no distingue sino con esfuerzo...

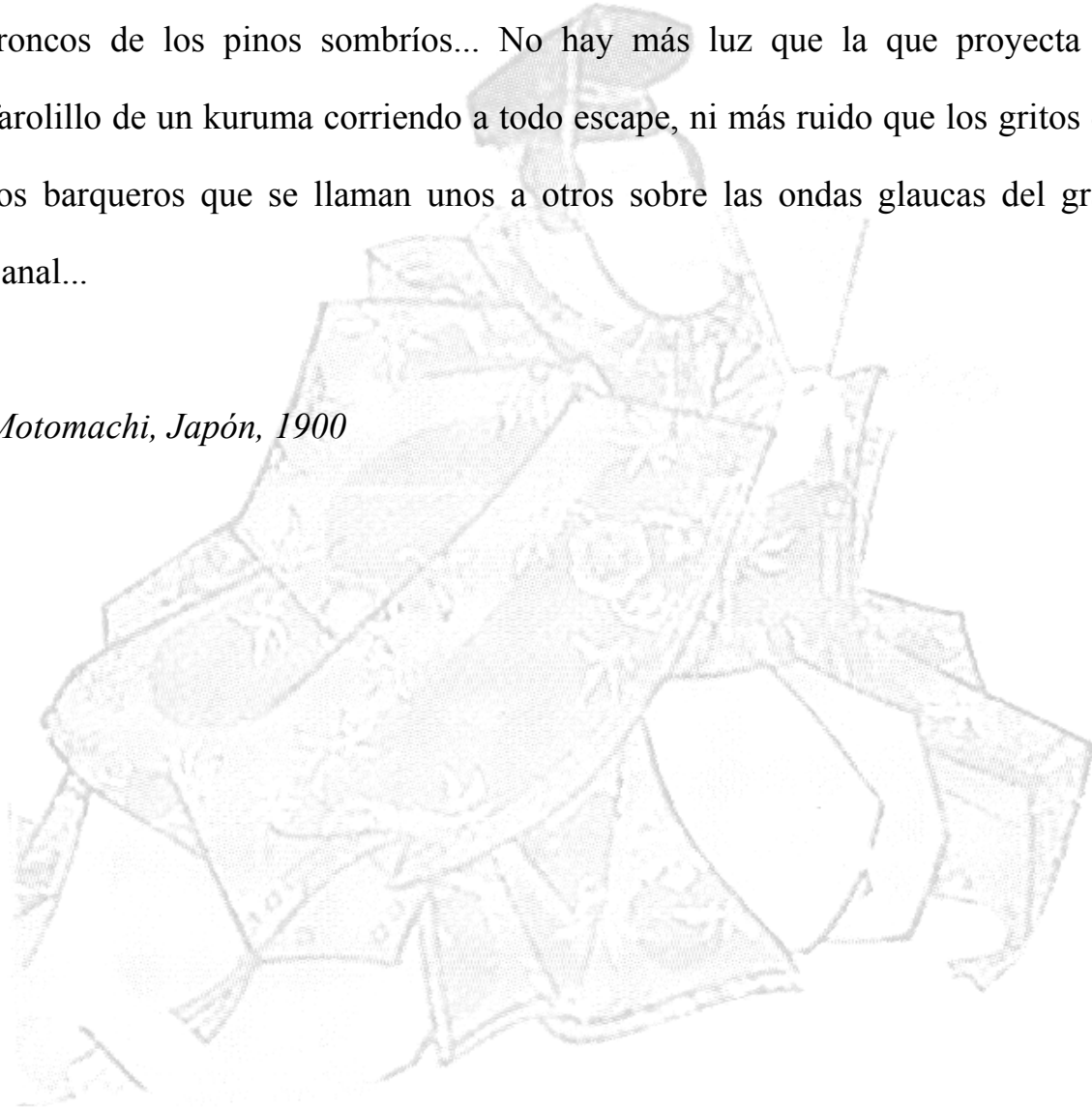
Dejando atrás al eglógico mercader, se llega a una tienda donde los bronces lucen sus pátinas oscuras como la caoba, estriadas con verdores de cardenillo, brillantes como ónices o negras y mates como el terciopelo... Más allá se ha instalado un vendedor de aves y bajo la iluminación que imita las claridades diurnas, la pajarera trina, gorjea, con una vibración constante y sonora como en los bosques al despuntar la alborada, mientras que entre el enrejado de las jaulas se adivinan fugazmente los plumajes suntuosos de las aras y de los faisanes dorados...

Después de la medianoche el festival declina; los mercaderes cansados hacen más raros sus pregones; las bandas de musmés antes risueñas, desfilan en silencio, sin agitar sus abanicos, sonando sobre las losas sandalias de madera. Familias enteras pasan cargadas de compras, llevando en hombros a los bebés dormidos; las linternas comienzan a apagarse, sus soles de escarlata se opacan como entre una neblina. Los mercaderes de flores arrastran sus carritos que tropiezan dejando tras de sí pétalos de flores deshojadas; una troupe de acróbatas, todos coronados por grandes airones de flotantes plumas negras, va por el arroyo cansada de los tours de force ejecutados, sonando la

última tocata de flautas y panderos...

Media hora después Motomachi está en silencio y a oscuras. Allá sobre la alta colina del templo una fogata que se extingue, chisporrotea entre los troncos de los pinos sombríos... No hay más luz que la que proyecta el farolillo de un kuruma corriendo a todo escape, ni más ruido que los gritos de los barqueros que se llaman unos a otros sobre las ondas glaucas del gran canal...

Motomachi, Japón, 1900



LA CEREMONIA DEL TÉ (CHA-NO-YÚ)

Cuando le conté que mi amigo Miyabito me había invitado para visitarlo en su casa, el Cónsul H... me dijo: Va usted a quedar altamente satisfecho; Miyabito es un refinado, un verdadero esteta, iniciado en los secretos del arte de su prodigioso país, hasta el grado de ser, no un vago diletante, sino en ciertos casos, un técnico... Además, aprendió en París la ciencia del *savoir vivre* y es un delicado anfitrión. Con lo cual felicito a usted por el grato día que va a pasar...

En una de las estaciones del Tokaido, entre Yokohama y Tokio, en una aldehuela llena de huertos frutales y de estanques de lotos, junto de un arcaico templo budista cercado de pinos centenarios está la casa de Miyabito, verdadera mansión señorial, como que fue un *yashiki*, un palacio de daimio, medio alcázar, medio fortaleza, en los tiempos no muy remotos del épico Japón feudal. Tras de la puerta de sobria madera de roble con aplicaciones de negro hierro, puede entreverse la magia de un jardín lleno de macetones de azul fayenza, de linternas monumentales, de lagos y *cascatelas*⁵⁶ y sacudido

⁵⁶ Del francés *cascatelle*, pequeña cascada. En este texto en especial, muchas de las palabras que como *cascatelas* aparecen en la edición de 1919 en mayúsculas fueron puestas en cursivas, tal como aparecen en el texto publicado en *Revista Moderna*.

por la sonora vibración de las cigarras delirantes.

A pocos pasos el dueño salía a mi encuentro, vestido con un sombrío y elegante *kimono*, cuyo único ornato era el breve pero ilustre escudo de armas bordado tres veces en la espalda. Temí al principio que mi anfitrión que me recibió con ascético saludo me hiciera víctima de una enojosa etiqueta amenguando así los entusiastas placeres estéticos que me había prometido; mas por fortuna no sucedió tal cosa y desde luego Miyabito-San me puso a mis anchas proclamando su amor al *sans façon*. Recorrimos la casa cuyos tesoros me detallaba el dueño con la naturalidad y la llaneza del gentilhomme verdadero, tan discretas como son enojosas las alharacas del *parvenu*.

Al pasar por un salón se nos habían unido dos comensales más, un caballero japonés y un acuarelista ruso que a cada momento celebraba en pintoresco argot de Montmartre⁵⁷ las bellezas que contemplábamos. Todos los departamentos de la vasta mansión tenían la sencillez característica de los interiores japoneses; esteras albeantes y acolchadas que hollábamos descalzos; maderas preciosas y purísimas cuya fresca virginidad ningún barniz había ultrajado y aquellos ensambles, aquellas juntas de artesones y cornisas sin un solo clavo engarzándose unas en otras por una maravilla de carpintería! Aquí y acullá una aplicación de cobre, repujado por un Benvenuto oriental o

⁵⁷ En el texto de 1919 decía "Montmatrer".

un chapetón de bronce que el cincel había calado con sutilezas de filigrana... A veces, en el fondo de los espaciosos salones, alumbrado por una ventana redonda que dejaba pasar la verdosa claridad del jardín vecino, distinguíamos esa especie de alcoba y de estrado que se denomina *tokonoma*⁵⁸ y en donde el japonés expone sus viejas pinturas veneradas, sus más preciosos vasos de porcelana o bronce y los más fragantes *bouquets* de sus jardines.

Atravesando un recinto vasto y embaldosado como el patio de armas de un castillo feudal, llegamos al parque, augustamente sombreado por gigantes cedros y criptomeras, oloroso a musgo y a leyenda, filtrando claridades por sus bóvedas, agolpando misterio en sus boscajes y todo lleno, todo doliente y melancólico por el doble arrullo de tórtolas y de arroyuelos! Un parque de esos sobre cuyas espesas lejanías se espera mirar de pronto un fugitivo desvanecimiento de ninfas y en el temblor de cuyos estanques parece que acaba de sumergirse una Nereida...!

Pero no eran aquellos los dominios de Tíbulo y de Byron, aunque el canto de las cigarras y la faz casi griega de un Buda, vagamente apercebida, nos alentaron un buen ensueño. A poco el vuelo azorado de un faisán hundiéndose en las frondas su plumero rojo restableció el color local que estalló

⁵⁸ El texto de 1919 dice "TOKO-NOMA". El texto de 1900 separa con espacios la palabra: "TOKO NOMA". Lo correcto, si se optara por separarla, sería "toko-no-ma", cuya traducción literal sería "alto-de-lugar". Se prefirió uniformarla a *tokonoma*, la grafía más común.

al fin con todo su prestigio entre el marfil⁵⁹ y la esmeralda de un estanque de lotos...

Apenas habíamos atravesado una de las sendas laterales, dejando a derecha e izquierda viveros cruzados por peces rojos; pajareras llenas de sonoridades y policromías; vallados de alambre donde acercaban las gacelas de grandes ojos sus hocicos brillantes, e invernaderos que al pasar por su dintel nos arrojaban un tibio hálito, cuando llegamos a la sala en que debía servirse el almuerzo.

El anfitrión concluía de relatarnos la patética historia de la hermosa dulcera de Yedo, que a mi vez referiré en próxima ocasión a los lectores, cuando pasábamos a un gabinete donde los comensales extranjeros, el artista ruso y yo, cambiábamos nuestros trajes europeos por el nacional kimono, tan superior en confort y en elegancia... Luego el anfitrión dio la señal para que el almuerzo principiara.

Rehusando las sillas y las mesas altas que Miyabito-San nos ofrecía atendiendo a nuestras costumbres, nos agrupamos sobre las muelles y frescas esteras, en torno de los minúsculos *guéridons*, que apenas se elevaban del suelo. Fue aquel almuerzo exquisitamente japonés, no desentonando la unánime armonía más que la ineptitud disculpable del artista ruso que tomaba

⁵⁹ En la edición de 1919 dice “mañe” y en la de 1900 “mafil”.

los palillos como si fueran el “tiento” y el pincel... Un potaje de nidos de “salanganas”, glutinoso, de perfume marisco y de exquisito *velouté*...; un minúsculo pero delicadísimo pescado, el *shira-uvo*, condimentado con el *shoyu*, una salsa clásica en cuya preparación se invierte un año... Pero aquí es indispensable una breve digresión sobre la cocina japonesa.

En ese arte culinario, refinado como todo lo que concierne al país nipón, no hay manjares improvisados y un simple platillo necesita maceraciones, cocimientos, manipulaciones sabias y prolongadas para ser digno de figurar en el menú de un gastrónomo que se respeta. La batería y accesorios de cocina son verdaderos dijes y el arte del *cordobleu* se agota en el arreglo de los platos, en el aspecto dado a los manjares y viandas que deben tener un aderezo pintoresco, ornamental, sugestivo... Yo he visto un pescado en salsa blanca, dispuesto de tal manera, que se veía el pez como vivo, dando golpes de cauda y aletas entre la salsa que imitaba en la copa de laca el movimiento de un menudo oleaje... Hay verduras que se añaden al manjar teniendo en cuenta no sólo el sabor adecuado, sino la armonía del colorido. Y por todo esto la cocina japonesa es increíblemente dispendiosa y un *ricohome*⁶⁰ nipón dilapida en banquetes tanto como un *clubman* europeo en el *Derby* o en la mesa del

⁶⁰ Tablada utiliza en ambos textos la palabra “ricohome”, con sus variantes gráficas “rico home” y “ricohome”. En vez de actualizar a “ricohombre”, se decidió dejar “ricohome”.

Bac...⁶¹ Un miembro de la aristocracia de Tokio puede arruinarse en el restaurant a la moda, en el “Koyo-Kwan”, pronunciado “Coyoacan” como nombrando el hermoso pueblo para mí tan amado, que está a orillas de México...

Pues bien, de esa cocina que alguien ha declarado “placentera a los ojos como una orfebrería culinaria”⁶² nos fue servido mucho de lo mejor; los más preciosos condimentos, algas y laminarias marinas, raros tubérculos de lirios; un platillo de hongos superiores a la “fungalia” genovesa; yemas de bambúes singulares; corazones de lotos y como una concesión a nuestros gustos, un faisán asado servido como Brillat-Savarin lo insinúa, en pieza montada, sin que le faltara una mota de su plumaje espléndido! Luego, entre los postres, los “kakis”,⁶³ esos frutos que Pierre Loti, el ilustre calumniador del Japón, llamó “huevos de oro”, siendo esféricos y anaranjados; una clase de durazno, el “Kan-monio”, que después de maduro puede permanecer en el árbol hasta el invierno y... pero basta ya de gastronomía!... Sólo la singularidad y el exotismo de la culinaria niponesa, en absoluto inédita, podrán disculpar mi sensual e inocente digresión...

⁶¹ El texto de 1919 dice “del Back” mientras que el de 1900 dice “del Bac...” ¿Se referirá al juego del bacará?

⁶² El escritor y artista pintor Félix Régamey, en su obra *Le Japon Pratique*. [Nota del autor].

⁶³ Se trata del pérsimo.

¿Sabéis el origen del té?...⁶⁴

Pues he aquí cómo nació, según Miyabito y la tradición de su lírica tierra adonde todo está ennoblecido por la leyenda:

Daruma, un fabuloso eremita⁶⁵ a quien aún hoy veneran japoneses y chinos, observó tan estrictamente la inmovilidad nirvánica, que perdió sus piernas, secas y atrofiadas después de diez años de no hacer uso de ellas, siempre sedente sobre las rocas duras... A la vez se había prohibido el sueño, pero al fin, una noche se durmió despertando hasta la mañana siguiente en que avergonzado de sí mismo, indignado por haber sucumbido, se cortó los párpados y los arrojó lejos de sí como a dos voluptuosas amantes que lo hubieran envilecido...

Entonces se operó el prodigio: los párpados del santo arraigaron creciendo en brote arborescente y revistiendo las aromáticas hojas cuya infusión ahuyenta el sueño...

Eso nos relataba el anfitrión al llegar al “tcha-seki”, al pabellón donde tendría lugar la ceremonia del té, llena de los actos artísticos que iban a deleitarnos...

No bien tomamos asiento sobre las blandas esteras, frente al *tokonoma*,⁶⁶

⁶⁴ El texto de 1900 dice “¿Sabéis cuál es el origen del té?...”.

⁶⁵ En ambas versiones, 1900 y 1919, aparece “ermita”, cuando lo más lógico es que sea “eremita”.

⁶⁶ El texto de 1919 dice erróneamente “Kono-Ma”. El texto de 1900 separa con espacios y guiones la palabra: “To Ko-no-ma”. Como antes se señaló, se prefirió uniformar la palabra a *tokonoma*.

cuando hirió nuestros oídos la armonía de invisibles laúdes y salterios y apenas los primeros compases habían volado, cuando los bastidores que formaban uno de los lados de la sala, desaparecieron resbalando silenciosamente y dejando ver una pequeña plataforma tapizada, adonde cuatro “gueishas”⁶⁷ tañían los “shamisen”, extraños laúdes y los “koto”, grandes y largas cítaras... Vestidas a la antigua usanza, lucían aparatosos ropajes, tocados complicadísimos que levantaban sus cabellos cuyo intenso negro violentaba hasta lo trágico la blancura de los rostros donde los breves labios lucían apenas como dos gotas inmóviles de sangre...

Del seno de los ardientes pebeteros, subían lentamente, o se tendían con lascias ondulaciones las azules nébulas del humo perfumado, velando las suntuosas figuras de las “gueishas” con indecisiones de ensueño...

Un instante, la música se detuvo suspensa, expectativa, presintiendo un advenimiento, arrancando apenas al cordaje de un solo laúd las imperiosas y repetidas notas de un eficaz conjuro... Entonces de quién sabe qué feérico país prodigioso surgieron tres fantasmas inesperados y asombrosos cuyo ropaje se deshacía en una irradiación, cuyos rostros enigmáticos flotaban desvanecidos en un éxtasis! La música de laúdes y salterios prorrumpió en una salutación

⁶⁷ Ambos textos, 1900 y 1919, dicen “gueisha”. Sin embargo, en otros casos hay diferencias. Por ejemplo, en el artículo “La mujer japonesa” (1905) dice “gueisha”, mientras que la versión del libro de 1919 cambia a “geisha”. Aunque la representación gráfica más común es “geisha”, se decidió uniformar todo a “gueisha”, pues la pronunciación japonesa corresponde al sonido suave, que en español se escribe de dicha manera.

jubilosa al aparecer las bayaderas... En el fondo de las cajas de ébano y a flor de las cuerdas de oro, las notas delirantes se estremecían aclamando la aparición de la trinidad triunfal!... Y los ojos de las tres bailarinas sonrieron a los ojos de las cuatro músicas, cambiando promesas de mutuas armonías...

Comenzó el baile... pero ¿era un baile aquello?... La coreografía occidental no tiene más que un eterno efecto de luz y una pobre sugestión sensual. Las eternas gasas vaporosas, las constantes mallas rosadas y gestos insignificantes y espasmos inverosímiles... Pero lo que en aquellos momentos veíamos, era el enérgico simulacro de un arte poderoso que agotando los recursos de la pantomima se encumbraba hasta la excelsitud de la tragedia misma.

La música no se limitaba a escuchar la acción de las bailarinas, sino que parecía asumir una misión propia y de por sí trascendente, aunque armonizada al conjunto... En los laúdes y en los salterios surgieron musicales símbolos de las castas ternuras, de las pasiones ansiosas y delirantes, de los celos siniestros, y en las actitudes de los gestos de aquel trío de artistas había arrobos, éxtasis, indignaciones esquivas, recatos pudorosos, ímpetus eróticos, acurrucamientos amantes y al fin tediosas lasitudes...

A su vez la música había implorado y gemido, sus trémolos y sus arpegios evocaban oscilaciones y suspiros; significó apresurada o lenta, vivas

alegrías y lánguidas depresiones y al fin como desfalleciendo atacó una armonía igual y monótona...

Y no nos dimos cuenta de cómo los silenciosos bastidores volvieron a correrse llevándose músicas y visiones tan rápidamente como disipa los sueños un brusco despertar...

Ya el té pulverizado, aromoso y sin azúcar que turbara la pureza de su sabor, nos había sido escanciado por el dueño del “yashiki” que lo había minuciosamente preparado según todas las intrincadas reglas de la ceremonia. Para combatir el olor imperceptible del carbón, habían ardidado los perfumes entre cenizas calientes. Una regla indeclinable de etiqueta nos obligaba a cumplimentar al anfitrión sobre la belleza de los innumerables accesorios del servicio del té. Y lo hicimos sin recurrir a lisonjas hiperbólicas, pues aquellas lacas enfundadas en brillantes brocados eran venerables por viejas y por bellas; los perfumes dignos de arder a los pies de una reina y aquellas porcelanas estaban ennoblecidas con las marcas ilustres de “Janzan”, “Awata” y “Rakú”... A poco el anfitrión nos dijo que iba a hacernos los honores de su tesoro artístico...

Chamberlain, uno de los más sabios escritores que del Japón se hayan ocupado, dijo que: “el japonés aristócrata, bajo el nombre general de 'Cha-no-

yú', o 'ceremonias del té' cultiva todas las artes que puedan producir el placer estético"... Así lo entendió Miyabito y nos lo probó al llevarnos al salón en que algunas de sus obras de arte habían sido expuestas para someter su belleza a nuestro examen...

Entonces nos fue dado admirar aquellas obras maestras que de manos de artífices misteriosos pasan al tesoro del ricohome, aquellas maravillas ignoradas en nuestros países que del arte japonés no conocen generalmente más que lo ínfimo, lo que el *amateur* nipón desdeña y abomina, la pacotilla, en fin, que la exportación arroja a los insaciabiles mercados europeos... Ah! los opulentos de México que creen poseer "satzumas" y pinturas de Hokusai y bronce de mérito absoluto, qué amargo desengaño sufrirían al ver el abismo que separa a sus apócrifos objetos del auténtico "satzuma", del genuino boceto de Hokusai, y del verdadero bronce! ¿Lo que vimos y admiramos?... Pues fue la esencia de lo perfecto, el corazón de lo maravilloso, del increíble arte nipón! Maderas, marfiles y piedras talladas que desesperarían a los aurifabristas bizantinos y a los lapidarios medievales. Pequeñas esculturas representando cortesanas del "Yoshiwara", dignas de competir con la breves estatuillas de Mirrina y Tanagra o con las "figulinas" de Palissy... ¡Un murciélago tallado en ébano cuyas alas se transparentaban a la luz; una paloma que esponjaba sus plumas de marfil, hinchaba su blanco buche lleno de arrullos y cuyos ojos eran

dos granates y cuyas sonrosadas patas eran dos estrellas de coral!... Vimos una tortuga de “Seimin”, el artista descendiente de una familia de bronceístas que durante cuatro generaciones sólo han esculpido tortugas... Y el quelonio que teníamos ante nuestros ojos era algo prodigioso: la concha de escamas poligonales, como sucias por el lógamo del pantano; la breve cabecita viperina de cuello arrugado y granuloso, las patas con sus agudas uñas y sus membranas interdigitales; todo estaba representado con verdad asombrosa... Luego vimos tapicerías procedentes de las pagodas; porcelanas y “fayenzas” admirables; lacas áureas, negras o rojas; esmaltes “flambés” o “cloisonés” brillantes y sonoros...

Y cuando llegó el turno de las pinturas, admiramos las obras decorativas y grandiosas de los venerables Kano (“Motondri”, “Moronobri” y “Tanyu”); los “kakemono” hieráticos de los maestros primitivos que en oriente pintaban cuando en Grecia esculpían Fidias y Scopas; los ornatos de Korin; los animales de Sózén; los paisajes de Hiroshigué; los guerreros de Yosai; las mujeres de Utamaro y en fin, las escenas callejeras, paisajes, naturalezas muertas, bestiarios y gigantomaquias de Hokusai, ese genio único que fue a la vez el Leonardo da Vinci y el Rembrandt del Japón!

Quedamos abrumados, perplejos, exhaustos de la admiración y el entusiasmo derrochados durante aquella ostentación de maravillas tesaurizadas

por aquel feliz esteta, noble y refinado como un Médicis del remoto Oriente...!

Nos despedimos cuando el sol se ocultaba, perfilando sobre sus ampos anaranjados las agujas negras de los pinos. Callaban las cigarras amigas del día, y a su vez entre los arrozales y los lotos, ensayaban las ranas su trémolo nocturno.

Y allá, sobre un horizonte,⁶⁸ el Fujiyama elevaba su cumbre magnífica que lucía como sin duda lucirá en mi memoria el recuerdo de esa tarde de placeres estéticos y de inolvidables emociones de arte.

⁶⁸ El texto de 1900 dice “horizonte oscuro”.

UN TEATRO POPULAR

“Tsuta-za”, el Teatro de la “Hiedra Legendaria”, abría sus puertas a las diez de la mañana de aquel día, para cerrarlas al cabo de quién sabe cuántas líricas jornadas. El pórtico ornamentado con la versicolor⁶⁹ floración de mil encarrujados farolillos lucía una pintoresca serie de esos famosos *affiches* que Félix Régamey introdujo en la decoración de los salones europeos y que hace días celebraba Jean Lorrain, en un entusiasta artículo dedicado a Sada Yako, la actriz japonesa triunfante en pleno París... Aquellos *affiches* eran la clave gráfica del drama que iba a representarse; trazaban los terroríficos episodios, retrataban a los héroes fabulosos y una multitud pobre incapaz de pagar el medio yen de la entrada, ancianos, mujeres y niños, centenares de niños se contentaban con caer en pasmo ante los cartelones de furiosas líneas y ardiente colorido...

Ávido de tanta novedad halagüeña, hice mi entrada media hora antes que la función comenzara. Un vestíbulo destinado a contener los millares de zuecos que los concurrentes, uno por uno, van abandonando al entrar y lateralmente dos locales, uno lleno de dulces, frutas y pasteles; el otro de todos los *bibelots* de la cocina japonesa y ambos indispensables en una asamblea

⁶⁹ De *versicolore*, palabra francesa de origen latín.

que no se disuelve en las doce horas de un día... Avanzando más, la sala de espectáculo: un *hall* inmenso con un patio en medio, dos gradas de pequeños palcos a los lados, y a su frente el proscenio, cuyos misterios cubría en esos instantes un gran telón en forma de cortina corrediza, fresca y deliciosamente pintada con una tumultuosa “marina”. Como detalles, cortando el “patio” a lo largo y prolongando el escenario, dos caminos como puentes, por los que entran y salen los actores que se ven así, momentáneamente mezclados con el público, y de un extremo a otro del plafón, largas tiras, especie de bambalinas de telas multicolores que ofrece al actor triunfante el público que lo admira y que son a la vez *ex-votos* artísticos y adornos de los más brillantes. La cortina-telón, partía de un ancho *panneau* horizontal cubierto con una gran franja de hermosísimo damasco, bordada con el blasón del teatro, la hiedra japónica que se veía repetida como motivo ornamental, en multitud de accesorios y detalles. Al borde de la rampa, una fila de mecheros de gas y sin palco de orquesta el patio tendido de uno a otro extremo.

Comienza el público a llegar. Son grupos de “musmés” y “muskós”⁷⁰ o familias enteras que se instalan desde luego, se ponen “á son aise” y se ven al momento rodeadas por mozos que les llevan los braserillos para las pipas, las salvillas llenas de bombones o los accesorios para el té. En pocos momentos el

⁷⁰ Tanto el texto de 1900 como el de 1919 dicen “muskos”. Se agregó el acento de su pronunciación.

teatro está lleno. Me contraría ver que los “muskos” corren persiguiéndose de un lado a otro, que el ruido es excesivo, pues eso me impedirá el comprender una frase, una palabra siquiera del parlamento de los actores. Y lo peor es que aquel barullo no cesará, pues los japoneses tan correctos siempre, no tienen *tenue* en el teatro cuyo público parece más bien el de una feria al aire libre. Los vendedores, los niños y sus ayas van y vienen interceptando la vista del escenario; los auditores comen, fuman, beben, creo que brindan, y tanto ruido y tanto movimiento amengua las impresiones que del proscenio emanan...

Parece por fin que el auditorio se aquieta y calla;... se oye, previniendo, el duro chasquido de dos trozos de madera; una orquesta invisible redobla en susurrantes tamboriles y arpegia en trémulos laúdes y por fin dando principio a la función la gran cortina se descorre y un actor en traje de antiguo sacerdote ejecuta el “Sambasho”, baile emblemático que en el Japón precede a todas las representaciones como un recuerdo de la danza sagrada que hace mil años salvó al Yamato de una pavorosa catástrofe. El baile es breve, su ejecutante desaparece y en su lugar invade la escena un tropel de viejos samuráis, cubiertos con armaduras de laca y oro sobre trajes de seda, tocados con cascos coronados por antenas, cascos que parecen epopeyas de gloria, sobre los negros himnos de las armaduras tenebrosas...

Los guerreros al andar entre sus sables erizados crujían como crustáceos

enormes... Sus menores gestos eran retos, provocaciones, amenazas y bajo el duro hierro de sus armaduras, el ímpetu de sus rabias y el furor de sus gestos encontraba un noble ritmo grave y marcial.

Los agudos brillos de sus cascos partían como saetas y las oblicuas sombras de sus cuerpos se tendían como banderas abandonadas.

Marchaban, los guerreros, entre el duelo de sus armaduras pavonadas de laca y el áureo chispear de sus cascos damasquinados de oro; eran sombra y luz, eran el día del Triunfo y la noche de las matanzas, eran la muerte, eran la Gloria...

El paladín de más alta jerarquía hablaba a los demás sugestionándolos imperiosamente. El actor que desempeñaba aquel papel debía ser un gran trágico; la boca y la parte baja de su rostro estaban cubiertas con la máscara de guerra; pero a aquel hombre le bastaban los ojos para agolpar en ellos como en un fanal condensador todos los sentimientos de su alma. Indignado y conmovido, como un caballero andante, narró una gran injusticia, una suprema iniquidad y sus ojos en blanco imploraron, y sus pupilas nubladas sugirieron un llanto piadoso y aquellos ojos mismos se inyectaron a poco, se enrojecieron como una fragua forjadora de rayos vengadores que eran miradas de indignación furiosa...

Por momentos, en los episodios más patéticos, circulaban por el

escenario extraños personajes furtivos con trajes y antifaces negros, que yendo y viniendo ayudaban a los actores a despojarse de un traje, los abanicaban, les alumbraban el rostro en los momentos pasionales... Son los “kuromango”,⁷¹ y se les supone invisibles, aunque a veces intervengan con demasiado celo...

Cuando la escena de los samuráis terminaba, se vio de pronto que todo el escenario, con decoraciones y actores giraba lentamente y desaparecía, mientras que el mismo movimiento giratorio hacía aparecer otro escenario diferente con un nuevo grupo de artistas... Es que el piso del foro en los teatros japoneses está formado por un gran círculo dividido por el diámetro en dos partes: mientras en una, que es visible para el público, está representándose un acto, en la posterior los obreros preparan la decoración inmediata.

La nueva escena era el interior de un “yashiki” palacio señorial, donde tres damas nobles hablaban entre sí; los trajes eran suntuosos, los peinados magníficos y en los hermosos rostros pálidos sangraba el grano de coral de las bocas diminutas... A poco sobrevino una inquietante matrona de gris cabellera, diabólicos ojos amarillos, ostentando un kimono de seda, bruno y dorado como la piel de una pantera...; sus movimientos eran elásticos y felinos y su boca ensangrentada tenía un no sé qué de cruel!...

Era un personaje misterioso y se adivinaba que en su carácter iba a

⁷¹ Muy probablemente se trata del “kuroko”, especie de apuntador y ayudante que auxilia a los actores a cambiar de atuendo.

condensarse la tragedia...

Las tres suntuosas damas se retiraron, dejando en la escena la nostalgia de su deslumbrante hermosura y la misteriosa matrona quedó sola, después que un grupo de sirvientas la rodeó con la lámpara veladora de papel, los edredones, todos los accesorios para el sueño japonés. Entonces a la izquierda del proscenio la orquesta prorrumpió en una música inquietante, mientras que a la derecha el coro, un coro como el de la tragedia antigua, revelaba el misterio de la matrona enigmática y la devolvía a la verdad de un ser⁷² diabólico y malvado.

El personaje semejaba una bruja partiendo para el “sabbat”; su rostro iba perdiendo lo humano y en todo su ser la felinidad se acentuaba; hubo un momento en que sacudió la cabeza y sobre sus sienes quedaron erizados dos mechones grises como las orejas de un enorme gato; luego con un sacudimiento resbaló el primer traje y apareció un segundo que era como la piel áspera de una hiena... Aquel ser tenía entonces una dudosa ambigüedad y la mujer por instantes iba transformándose en bestia... En primer término en la escena, había un biombo transparente y cuando la mujer pasaba arrastrándose frente a él, el público veía proyectarse en la pantalla la negra y enorme silueta de un gato de maravillosa realidad!

⁷² El texto de 1900 dice “su ser”.

Hubo un momento en que en una de las puertas se escuchó un ruido alarmante y entonces creyéndose sorprendido el personaje, con tres gestos volvió su ser humano; su cabello se alisó, el traje perdió su aspecto de piel de bestia y al pasar por el biombo la sombra que se proyectó entonces, fue la común silueta de una mujer! Estos *tours de force* de la escena japonesa son pasmosos en verdad y la mistificación es total, absoluta!... Pero iba a venir algo en que el triunfo era para el intrínseco talento de los actores...

La mujer pantera volviendo de su alarma, había recobrado su ser bestial, cuando distinguió a una de las lindas damas al pasar los rayos de la luna por la verandah de la mansión y desde luego comenzó a acecharla como acecharía a una gacela un hosco chacal. La Bestia-hembra proyectaba su fascinación y allá en el extremo del proscenio la hermosa criatura temblaba sin conocer por qué y luchaba desesperada por no ceder a la siniestra sugestión que la atraía... Pero fue en vano! al cabo las distancias se acortaban y cuando la pobre “musmé” vio por fin a su verdugo y se explicó la posesión siniestra, el demoníaco maleficio, quiso gritar y exhaló un ronco estertor, quiso huir y la fascinación la arrojó tambaleando en los brazos de la hechicera! Entonces ésta la abrazó con furia sensual y rasgando la veste de brocado, descubrió un seno ebúrneo y palpitante, que sus dientes mordieron, que sus labios besaron con un besoventosa, brutal y astringente que aspiró la sangre y dejó marcado el orbe de

marfil del blanco seno con un moretón cárdeno como una flor de hiedra!...

Después el Vampiro, la *goule* asquerosa jugó con el cadáver de su víctima como intentando una resurrección!... La bestia levantaba un brazo y la muerta como galvanizada repetía el ademán. Aquí lo admirable era la perfecta imitación de la rigidez cadavérica interrumpida por la sugestión de la bruja, y cuando esta tomó al cadáver y lo arrastró y lo hizo tomar diversas posturas y al fin lo arrojó de sí, el realismo de aquellos actos motivó que por momentos el público se sintiera estremecido por ráfagas de verdadero pavor...

La escena macabra y demoníaca se prolongó aún llena de espeluznantes detalles, y en toda su duración no hubo ni un solo detalle grotesco, pues los actores supieron mantenerla en el terreno del gran arte...

Siguieron luego otras escenas, entre ellas un baile infantil, un ballet de “muskos” que fue una delicia: las criaturas ornadas con suntuosos trajes eran flores cuando inmóviles y mariposas al agitar las grandes mangas de sus irisados trajes!

Una de las últimas escenas fue una disputa entre dos samuráis que terminó con el *harakiri*, el suicidio voluntario de uno de ellos y los protagonistas desempeñaron admirablemente sus papeles, representando a maravilla la ironía, la burla, la cólera, el odio... Y antes de que el noble vencido se abriera el vientre, una patética escena en que interviene su mujer

intentando amorosamente disuadirlo de su trágico y caballeresco empeño.

Y la pieza termina con el apoteosis del bravo samuray que consiguió matar a la infame bruja, a la mujer chacal que desolaba la comarca...

Hubiera podido de una manera ordenada y sistemática contar a los lectores el argumento de esta tragedia japonesa, después de traducir su libreto; pero preferí trasladar mis impresiones como las recibí, con la incoherencia y el misterio con que por mí fueron resentidas... En el teatro japonés, los actores son superiores a los autores, y muchas veces una pieza nimia o defectuosa es dignificada por el genio de un Danjuro. Eso fue lo que me pasmó y me maravilló: el juego magistral, estupendo, *poignant* de los intérpretes de la pieza que he abocetado!

Y desgraciadamente es un imposible traer al papel aquellas máscaras trágicas y dolorosas; las dulces y ambiguas faces de las pálidas “musmés” y los rostros airados y terribles de los samuráis vengadores!

Yokohama, 1900.

EL JAPÓN EN OCCIDENTE

A Hyoshio Furukava

Allá por el año de 1870, en vísperas de su muerte, Julio de Goncourt, paseando del brazo de su hermano Edmundo por una avenida del Bosque de Boloña, decía, entre otras cosas, blasonando de los títulos que ambos tenían ya para no ser olvidados por la posteridad:

“En fin, aquella descripción de un salón parisiense amueblado de japonerías, publicado⁷³ en nuestra primer novela, en nuestra novela: 'En 18...', que apareció en 1851;... sí, en 1851 –que se me señalen los japonistas de entonces.– Y nuestras adquisiciones de bronce y de lacas de aquellos años en casa de Mallinet y un poco después en casa de Mad. Deseye... y el descubrimiento en 1860, en la 'Porte Chinoise', del primer álbum japonés conocido en París... conocido al menos del mundo de literatos y de pintores... y las páginas consagradas a las cosas del Japón en 'Manette Salomon' en 'Ideas y sensaciones',... no hace todo eso de nosotros los primeros propagadores de ese arte en vías, sin que se sospeche de revolucionar la óptica de los pueblos occidentales?”⁷⁴

Y la profecía del grande y moribundo artista se ha cumplido en todas

⁷³ En ambos textos hay falta de concordancia.

⁷⁴ La organización y puntuación de este párrafo es confusa. Nos apegamos a la edición de 1900 por ser la que menos dudas plantea.

sus partes; la gloria de los ilustres estetas que fueron los De Goncourt, es hoy universalmente reconocida y el arte japonés que su videncia suprema les hizo presentir, se impone hoy en el arte de occidente, trastorna los antiguos cánones, modifica totalmente el arte de la decoración, cambia los puntos de vista del paisaje, llegando a influir hasta en la figura humana, aún en el retrato. La influencia de ese arte de intenso carácter y de sutil sugestión ha avivado en los artistas europeos el estudio de la flora y de la fauna mínima, llevando nuevos elementos a la ornamentación y al decorado, otros factores que no son la eterna hoja de acanto de los capiteles o la cara de león de la gárgolas clásicas, ni el bestiario monstruoso o la intrincada vegetación de la época ojival.

Gracias al ejemplo naturalista de los japoneses, los artistas de nuestro mundo han visto la gracia y el encanto que tiene una flor de amapola elevándose sobre su tallo sinuoso, junto a la cápsula deshojada que, estremecida por el viento, riega sus negrísimas semillas; o en un campo apaisado la armonía de una rama de almendro o de durazno florido y la gracia decorativa de un insecto, una araña en medio de su tela reticulada, un coleóptero entreabriendo sus metálicos élitros, un longicornio alargando sus articuladas y vibrantes antenas.

Y de ese ejemplo fecundo y glorioso han surgido los artistas que hoy en

el gran arte o en las artes aplicadas, expresan mejor la belleza. En Francia son, remontándose al romanticismo, los impresionistas Pissarro y Caillebotte, el gran Manet y el acuafortista Desboutsins, seguido de otros artistas mínimos, de una pléyade de *petits maîtres*. En época más cercana a nosotros vienen el escenógrafo y escultor H. Rivière, el originalísimo Whistler, William Morris,⁷⁵ el retratista Auquetin, Galle el autor de maravillosas marqueterías y taraceas; Auriol, ornamentista floral que del mundo vegetal ha sacado encantadores elementos para sus originales viñetas y en una palabra, todos los talladores, ceramistas, orfebres, bronceístas, esmaltistas, vidrieros y affichistas, demuestran la regeneradora y prolífica influencia del arte japonés.

Entre estos últimos, Toulouse Lautrec y Feuze son quienes más radicalmente afirman la influencia nipona. Lo que decimos de Francia puede extenderse a Inglaterra (donde el *prerrafaelismo* ha alcanzado resultados análogos a los producidos por el naturalismo japonés, en las artes de aplicación al menos), a Italia y a Alemania y aún a los Estados Unidos, donde hoy se levanta una interesante generación⁷⁶ de artistas. Creemos con lo que va dicho haber dado una idea del enorme y decisivo papel que el arte japonés desempeña en la estética contemporánea. En México poca idea tenemos de las

⁷⁵ El texto de 1919 agrega al de *Revista Moderna* la mención de los siguientes artistas: “el originalísimo Whistler, William Morris”.

⁷⁶ El texto de 1900 dice “poderosa generación”.

innumerables y apasionadoras bellezas que ese arte encierra y conceptuamos tarea digna de quien de arte se ocupe el revelar y propagar esas bellezas lamentablemente ignoradas por una gran mayoría. Procuraremos evadir las arideces de un estudio demasiado técnico y dar variedad a los capítulos, cosa nada difícil, pues en el Japón por todas partes brotan veneros de belleza y el arte se revela en todos los actos de la vida de ese gran pueblo artista. Así en un capítulo diseñaremos las siluetas de los grandes maestros primitivos Kanaoka, Matahei y los Kano; en otros hablaremos de las mil prodigiosas aplicaciones que del bambú hace el Japón; el siguiente estudio tratará del guardarropa feérico y suntuoso de una hermosura de las “Casas Verdes” y en fin no desdeñaremos hablar ni de la jardinería y el arte de hacer búcaros, toda vez que ambas cosas están en el Imperio del Sol elevadas a la categoría de verdaderas artes.

Y abrigamos la esperanza de que poco a poco, el público no iniciado irá sintiéndose envuelto en la atmósfera de armonía y de belleza que ha sabido crear, al través de miles de años, esa raza exquisita y refinada, ese pueblo enamorado de la naturaleza, y gran cultor de lo bello, que se llama el Japón.

DIVAGACIONES

En las amables siestas de *farniente*⁷⁷ cuando humea el té aromoso y afuera sopla el tifón me entrego a mil faenas exquisitas para mi espíritu de *bibeloteur* y de enamorado del arte.⁷⁸ Ya es la aplicación del ácido oxálico sobre la mancha amarillenta que apareció en el margen de un libro amado que por arcaico merecía ser incunable; ya es la preparación del pegamento para restaurar una deplorablemente rota faienza de Kutani,⁷⁹ ya es la renovación de la naftalina que preserva de los destructores lepidópteros al arcón lleno de viejas telas; ya es la fabricación de un diafragma para montar un grabado o bien el simple registro en el catálogo de un *bibelot* adquirido en un instante de vena.

Pero entre tanta divagación refinada, entre tanta voluptuosa tarea, no hay para mí ninguna como abrir junto a la ventana llena de rubia claridad occidental el viejo cofre de negra laca semejante a los que antaño arrojaba a mexicanas playas la feérica y prodigiosa Nao de China,⁸⁰ cuyos periódicos

⁷⁷ Del francés *farniente* y éste, a su vez, del italiano *fare*, “hacer”, y *niente*, “nada”: dulce ociosidad.

⁷⁸ El texto de 1900 dice: “En las raras siestas de *farniente*, en las escasas treguas que concede de tarde en tarde la lucha por la vida, me entrego a mil faenas exquisitas para mi espíritu de *bibeloteur* y de enamorado del arte.”

⁷⁹ Del francés *faïence* o *fayence* y éste, a su vez, de Faenza, ciudad de Italia. Significa “pieza de loza”. En el texto de 1900 dice: “para restaurar una compotera deplorablemente rota, de Talavera de la Reina”.

⁸⁰ El texto de 1900 dice: “que antaño arrojaba a nuestras playas la feérica y prodigiosa Nao de China”. En el de 1919 se omite la palabra “playas”, errata aquí corregida.

arribos recuerdan nuestras abuelas mezclándolos en su memoria vacilante con portentosos episodios de cuentos de hadas –y abierto el viejo cofre lleno de un perfume exótico y avejentado, extraer de él los volúmenes que integran mi naciente colección de libros japoneses.– Surge al principio un gran álbum lleno de gesticulantes guerreros de la epopeya nipona, samuráis que pelearon en las seculares guerras feudales, daimios en traje de parada con armaduras de sombrío pavón y repujadas de oro, con borceguíes de piel de oso y cascos coronados de antenas y férreos abanicos de combate y arcos de gigantes sagitarios y carcajes plenos de voladoras saetas; vienen luego esbeltas princesas arrobadas en la contemplación de las flores del cerezo o siguiendo en el acuarium de Inari⁸¹ la evolución de una flotilla de peces encarnados. Y vienen luego las voluptuosas huéspedes de las “Casas Verdes”, las cortesanas de Yoshiwara⁸² que se reconocen y distinguen por el lazo del *obí* anudado hacia adelante y por la multitud de fistles y fibulas de carey que sostienen su aparatoso peinado. –Y es una seductora policromía y una maravillosa suntuosidad la de esos trajes! Terciopelos recamados de oro lampa [*sic*]⁸³ brocados tramados de plata; albos tisús bordados con tiernísimas sedas; regias

⁸¹ El texto de 1900 dice erróneamente “Inari”.

⁸² Aparece como “Yosiwara” tanto en el texto de 1900 como en el de 1919. Se corrigió a “Yoshiwara”, que es lo correcto.

⁸³ En el texto de 1900 dice: “Terciopelos recamados de oro, sedas y satines tramados de plata; albos tisús bordados con tiernísimas sedas; regias pompas y vaguedades de ensueño y transparencias nebulosas y acuáticos muarés!”.

pompas y vaguedades de ensueño y transparencias nebulosas y acuáticos moarés! La mayor parte de las planchas de ese álbum están ennoblecidas con el pico del Fujiyama sobre la hoja de viña, marca de Tzutaya-Juzabro, el célebre editor del siglo XVIII, y están firmados por nombres de artistas tan ilustres como Yteisen, Yeisan, Kunisada Toyokuni, etc., etc.⁸⁴

Vienen luego los estudios de Kono-Bai-Rei, el gran pintor ornitógrafo. Desde las torvas aves de presa: azores y milanos, hasta las trepadoras: tucanes y aras opulentas; desde las eróticas palomas y los gorriones bohemios hasta las aves marinas que aman la tempestad, hasta los belicosos gallos de Yokohama, hasta los grisáceos y membranosos murciélagos, ingenuamente considerados como aves, toda la fauna ornitológica esta ahí con sus acurrucamientos y sus agilidades, con sus saltitos elásticos sobre el césped y sus vuelos a ala tendida hacia el azul!

Me encuentro después con un kibyōshi,⁸⁵ pequeño libro amarillo y popular que viene a ser algo como la estampería d'Epinal de Francia y los canallescos libelos de Vanegas Arroyo entre nosotros... En las minúsculas páginas y casi al azar están fijados los asuntos más heterogéneos; hay *panneaux* con paisajes; cascadas que caen verticalmente desde altísimas rocas; hay caseríos en medio de bosques de cedros; hay estudios de garzas tan

⁸⁴ El texto de 1900 dice “Jeisén, Jeisán, Tokugawa, Toyokumí, etc., etc.”

⁸⁵ El texto de 1900 dice “*Kibioski*” y el de 1919 “*Kibioshi*”. Se uniformó a “*kibyōshi*”.

simplificados de factura que son casi un esquema; hay representaciones de dioses y guerreros de la leyenda japonesa; hay primores de composición llenos de simplicidad y cuyo valor consiste sólo en la verdad y en el efecto sorprendente: un caracol que escala el tallo de un bambú; un ratón que intenta roer una almeja; un abanico sobre un libro, etc., etc.

Entre esos libros ocupan un lugar distinguido las ediciones de autores europeos y americanos hechas en el Japón. Ahí están las fábulas de Florian y las de Lafontaine.

Estas últimas hechas en la imprenta Ttsoutidji y dirigidas por el japonés S. Magata y por el francés P. Barboutau, son un triunfo de bibliofilismo.

Entre los ilustradores tiene en primer lugar sin duda Kadjita Han-Ko, discípulo del inmortal Yosai. Por una gran llanura de nieve va la cigarra con los sonoros élitros raídos y en la ventana de una cabaña japonesa por cuya puerta entreabierta se ve el orden y el confort, asoma la desdeñosa hormiga cubierta con un traje de suaves y calientes telas. Aparte de la elegancia y de la maestría de la ejecución, hay una deliciosa, una conmovedora *naïveté* en la preciosa estampa. Admírase⁸⁶ en seguida “La encina y la caña”; “El zorro y las uvas”; “El zorro y la cigüeña”; “El sol y las ranas”; creaciones todas del admirable Han-Ko que es sin duda uno de los grandes pintores con que cuenta

⁸⁶ El texto de 1900 dice: “Admíranse”.

el Japón contemporáneo.

De la misma índole que los anteriores son los volúmenes publicados en Tokio por la imprenta Kobunsk⁸⁷ y que integran la serie intitulada “Japanese Fairy Tales”. Los que van publicados son entre otros: “The Old Man and the Devil”, “The Fisher Boy Urashima” y “The Matsuyama Mirror” habiendo este último merecido los honores de ser traducido al castellano por don Juan Valera.

Tienen estos admirables libritos la forma de los kibyōshi pero su calidad es muy superior, pues están impresos en papel crespón de arroz con la finura y la suavidad con que los japoneses tiran los surimonos de año nuevo y las tarjetas de té.⁸⁸ Tengo abierto frente a mí uno de esos volúmenes más bellos y más delicados que todos los Elzevires, los Plantin y los Aldos occidentales.

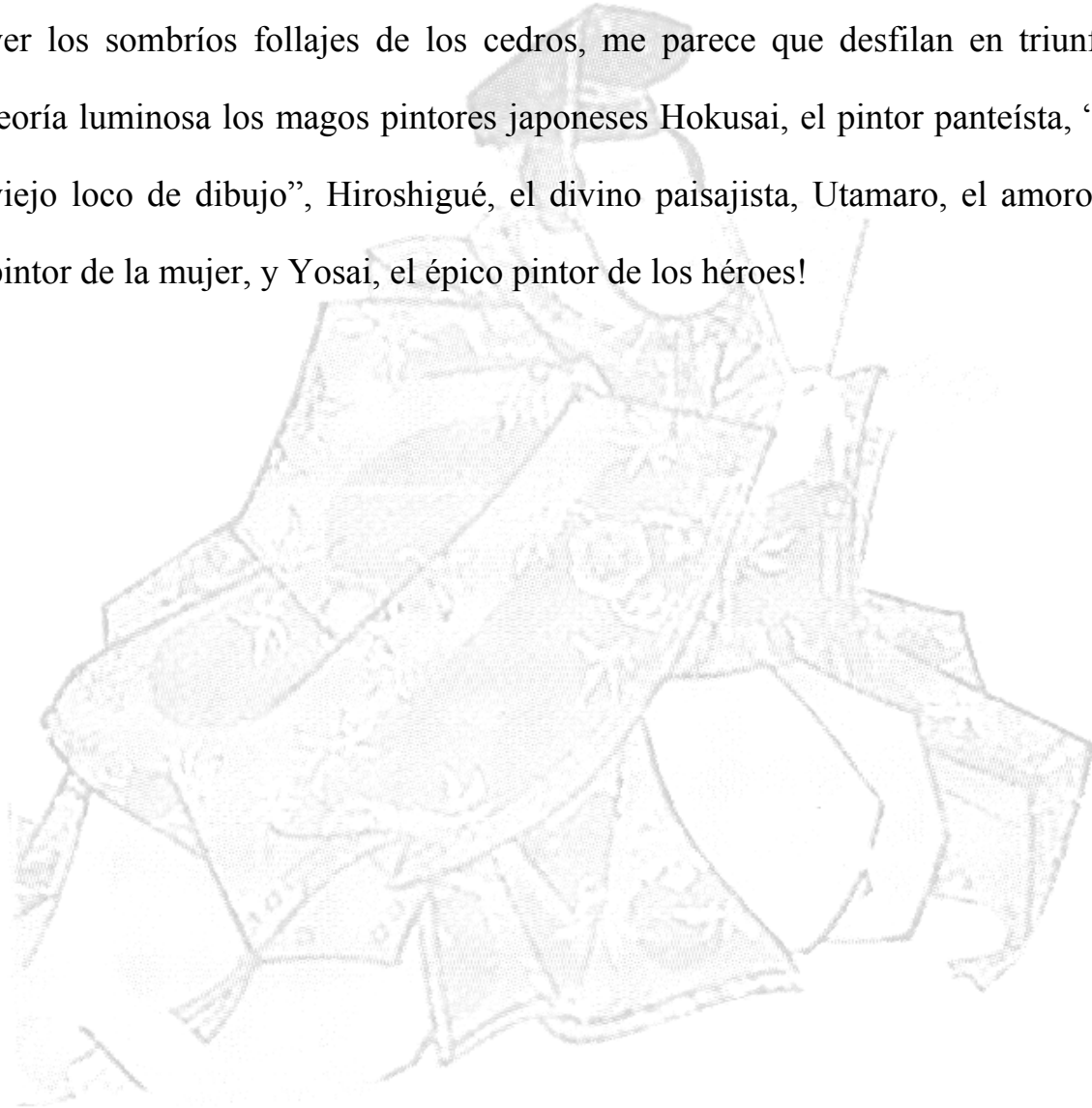
Después de haber soltado a la tortuga que cayó en sus redes, el pescador Urashima, se aduerme reclinado en una de las bordas de su esquife. Y sobre las ondas ligeramente rizadas aparece el hada del mar... Qué finura en el dibujo donde los perfiles tienen la tenuidad de un cabello y la seguridad que sólo luce el pincel cuando está animado por la mano de un maestro! Qué frescura y qué armonía en el colorido en donde las tintas tienen la leve suavidad luminosa que dejarían sobre el papel los reflejos de las piedras

⁸⁷ El texto de 1900 dice: “que actualmente está publicando en Tokio la imprenta Kobunsk”.

⁸⁸ El texto de 1900 dice: “tiran sus surimonos y sus tarjetas de thé”.

preciosas...

Cerré el libro ahogando mi entusiasmo, estremecido por una honda y pura emoción de estética y sobre un ampo del cielo color de topacio que dejan ver los sombríos follajes de los cedros, me parece que desfilan en triunfal teoría luminosa los magos pintores japoneses Hokusai, el pintor panteísta, “el viejo loco de dibujo”, Hiroshigué, el divino paisajista, Utamaro, el amoroso pintor de la mujer, y Yosai, el épico pintor de los héroes!



EL CASTILLO SIN NOCHE⁸⁹

“...Suplico encarecidamente que no se indigne nadie; en primer lugar mis intenciones son puras; voy sólo a visitar aquellos lugares. Y, además el “Yoshiwara”⁹⁰ es en el Japón una de las más respetables instituciones sociales... Es un lugar de paseo y de ostentación frecuentado hasta por las familias; no sólo lujoso y espléndido, sino también casto en lo posible; casi litúrgico, casi religioso”.

Pierre Loti.⁹¹

Y si alguien dudara de la sinceridad que me anima al abroquelarme en este epígrafe, le diría: En el Japón, entre los múltiples actos que forman la sabia y complicada ceremonia del té (la Tchanoyú), después de admirar los kakemonos empolvados y gloriosos y de justar en el artístico torneo donde triunfa el que más armoniosamente ha juntado el plumón de esmeralda del bambú con la regia peonía; la nieve de azur del lirio acuático con el pino estelado de las montañas; el terciopelo de la hoja de begonia con el marfil deshebrado de una loca crisantema blanca, entre esos actos, hay uno que obliga a los numerosos actores de la ceremonia a beber uno tras otro el “saké”,

⁸⁹ En el texto de 1919, el título aparece como “El castillo sin noche (I)”. Pudiera parecer que se trata del primer texto de una serie, pero en realidad es una llamada de una nota a pie de página que fue omitida. Dicha nota, en el texto de 1900 dice: “Uno de los significados de ‘Yoshivara’ que literalmente debe traducirse ‘Campo fértil’ ”.

⁹⁰ En todo el texto de “El castillo sin noche” se escribió, erróneamente, “Yoshivara”. Se corrigió a “Yoshiwara”.

⁹¹ En el texto de 1919, esta cita no aparece como epígrafe en caja desplazada a la derecha y con letra menor como sucede en el de 1900, sino erróneamente como parte integral del texto.

el vino nacional en una misma copa... Rompiendo con las sutiles pragmáticas de una inexorable etiqueta, siempre me he rehusado a plegarme a aquella exigencia! La copa de laca y oro era hermosa, sin duda, y quizás divina ambrosía el “saké” de su seno pero... esa copa era de todo el mundo! Después de anotado este hecho, cualquiera se explicará mi incorruptible actitud al visitar el gran Yoshiwara.

En Tokio, las calles de los populosos arrabales están formadas por interminables hacinamientos de casas de un solo piso abrumadas por techumbres sombrías y en cuyos maderámenes teñidos por oscuras pátinas arrojan de noche un sofocado fulgor de ópalo las encarrujadas linternas de papel. De día la magia del sol enciende en las bajas fachadas milagros de colorido y el kimono matizado de una musmé basta para llenar de pintoresco júbilo aquellas sordas tonalidades Y mientras el sol alumbra, hay un factor de alegría: el ruido, la algazara de las bandadas de “muskos” que llenan el arroyo con policromías de flores y músicas de gorriones bohemios; el ruido de los mil pregones lanzados por caravanas de mercaderes; el rumor incesante y noble de los oficios que vuela en torno de los talleres...⁹² Pero de noche los ruidos cesan o se convierten en gemidos... son el pífano del errante ciego que hace el masaje; el estadillo de los crótalos de seca madera que golpea el insomne

⁹² El texto de 1900 dice “sonoros talleres”.

vigilante de incendios o la “uta” dolorosa, el canto de una “musmé” cuya alma más triste y más lacia que sus largos cabellos despeinados, despierta hondos gemidos en el sordo cordaje de su largo laúd de ébano...

Y la vía que conduce al Yoshiwara voluptuoso,⁹³ es una fúnebre y desolada vía! Parece que las sombras se agolpan como para detener al que marcha hacia el pecado dándole ocasión y tiempo para que medite y desande sus pasos...

Una hora... dos horas, en que el ligero carrujillo de laca parece correr sin avanzar, rodando sobre el mismo sitio... Y en la mente un mareo al distinguir en el rápido desfile, durante leguas enteras, las mismas casas sombrías, alineadas en iguales calles, surcadas por el ir y venir de idénticos transeúntes!

Partiendo del aristocrático barrio de Akasaka, atravesando la avenida “Guinza”, que es la principal de Tokio y que como su equivalente en México se llama de Plateros, habíamos enfilado las calles mercantiles costeano el barrio de los graneros y salvando los puentes de una Venecia exótica tendidos sobre canales de indecible melancolía. Y luego al borde del Sumida-gawa, del río en que rielaron las lunas de los galantes festivales celebrados por Edmundo de Goncourt en sus sabias monografías japonesas, dejamos a un lado los

⁹³ El texto de 1900 omite “voluptuoso”.

templos de Asakusa cuya altísima pagoda destacaba su monumental silueta sobre las cenizas luminosas del espléndido cielo estival.

“Umayu Bashi”, “Azuma Bashi”, otros tantos puentes tendidos sobre el río “Sumida” que tuvimos que atravesar para caer de repente, arrojados por la ciudad rumorosa, en una inmensa planicie desierta, atravesada por violentas brisas, inquietada en su silencio por el hipo ronco de millares de ranas y entre cuyos surcos, como astillas de espejos destrozados, brillaba a trechos el agua encharcada entre las matas de arroz... Interrogué al kurumaya creyendo que hubiera equivocado su camino, pero el infatigable corredor a modo de respuesta extendió su mano reveladora hacia el horizonte enigmático...

No había en efecto equivocado su camino! Un inmenso fulgor de estrellas pulverizadas, brillaba sobre el acerado gris del cielo, hacia donde elevaba sus vértices el follaje anguloso de los pinos. Una última carrera al través de la campiña negra y como en medio de las hondas tenebrosidades de la pesadilla se enciende de pronto el apoteosis feérico de un sueño encantado, al volver en mí de un pasajero ensimismamiento, caí derrumbado en un luminar maravilloso!...

Qué verso de Ariosto, encendido con la luz prodigiosa de los castillos de Armida, se cuajó ante mi vista en un radioso y único deslumbramiento?...

Era la pertinaz obsesión de las casas deprimidas, en las tristes calles atravesadas, la que por reacción exaltaba los palacios incendiados y magníficos de aquel lugar de ensueño?...

Frente a mí tendía su pavimento una avenida anchurosa cuya pródiga iluminación ofuscaba...

A un lado y otro palacios, moradas regias, alcázares de varios pisos culminantes, únicos en todas las metrópolis de este oriente remoto! Y formando el alma de aquella atmósfera, arpegios de laúdes y de cítaras que sollozaban a lo lejos y un aroma almizclado y tibio como el perfume que se escapa al abrir un invernadero...

Aquello no podía ser un banal mercado de vicio; quizás era substanciada, la promesa extraterrestre de Mahomet, el oasis donde las huríes moraban; tal vez aquello era el versículo azul y dorado del Corán...⁹⁴

A un lado y otro el primer piso de cada mansión ostentaba un gran aparador, defendido por frágiles varillas, una jaula espaciosa donde las hetairas de trajes ostentosos y peinados de aparato se mantenían sedentes, acurrucadas como en el crepúsculo las aves de una fabulosa “aviarium”, con la fragancia, la inmovilidad y el colorido de una floresta mágica.⁹⁵ Las estrofas, sugeridas por

⁹⁴ En ambos textos, 1900 y 1919, este libro sagrado aparece mencionado como “Korán”.

⁹⁵ El texto de 1900 dice “el colorido de las rosas de una floresta mágica”.

aquel espectáculo que irradiaba lirismo, batieron sus alas en mi mente:

La Venus de aquel templo no es la bacante loca!
Rara vestal que luce hierático vestido,
Su boca está dorada: un Dios besó su boca
Y negros son sus dientes que el misterio han mordido.

Ved de las hetairas el albo rostro austero...!
Contemplad las sedentes en silencioso coro
Como flores dormidas en un invernadero,
Como aves inmóviles en sus jaulas de oro!

La flor de lis que infama, no fulminó su rayo
Sobre sus hombros blancos! y al resplandor febéo
Como un jardín ostenta sus flores el serrallo
Y se abre cual los nidos el áureo gineceo!...

La principal avenida es interminable. Cada piso de cada casa es un harem, detrás de cuyas barras menudas, aparecen mudas e inertes las odaliscas, sentadas sobre las esteras de bambú finísimo. A primera vista sorprende la semejanza de los trajes suntuosos... Es que cada casa tiene una librea, un convencional uniforme, y sobre los brocados aurescentes o sobre los crespones fluidos y vaporosos algo como un blasón: un símbolo floral o un ornamento heráldico. Hay grupos en que las túnicas escarlatas están bordadas con espigas de oro; otros sobre los ropajes negros lucen volutas de olas azules o en el fondo de amarillo mandarín ostentan una tríada de hojas de té.

Sucede a veces que en los bordados del “kimono” puede leerse el

nombre de su dueña... La que se llama “Tsuru” ostentará en sus trajes un bando de garzas a vuelo tendido sobre el éter o esponjándose en parejas junto a un río. La llamada “Momótaro” lucirá la imagen o los atributos del infante heroico; “Yuki” un paisaje nivoso; “Matzu” el pino; “Tsúbaki” la camelia; “Take”⁹⁶ el bambú...

Invariablemente, frente a cada beldad, se mira una pequeña caja de laca roja y oro que es a la vez tocador y estuche de fumar. Con movimientos automáticos, como ejecutando un rito, encienden la nivelada y breve pipa que se agota en dos fumadas o bien, de prisa y como furtivamente, pasan sobre su rostro la borlilla de polvos y con un pincel minúsculo renuevan sobre sus labios el oro y el carmín. Luego vuelven a su inmovilidad de muñecas, dejando que a sus espaldas brille, sobre el negror sedeño de los biombos, la fauna furiosa,⁹⁷ los airados leones de Korea, los retorcidos dragones o los desbocados unicornios que bordó con oros refulgentes, un artista febril y alucinado...

Y al ver aquellos rostros exangües cuya artificial blancura hace resaltar el negro absoluto del aparatoso peinado, ante aquellos rostros afilados de ambiguas miradas y áureos labios, mirando aquellos trajes empapados en las

⁹⁶ Como nombre propio femenino “Take” no lleva acento. Como designación del bambú, sí lo lleva. Tablada puso acento tanto en el texto de 1900 como en el de 1919. También aparecieron con acentuación errónea en ambos textos las siguientes palabras: “Tsurú”, “Momotaro”, “Matzú” y “Tsubaki”.

⁹⁷ El texto de 1900 dice “el Bestiario” en vez de “la fauna furiosa”.

lumbres del iris y sustraídos al guardarropa de las hadas, se piensa que aquellas mujeres irreales e inverosímiles, arrobadas en hondos pasmos y como suspendidas en éxtasis extraños, son las odaliscas del serrallo de algún genio, desposadas de gnomos subterráneos, tributarias de algún minotauro, todo... menos lo que son realidad!...

Los anales galantes del Yoshiwara abundan en testimonios del poder de seducción que aquellas sirenas han ejercido desde remotos días sobre daimios y ricohomes y con ejemplos de ambiciones desenfrenadas y trágicas perfidias confirmando la universalidad del tipo. Es Salomé, es Dalila, la misma Onfalia efeminando al héroe sobre cuya pavonada armadura se posan triunfantes los pies diminutos y envilecedores. Una idéntica y siniestra Valois, cuelga a su cintura como un trofeo los corazones embalsamados de sus amantes muertos de amor, sólo que la *goule*, la terrible *goulah* del mito árabe se llama Komurasaki y el que sucumbe al tormento osculatorio del urente infierno es el señor de un “Yashiki”. El oro de los feudos, la sangre humana misma, corren perdidos por las miradas de aquellos ojos rasgados y por las sonrisas de aquellos labios de oro. Por una de aquellas beldades una encarnizada guerra entre dos daimios asola dos provincias. Los príncipes, agotado el último “río” de sus fabulosos tesoros, se abren el vientre, ejecutan el “harakiri” que lava

con sangre la deshonra...

Esos mismos anales registran caprichos cesáreos... Aún puede verse en Yedo, un canal anchuroso que cruza barrios enteros, excavado por millares de siervos y que un daimio de antaño hizo construir para ir cómodamente de su “Yashiki” al Yoshiwara donde moraba la “oirán” que lo enloqueció...

Cuando decidí retirarme tras mi superficial visita, era la hora radiosa del “Castillo sin Noche”. Numerosos grupos de visitantes afluían en la anchurosa y dilatada avenida que cruzaban centenares de brillantes djinrichis. Los elevados faros arrojaban torrentes de luz; comparsas de “gueishas”, aristocráticas bailarinas y cantantes, salían o entraban a las “Casas de té” iluminadas *á giorno* y resonantes de músicas y cantos...

Pero, a pesar de que aquella brillante *mise en scène* que al principio se me antojó un apoteosis, un invencible desencanto se insinuaba en mi espíritu.

Establecimiento oficial, “casi litúrgico”, “casi religioso”, institución social, lo que se quiera, pero que no era al fin y al cabo más que un mercado, un bazar de mercancías más o menos aderezadas...

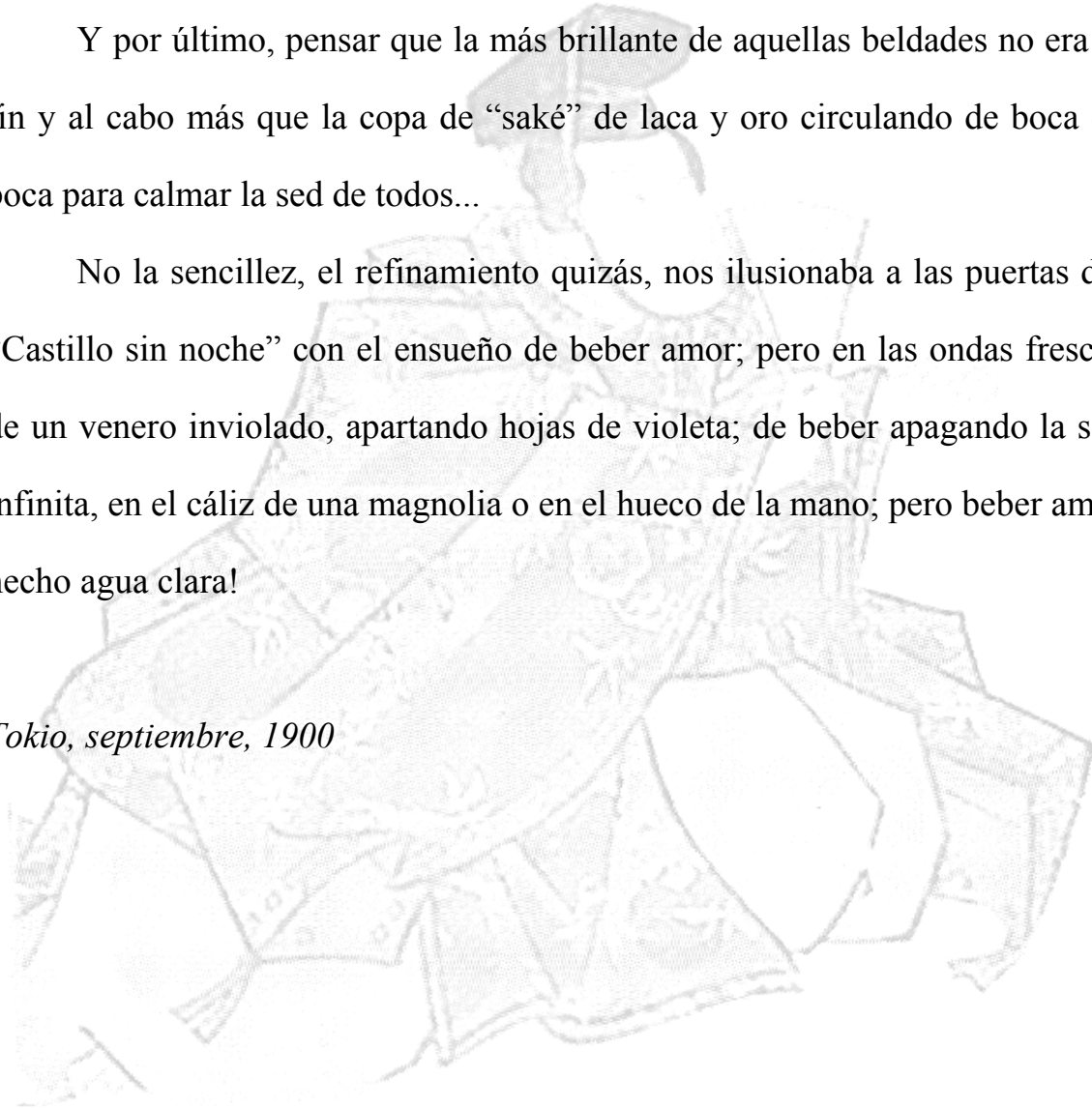
Y luego el abismo insondable que separa nuestro ideal de aquellos rostros de artificial blancura, bajo cuyos cosméticos se transparenta la piel amarilla y aquellos ojos por donde se asoma una alma que desconocemos

hasta creer convencidos que no existe... ¡Ah, no! fácil es enamorarse de una estampa de Utamaro y sentirse casi helado ante el modelo reducido a realidad...!

Y por último, pensar que la más brillante de aquellas beldades no era al fin y al cabo más que la copa de “saké” de laca y oro circulando de boca en boca para calmar la sed de todos...

No la sencillez, el refinamiento quizás, nos ilusionaba a las puertas del “Castillo sin noche” con el ensueño de beber amor; pero en las ondas frescas de un venero inviolado, apartando hojas de violeta; de beber apagando la sed infinita, en el cáliz de una magnolia o en el hueco de la mano; pero beber amor hecho agua clara!

Tokio, septiembre, 1900



LA MUJER DE TJUANG-TSÉ

La luna llena tramonta, emergiendo tras de los boscajes del Bluff y sobre el bruñido disco del astro, sobre la luminosa neblina, de su halo, se recortan los retorcidos follajes de arces y criptomeras con firme y negra silueta, como los trazos de un pincel cargado de tinta china sobre la seda engomada y transparente de los kakemonos... Se levanta el regio astro y primero riega con polvo de plata la techumbre imbricada y negra del templo de Yakushi-Nyorai y luego sobre el dormido canal Motomachi,⁹⁸ sobre el betún de sus quietas aguas donde flotan los soporosos “sampanes” hace correr arroyos de azogue tembloroso y zigzagueantes riachuelos de plata líquida.

No puedo ver sin vehementes temores ese soberbio plenilunio. Mi casa, por un excéntrico capricho, sale del barrio europeo donde debía estar confinada, sale de su quietud nocturna y de su puritanismo burgués, y por quién sabe qué veleidades de curiosidad indiscreta se empina sobre los barrios chinos, sobre la pululante hedionda y tumultuosa “China Town”... Y como el chino es el noctámbulo por excelencia y como cada noche de luna en la celeste barriada es pretexto para sabatinas, ágapes y faunalias, adiós quietud soñada y lectura prometida! Mis oídos se exasperan de antemano con el presentimiento

⁹⁸ En ambos textos dice erróneamente “Motomochi”.

de las cien audiciones instrumentales y vocales que deberán sufrir en la abominable velada... Un concierto chino.

El “leit motiv” es el aullido de un gato en celo, un ulular continuo que acompaña un canto gangoso, todo apoyado por el sonido de instrumentos ríspidos que aguzan las más sutiles notas y las clavan como un largo punzón en los oídos...

Mis temores eran fundados; el concierto principia en el restaurant de Kung-Foe,⁹⁹ casi al pie de mis ventanas. Una voz chillona y nasal vocaliza la famosa serenata china “Tai-Sisho-Sheh-Way-Sjunmo”. Canción de moda hace dos siglos, arieta romántica que refiere de cierto joven¹⁰⁰ que después de gastar toda su fortuna con una mujer galante, con una “Flor”, como los chinos dicen, viene a quejarse con ella de que su padre lo abrumba con sus maldiciones. –Los banjos asmáticos, los *pec-ba*,¹⁰¹ estridentes guitarras, las agrias trompetas y las sibilantes ocarinas acompañan la “complainte” del eunuco y además de esas armonías clásicas comienza el murmullo de la chinería noctámbula que se apostrofa, que ríe en falsete, mientras las mujeres prodigan sus desentonadas risas y los perros aúllan a la muerte con el miserable hocico tendido hacia la luna esplendorosa... Estoy fastidiado, aburrido, quién sabe qué demonio chino

⁹⁹ El texto de 1900 dice “Kung-Foé” y el de 1919 “KUN-FOE”.

¹⁰⁰ El texto de 1900 dice “refiere la historia de cierto joven”.

¹⁰¹ El texto de 1900 dice “pee-ba”.

destila en mi cerebro la quintaesencia del esplín...

Dos golpes de abanico sobre el papel de mi ventana y luego una disputa en donde distingo la voz de mi *amah*, criada, deteniendo alguno que pugna por entrar y al fin Asano, el criado de Hengh-Li-So que descorre el bastidor, asoma su rostro sonriente y tras de varios *kotow* (reverencias) y otros tantos Tabradas an! (interjecciones vocativas de que soy objeto) me dice que está comisionado por su amo para invitarme a tomar té y quizás a cenar: (“Hayako, hayako-o-cha-chop-chop”) (Luego, luego té y comida!).

Muy bien, Asano! Me has proporcionado lo que deseaba –pienso dentro de mí– y luego en voz alta!

–Dile al honorable Hengh-Li-So que pronto llegaré a su Palacio desde mi humilde choza. Pero no había terminado de declinar las fórmulas de la política china cuando Hengh-Li-So en persona, se me presenta, me toma del brazo y rumbo a su opulenta mansión me saca de la pobre mía...

Quién es Hengh-Li-So? –Yo creo en mis adentros que es el más solemne canalla que ha parido china alguna; pero en mis relaciones casi diplomáticas con él y sus congéneres creo que es un acaudalado comerciante, prócer en la China Town de Yokohama, que fuma opio como un *teriaki*, pero que es honorable; que tiene un harem integrado por cinco mujeres (excluyendo

la legítima que impera con el mayor absolutismo) y que a pesar de ese harem es un virtuoso, un casto...

Todo esto creo de Hengh-Li-So porque Hengh-Li-So es mi amigo, porque me divierte, porque es amable con los (diablos occidentales) europeos, y porque su verbosidad poco asiática, su educación casi europea, lo hacen accesible al trato social, cosa rara en un chino viejo. Cuando Hengh-Li-So me invita a su casa, sé que el hogar chino descorre sus misterios ante mí y que el serrallo integrado por las señoritas Wong, Fu-kian Lao, Foe, etc., estará visible ante mi justa curiosidad toda vez que el despótico dueño, de gracias tan exóticas, confie en mí lo bastante para hacer que mis ojos de bárbaro profanen las muelles dulzuras de su particular gineceo...

Heme aquí en casa de Hengh-Li-So. Su retrato? Una cabeza rapada, excepción hecha del occipucio que luce una delgada trenza, cráneo de microcéfalo, tez cetrina, pómulos angulosos, boca sensual, de labios enjutos que dejan ver una dentadura negra como barnizada con laca, y en los ojillos oblicuos una gota de opio negro, una retina dilatada y febril, que bajo los párpados rugosos, llora, ríe, arde y se nubla entre los extraños efectos de los párpado temblorosos; Hengh-Li es casi una momia, está disecado, es un organismo de nervios y huesos agotado por las pipas de opio y por los abrazos del harem...

Hengh-Li está triste, esta noche de luna en que aúlla jubilosa toda la chinería. Hengh-Li está esplenético y pesadumbroso, y al ofrecerme la primera taza de té me dice en mal inglés algo que precisamente equivale a la sentencia del viejo Eclesiastés: “He hallado más amarga que la muerte a la mujer; la cual es redes y lazos su corazón y sus manos como ligaduras”...

Y Hengh-Li (cuyo nombre significa la razón perpetua) ve de reojo a una de sus concubinas que, solícita y pasiva, le carga la pipa después de hacer arder el opio prendido en una aguja en la flama de una lámpara. Hengh-Li aspira la primer bocanada de su pipa y mientras afuera ulula y aúlla la nocturna prostitución del barrio, me refiere lo siguiente, como una demostración de su frase de misógino desencantado.

Hace muchos siglos, muchas centurias, miles de años, vivía en China un filósofo llamado Tjuang-Tsé que tomó como tercera mujer a una hermosa joven... Con el fin de entregarse mejor a sus reflexiones filosóficas se fue con ella a un lugar tranquilo, rehusando cuanto alto empleo le fue ofrecido por el Imperio.

Un día que filosofando se paseaba, notó que había llegado a un cementerio; sobre un sepulcro reciente, una joven de luto riguroso estaba sentada soplando con un gran abanico blanco la huesa húmeda todavía. El filósofo intrigado preguntó a la joven qué hacía allí y ella le respondió que esa

tumba encerraba los restos de su esposo tiernamente adorado, que dejándola viuda en la tierra había destruido su vida para siempre. Pero hija –preguntó Tjuang– qué haces con ese abanico? –Nos amábamos tanto, respondió ella, que cuando mi esposo agonizaba me hizo prometerle que no me volvería a casar antes de que la tierra de su tumba no estuviera enteramente seca y ahora, prosiguió, volviendo a llorar a mares, ahora la tierra no quiere secarse a pesar de que hace mucho tiempo la oreo con mi abanico.

Pobre hija mía, exclamó el sarcástico sabio, te compadezco, y en prueba de ello voy a ayudarte en tu tarea.

La viuda aceptó el ofrecimiento y le dio al sabio otro abanico blanco, y como el filósofo poseía una virtud misteriosa conjuró a los céfiros hasta lograr que la tumba se secara. La joven viuda, radiante de dicha, se fue dejando a Tjuang sumido en profundas reflexiones.

Cuando Tjuang volvió a su casa tenía aún en la mano el abanico y su mujer celosa y excitada le preguntó de dónde venía. El sabio le contó el episodio agregando: “Ya ves que la mujer es más pérfida que las aguas del Océano”. Pero la esposa se indignó, replicando que esa viuda era una cínica, desvergonzada, afrenta de su sexo, y en el colmo de la indignación arrebató el abanico a su marido para hacerlo mil pedazos.

Poco después Tjuang-Tsé enfermó y murió al fin a pesar de los solícitos

cuidados de su mujer. Poco antes de morir dijo a su esposa: “Lástima que hayas roto ese abanico... lástima, pues hubiera podido servirte”.

El ataúd con el cadáver dentro quedó en la cámara de luto hasta que los adivinos fijaron el día de los funerales y la casa se estremeció con los alaridos plañideros de la viuda desesperada. Pero la mujer, en medio de su paroxismo doloroso, a pesar de su duelo, entre el iris de sus lágrimas distinguió a un joven que se confundía en el grupo de los dolientes.

Cada día la viuda y el joven venían a llorar ante el difunto, pero sobre sus pensamientos se desahogaban en ardiente lluvia como flores purpúreas los pensamientos de pasión.

Pocos días bastaron para el mutuo acuerdo y la viuda ardiente procuraba cuanto antes concluir el nuevo matrimonio.

Sin embargo, existían obstáculos insuperables.

Él no tenía dinero y se rehusaba a que las fiestas nupciales tuvieran por teatro la cámara en donde un cadáver yacía... Pero la mujer allanó todo alegando que tenía dinero por los dos, en cuanto al cadáver lo hizo trasladar al fondo del jardín, bajo un ruinoso cobertizo...

Nada se oponía ya al matrimonio y por fin la fiesta se celebró con pompa inusitada. Y cuando la feliz pareja se encontraba en la mesa del festín,

tras de la ceremonia, el joven palideció desmayándose, quedando muerto¹⁰² y desencajado ante los asistentes consternados. La novia ululaba y hacía cuanto podía por volverlo a la vida... Entonces el viejo criado del novio explicó que su amo padecía periódicamente esos síncope y que el único remedio que podía aliviarlo era bien difícil; el joven para sanar necesitaba beber el cerebro de un hombre en un vaso de vino...

La joven viuda habló algunas palabras con el viejo sirviente y a una señal afirmativa de éste se armó de una hacha y corrió al fondo del jardín.

Rápidamente hizo pedazos el ataúd. Pero cuál sería su pavor al escuchar un profundo suspiro y al mirar al cadáver incorporarse lentamente con los ojos abiertos.

—Esposa querida, decía el aparecido, dame la mano y ayúdame a levantarme.

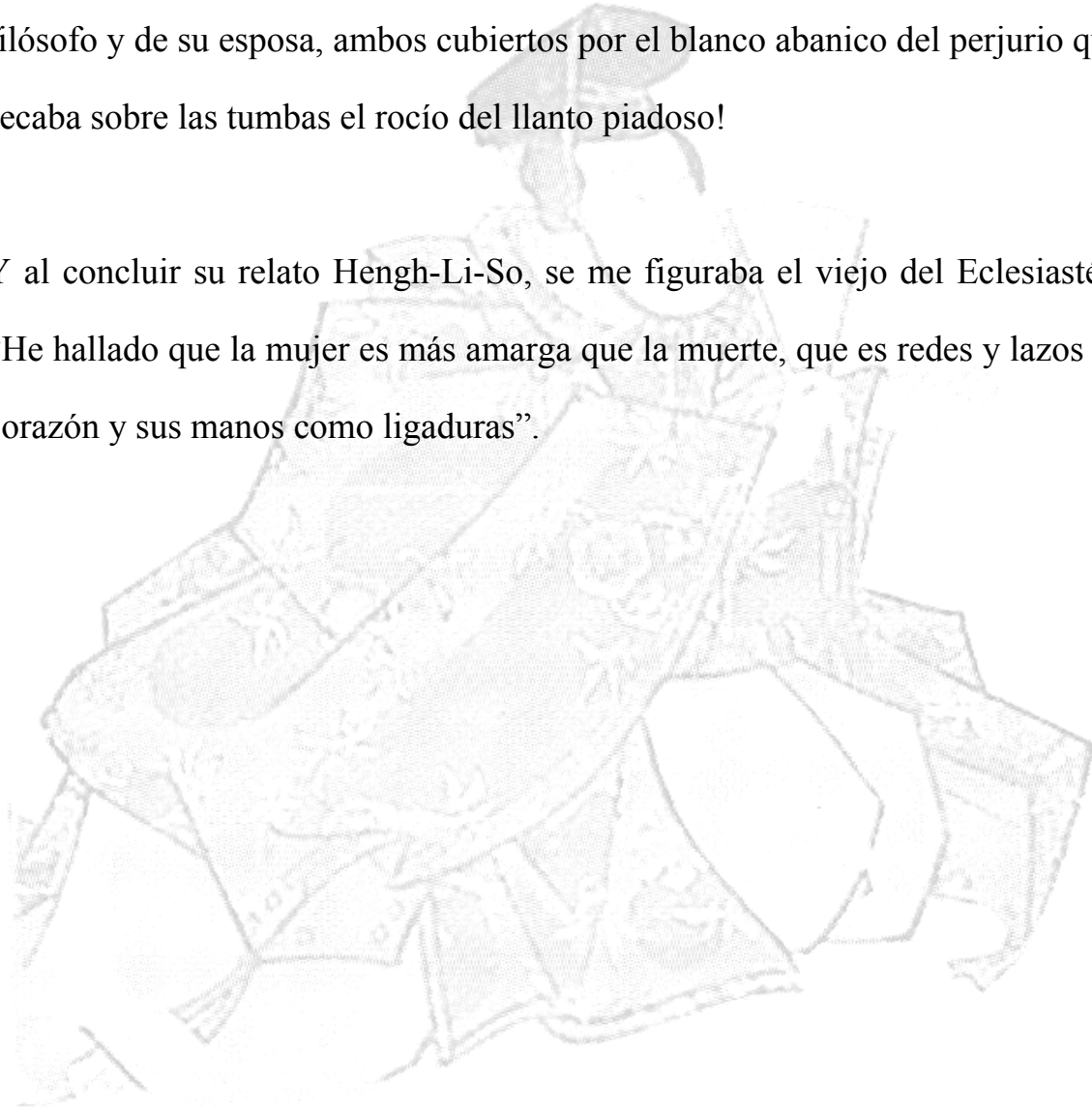
Helada de espanto la viuda llegó con su siniestro acompañante hasta la sala del festín. —Allí no vio a nadie, ni a su novio ni al viejo servidor.

Sólo vio a los comensales del festín ante quienes el filósofo resucitado pronunció estas palabras: “Tú, dijo a su mujer, no has vuelto a casarte; tu joven novio fue una encarnación de mi espíritu que quiso poner a prueba la fidelidad que me juraste; pero no se juega con el amor! Ven conmigo!”

¹⁰² El texto de 1900 dice “yerto” en vez de “muerto”.

Los comensales del festín que huyeron despavoridos, volvieron al día siguiente a la casa de Tjuang-Tsé, y en el fondo del jardín, bajo el ruidoso cobertizo, vieron el ataúd hecho astillas y en su fondo los cadáveres del filósofo y de su esposa, ambos cubiertos por el blanco abanico del perjurio que secaba sobre las tumbas el rocío del llanto piadoso!

Y al concluir su relato Hengh-Li-So, se me figuraba el viejo del Eclesiastés: “He hallado que la mujer es más amarga que la muerte, que es redes y lazos su corazón y sus manos como ligaduras”.



BUCÓLICA

Pasó el verano japonés de siestas soporosas y desesperantes bochornos... Las musmés han plegado sus abanicos y cerrado sus sombrillas de pinturas desvanecidas, como decoradas al pastel, o pintarrajeadas con la violenta policromía de los mosaicos... Breves abanicos y grandes parasoles yacen ahora en el fondo de los baúles de alcanfor y sándalo, junto a los brillantes kimonos que preserva de la destrucción la momia de una cantárida...¹⁰³ Al fin se ha nublado aquel sol implacable cuyo enrojecido yugo dobló a los animales jadeantes; a las flores que, bajo brutales ósculos de fuego, perdían sus aromas como una virginidad; a los árboles que sudaban savia; a las aguas que cambiando la alegría de sus cristales por turbios vahos, se arropaban dolorosamente en la bruma, desvanecidas por aquella lumbré que llevó su tórrido estupro hasta el seno de los claros manantiales...

Cuando las náyades y las ninfas de las fuentes se sumergían en lo más hondo de los estanques, huyendo de la brutal embestida del sol lujurioso;

¹⁰³ El texto de *Revista Moderna* incluye en este punto la siguiente nota del autor a pie de página:

Las japonesas creen que 'la mujer que posea una cantárida, tendrá siempre hermosos trajes', y cuidan siempre de depositar en el fondo de sus armarios el cuerpo de uno de esos coleópteros... Esta creencia puede explicarse de dos modos: las propiedades cáusticas del brillante insecto, ahuyentando a la polilla mantienen en perfecto estado el guardarropa o bien hay que admitir un sentido perverso y recordar las virtudes eróticas de la cantárida, que en la Edad Media, incorporada en los filtros, determinaba los 'embovedamientos de amor' ? El carácter japonés, ingenuo a la vez que refinado, hace inminente esta duda. J. J. T.

cuando al cruzar los aires encendidos, caían sofocadas las palomas tornasoles... entonces, sobre los pinos de negras cortezas que lloraban ámbar líquido, en medio de las flores violadas, entre los blancos lirios salpicados por la sangre del himen bestial, había un ser único, feliz y jubiloso...

Era la cigarra aquel ser! Su júbilo era una locura, su dicha una histeria, su felicidad un paroxismo...! El repiqueteo de su cascabel agrio saludaba el albor de las madrugadas serenas; el rechinado de su violín estridente señalaba los mediodías y bebiendo gotas de sol se iba la cigarra embriagando hasta que congestionada por la lumbre y por la luz, borracha de fulgores y destellos, llenaba las siestas abrumadoras con la musical locura de sus chirridos, inflando su grito de duende hasta convertirlo en alarido, rompiendo con redobles inauditos los pequeños tambores de sus élitros, hasta que por fin en aquella orgía de sonidos, en aquel “sabbat” vibrante alcanzando su máximo, atronaba los aires un estallido ensordecedor... Las mil flautas de vidrio caían quizás hechas astillas?... reventaban los crótalos y las panderetas?... Las sonajas y los sistros, como racimos estrujados, desgranaban sus cascabeles?... Nada de eso!... A poco el estridor volvía, el canto se obstinaba y después de los clamores meridianos y de los alaridos de la siesta, la cigarra encontraba el modo de profanar, en selvas y jardines, el casto silencio de las noches de luna!

Ese canto acompañó mis días de más acerba nostalgia... Soñando con mi amada cuya imagen destellaba en mi memoria como una custodia en una capilla desierta, me internaba en el misterio de las selvas profundas, buscando un silencio digno de la doliente majestad de mi amor, anhelando una intensa penumbra sobre la cual pudieran irradiar todas las claridades de la querida imagen evocada! Llegaba hasta el seno de los boscajes donde tienen sus templetes los dioses rústicos; el césped estaba tibio como si acabara de servir de lecho a las hamadriadas desnudas y bajo la sombra húmeda se ahondaban al ras de la grama, diáfanas cisternas, en cuyo fondo había inmóviles carpas y murenas dormidas...

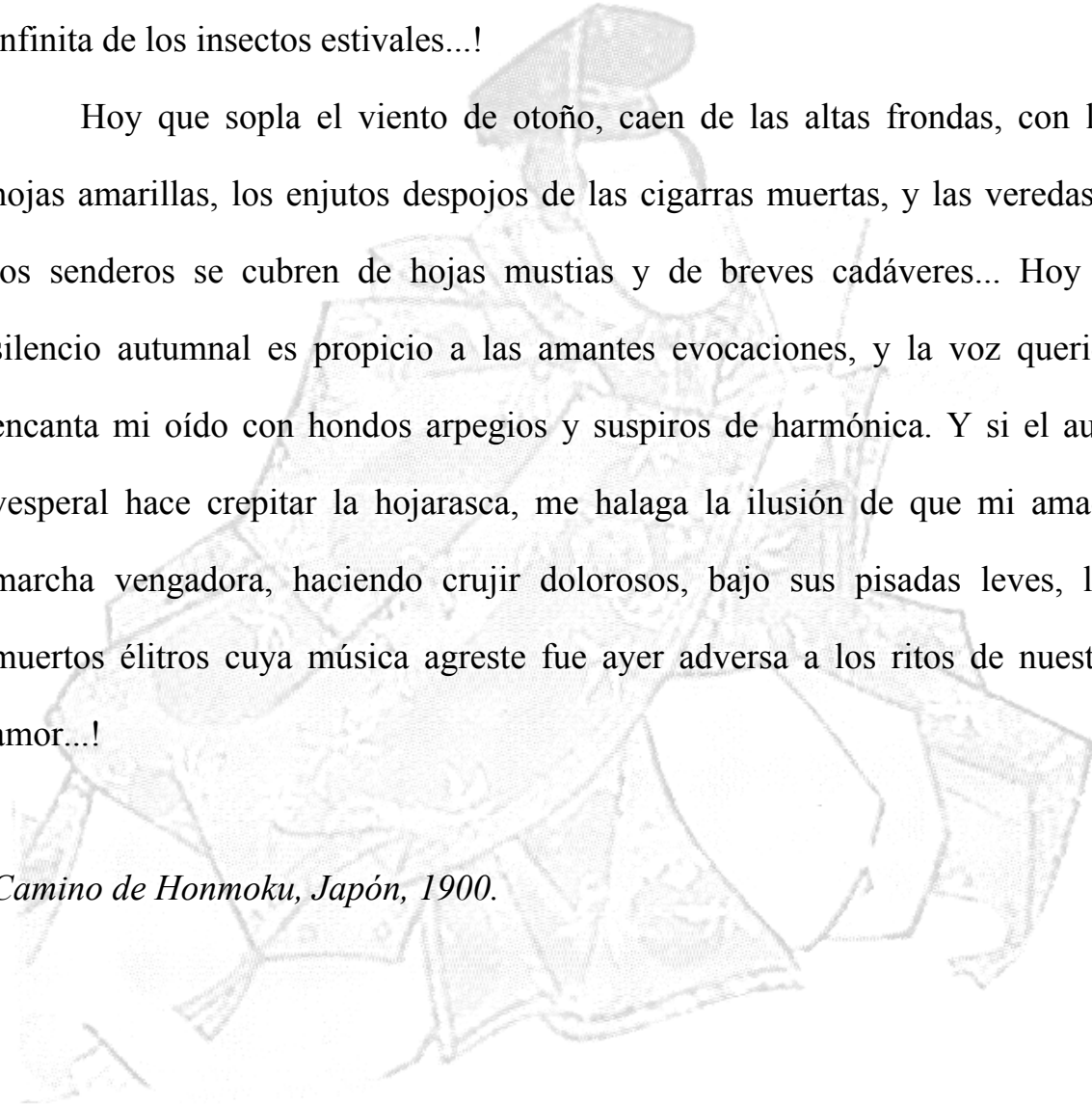
Pero en aquellos días encendidos, en aquellas mañanas incandescentes, en aquellos sofocantes crepúsculos cuyos soles chirriaban al hundirse en las negras aguas de la noche, mi pupila hastiada de luz no pudo encontrar una penumbra, y mi oído exasperado por obsesoras vibraciones no pudo descansar en el silencio...

La cigarra agria, estridente, convulsiva, profanó esos silencios absolutos que el alma del poeta llena de suaves eufonías, de murmullos amantes y de apasionados suspiros!... La aterciopelada voz de mi adorada, la inflexión doliente de sus quejas, el susurro de sus confidencias, la airada vibración de

sus reproches, la sofocada angustia de sus sollozos y la alegría infinita de sus risas, todo ese tesoro de melodías, de arpegios y de trémolos que el silencio y el amor hubieran evocado eficazmente, se perdieron entre la odiosa vibración infinita de los insectos estivales...!

Hoy que sopla el viento de otoño, caen de las altas frondas, con las hojas amarillas, los enjutos despojos de las cigarras muertas, y las veredas y los senderos se cubren de hojas mustias y de breves cadáveres... Hoy el silencio autumnal es propicio a las amantes evocaciones, y la voz querida encanta mi oído con hondos arpegios y suspiros de harmónica. Y si el aura vespéral hace crepitar la hojarasca, me halaga la ilusión de que mi amada marcha vengadora, haciendo crujir dolorosos, bajo sus pisadas leves, los muertos élitros cuya música agreste fue ayer adversa a los ritos de nuestro amor...!

Camino de Honmoku, Japón, 1900.



PRADERAS DE OTOÑO

Llora el otoño que se va! Llora sobre las auroras opacas que se levantan bostezando en lechos de fríos plumones, en alcobas de muselinas densas; llora sobre los helados mediodías que pasan, todos bruma, con un sol escarlata en medio, como polares osos de jadeante lengua roja...; llora en los largos crepúsculos que ahondan el tedio y magnifican la melancolía y en cuyo albor indeciso palidece un cadáver: el Sol, y albea un fantasma: la Luna...

Dónde están mis tardes mexicanas, de largas nubes sombrías y vivos campos dorados, áureas y negras como la piel de una tigresa...? Llora el Otoño inconsolablemente...! Los vidrios de mi ventana están llenos de lágrimas, y en estos instantes que la nostalgia se obstina en besarme como una odiosa querida, el primer huracán del Invierno golpea brutalmente la vidriera dolorosa como¹⁰⁴ el bofetón de un rufián sobre una mejilla inconsolable...

Llega este Invierno sonando una glacial “tocata” en su clarín de hielo. Lo preceden sombríos heraldos de negras armaduras crujientes, de grandes airones tempestuosos... En el yerto campo de batalla se arremolinarán las ventiscas y se desplomarán los aludes...; hay legionarios que despedazan los témpanos para hacer hachas; toda una falange aguza lanzas y dardos de hielo...

¹⁰⁴ El texto de 1900 dice “con” en vez de “como”.

Y en brutal desafío, en provocación insolente, choca el Invierno su álgida rodela con el broquel del sol, sonoro y áureo!... Los rayos del sol se tienden lacios como aljabas de oro lanzadas por brazos pusilánimes... Ya no tiene el Sol áureos paladines que llenen de púrpura el estadio, sino efebos cobardes que tienden flavas antorchas nupciales cuando el Invierno, para preñarla de huracanes, busca en su tálamo a Nivosa... Pero aún el Otoño vive, y antes de que el Invierno triunfe celebrará luminosos festivales el Otoño, triste y glorioso como un César decadente, sabio en sus magnificencias, pródigo en sus pompas, agonizando entre flores que se deshojan, entre perfumes que arden, entre hetairas que cantan, dejándose morir suntuosamente como un emperador bizantino!

Entre los días álgidos y pluviosos del Invierno que avanza, hay en el Japón luminosas mañanas y tardes magníficas. Los jardines, antes de dejarse besar por la nieve, hacen alarde de un brillo inaudito, y en praderas y bosques, donde los bambúes echan a volar sus últimos plumones de esmeralda, donde los cedros resisten austeros como ascetas y vigorosos como guerreros, brilla el “mómiji”,¹⁰⁵ con su milagrosa policromía! El “mómiji” es el arce nuestro, el “érable” de Francia, el “maple” de la corona británica, el “Acer polymorphum”, en fin, de los botánicos... Con las otoñales crisantemas, con la

¹⁰⁵ En ambos textos, 1900 y 1919, aparece como “momiji”. Se corrigió la acentuación a “mómiji”.

primaveral flor del cerezo forma la regia trilogía en el poema floral del Japón... Como los griegos las “Antesterias”, como los latinos sus “Floralias”, como la pecadora Niza contemporánea los floridos combates, el Japón celebra las fiestas de sus jardines. La vida social de este pueblo refinado está regada de flores, está regida por un ceremonial y una etiqueta donde las flores enardecen sus tintas y exhalan sus aromas. Ellas intervienen en los nacimientos, en las “fiançailles” y en las nupcias; acompañan al asceta que se despide de la vida y al paladín que va a encontrar a la muerte; hay flores para la cabecera del enfermo y para las canas del anciano; otras riman el ritual de los sagrarios o recelan en su corola una muda plegaria para implorar de las divinidades agrícolas la lluvia y el buen tiempo; hay flores que sólo deben ser contempladas al fulgor de la luna, otras para las fiestas de té, para los cinco festivales o para la ceremonia del incienso y peonías o camelias, lotos o iris, crisantemas o claveles, tienen sus funciones, sus atributos y sus virtualidades... Un daimio o una musmé, un samuray o un bonzo, poseen su biografía escrita con flores y todos los actos de su vida, placenteros o adversos, tiernos o ingratos, se sintetizan en unas cuantas flores que duermen marchitas, siendo la historia de una vida, en el seno de un cofre de laca.

El “mómiji” esplende bajo los fulgores dorados del sol de Otoño y las flores de ese árbol único con sus hojas, sus ramos polimorfos y policromos.

Cuando llegando a Oji, el mágico suburbio de Tokio, contempláis el primer “mómiji”, en vuestra admiración surge una duda y vuestras ideas se resisten a admitir la verdad del prodigio! Tenéis enfrente un árbol casi arbusto cuyos brazos brunos y caprichosos soportan un follaje milagroso! Aquel árbol es de un paisaje de las *Mil y una noches* o surgió de la paleta del Veronés hecha semilla? Es en realidad, un árbol o bien una orfebrería, un capricho de los mosaicistas nipones? Las hojas de aquel arbusto son de un color rojizo azafrañado al primer golpe de vista; pero acercaos y mientras una ráfaga otoñal sacude sus frondas, ved cómo las hojas cintilan con lumbres doradas, con verdes fosforescencias, con brillos de topacios y granates, con flamas de fogata, chispas de ascua, brillos de sangre en coágulos, rubores de coral y llamas de fuego fatuo!... Tomad una hoja, quizás es amarilla, surcada por vénulas de carmín, o color de oro viejo oxidado de escarlata, o blanca y franjeada de esmeralda, o toda de carmín y ocelada con máculas de nieve... El Sol de Otoño declina; en la casa de té, frente al bosque de “mómijis” hay una parvada de “musmés” no del todo honradas, que beben “saké”, el licor nacional, en dedales de porcelana. Una turba de estudiantes de grises kimonos y latina alegría aplaude la danza ondulante de una “gueisha” cuyo rostro es la máscara de un Pierrot y cuya breve boca es un húmedo grano de coral...

La bailarina ejecuta el paso de baile en que su cinturón de brocado se

desata y en que su hermosura se entrega a los besos de los mil íncubos que revolotean en torno suyo... Va a caer el cinturón, la hermosa va a entregarse; los laúdes suspiran amorosos y femeninos y de las cuerdas de los negros salterios parece que surge un tropel de sátiros jadeantes... Las miradas se encuentran y desfallecen...; los labios avanzan hacia las bocas... y en aquel crepúsculo inolvidable se desembozó el Sol, surgiendo de repente entre una nube oscura y cayó sobre los “mómijis” en glorioso torrente de lumbre... Y aquellos árboles policromos y polimorfos temblaron bajo las últimas caricias de la tarde, se incendiaron como un fuego de artificio y lanzaron su alma al cielo, chispeando, rutilando, centelleando, como la erupción de un joyero oriental, arrojando a puñados, con sus brazos negros, rubíes y topacios al Sol y glaucas obsidianas y turbias ágatas y perlas tornasoles y negros diamantes a la Noche que atropellando el crepúsculo, los envolvió por fin en su tiniebla infinita!...

Yokohama, 1900.

LA GLORIA DEL “BAMBÚ”

En el fondo del bosque, en una “clairière”...

Es una mañana radiante, increíblemente luminosa y sonora! Cada hoja de árbol es un esmalte; cada ruido una grata armonía, cada color un halago, y una gloria... una triunfante gloria, cada rayo de sol!...

Muchas flores han muerto; henchidos de savia, muchos frutos han caído! Pasó el verano japonés como un gran deslumbramiento dorado y ahora en los senderos llenos de hojarasca, entre el polvo de flores difuntas, podéis encontrar el cadáver de una cigarra, intacto y puro en la muerte, como la pequeña momia de una hada!... Es una de esas mañanas en que, según Sosei, el poeta monje, no saben los ruiseñores si lo que cantan son los primeros copos de la nieve o las últimas flores deshojadas! Una mañana en que se mira la lucha de la Naturaleza, sus sonrojos de virgen, sus pudores temerosos antes de caer desmayada sobre el lecho de armiño del Invierno!...

Para solazarme en el fondo del bosque, aquella dulce mañana llevé conmigo el “Mañiefushifú”,¹⁰⁶ el “haz de la mirada de las hojas”, el joyero en que el Japón poético, durante varios siglos, atesora su lírica pedrería...

Me tendí sobre la grama. Byron de Smyrna y Virgilio, Teócrito y Fray

¹⁰⁶ En *El japonismo de José Juan Tablada*, Atsuko Tanabe pone entre paréntesis la pronunciación correcta de esta palabra: “Manyōshū” (p. 53).

Luis y Garcilaso mecían mi espíritu entre hexámetros y romances bucólicos que la vaguedad del recuerdo atenuaba con sus músicas distantes y sus perfumes evaporados... No habían quizás transcurrido tres semanas desde mi anterior visita a aquel mismo sitio y, sin embargo, cuánta mudanza!

Las alas de las libélulas de entonces, que raudas se estremecían al ras del agua, parecían haber deshecho sus cristales en el vaho vidrioso de las nieblas¹⁰⁷ primeras! Los grandes lirios blancos y salpicados de sangre, como vírgenes manchadas en el dintel de un crimen; las mariposas azules, las cigarras delirantes, los saltamontes que al brincar desplegaban el breve abanico de sus alas... todo había huido y en aquella fuga de divinos instantes y de claros días, la memoria columbraba a lo lejos, desvaneciéndose, las mejillas rojas de la Vendimia, los corimbos de amapolas de Floralia y una melena rubia y una huella de espigas detrás de Messidor!... Ahora... hachazos pertinaces en el fondo de los sonoros bosques silenciosos y caminatas de leñadores agobiados por senderos blancos de nieve, donde hay huellas de lobos...

Felices los que en medio de la desolación invernal tienen un hogar bien cerrado a la ventisca y junto a la chimenea encendida pueden oír muy lejos, y como en sueños, los largos alaridos del viento y el crujir de los robles desgajados...!

¹⁰⁷ El texto de 1919 dice "nieves".

Sufría mi alma la sugestión melancólica del poeta Heñseu¹⁰⁸ y aquella frialdad de octubre y aquellas tristes rimas volcaban en ella todo un alud de nieve...

Pero pronto el poder de la gran mañana sonora y luminosa fundió como a un tímpano la fugaz tristeza; los follajes alardearon de su verdor y el viejo dios Pan, corazón de la tierra, alma forestal y poderosa, asomó su máscara irrisoria y augusta entre la pompa de aquel exótico paisaje...

El milagro panteísta le dio una alma a cada cosa... En mi libro, enmudecieron los poetas japoneses; pero a mis pies el césped tuvo un rumor; estallaron en un sollozo los juncos acuáticos; un cedro, sobre mí, clamó una solemne frase antigua; a lo lejos un peñasco tronó... Y emergiendo de una hondonada, destacándose sobre un coro de plantas ambiguas, se desprendió, avanzando hacia mí, un ser esbelto como un efebo, vigoroso como un púgil, suntuoso como un magnate; era un príncipe vestido de esmeraldas, de topacios y de oro...

Era el Bambú! Y aquel ser habló; sus colores fueron un nuevo encanto en el ambiente encendido y sus líricas frases una magia más en la mañana

¹⁰⁸ En *El japonismo de José Juan Tablada*, Atsuko Tanabe dice que Tablada usó la misma ortografía que Basil Hall Chamberlain en *The Classical Poetry of the Japanese* (1880), y que lo correcto, en la fonética castellana, sería “Hendyō”.

sonora.

Soy el Bambú, como los de occidente me llaman; “Také” como me llaman aquí, “Také-Tennō”, como deberían llamarme... “Tennó”, sí, el sagrado, el poderoso, el archibenefactor como el propio Mikado se titula; ese soy yo! Los emperadores, Mikados y Shogunes, pasan y mueren y el país vive; pero el Japón no sería lo que es si yo muriera!

Leías los cantos de los poetas nipones?

Hay pasmosos crímenes injustos!!...

Hay ceguedades sin nombre!!...

Cantan los poetas las supremas vanidades, el rayo del astro, la espuma de la ola, la mirada de la mujer! Cantan a lo que me rodea, al pino longevo, al colorido arce, al ciruelo flor de un día!... Y no me cantan a mí que soy hermosura, fragancia, vigor y omnipotencia!

Asciende a la cumbre del Fuziyama y con la poderosa mirada del águila contempla al Japón!

Me verás en todas partes... En los palacios nobiliarios, en los templos, en la choza del campesino, en el taller, en la fortaleza con el soldado, en el buque con el navegante, en el tocador con la hermosa!...

Soy la fuerza! Mis tallos unidos son las paredes de las casas; gruesos sustentan las techumbres, delgados las coronan como gráciles astas... Soy la

fuerza! Rugen los mil ríos caudalosos de estas comarcas fluviales y entonces
tiendo mis cañas y sobre el sólido puente pasan las procesiones de los
festivales y el desfile de los ejércitos!... Soy la fuerza! Mis anchos troncos son
los mástiles de los buques; hendidos son los costillares de los esquifes y
menudamente rajados forman las crujientes velas de los millares de bajeles
que parten de nuestro inmenso litoral... En los viejos tiempos feudales fui
lanza pujante, elástico arco y saeta alígera y en mi tronco se labraron los
mangos de hacha y los cetros de los antiguos barones...

Soy la gracia! Mi madera esculpida en mil bajorrelieves exorna el
santuario de la pagoda y el camarín de la princesa! De mi tronco hueco y
sólido hacen los sabios artífices mil vasos de variadas formas que sustentan
los búcaros de nuestros magos jardineros!... Soy la gracia! Mis fibras son el
varillaje de los abanicos que mueven las “musmés” rítmicamente en las siestas
ardorosas! Mi tronco cortado sutilmente es la armazón de los policromos
parasoles! Soy la gracia! De mi madera están hechos los peines y los fistles
que ostentan las “musmés” en sus negras cabelleras lustrosas...

De mis fibras maceradas se hace una especie de papel. Mis fibras son la
trama de las esteras que tapizan las mansiones niponas y los transparentes que
cuelgan en los corredores y terrazas... De mis fibras se hacen vestidos los

campesinos. Soy el cayado¹⁰⁹ del rústico, el báculo del anciano y el pincel del poeta y del artista! Y como si todos esos dones no fueran suficientes quise afirmar mi poder con un don supremo y di mis yemas, mis tiernos retoños como un dulce manjar al pueblo mío!

¿Lo has visto? Soy todopoderoso, por mí el pueblo tiene armas con qué luchar, casas en qué vivir y templos en qué orar! Estoy en todas partes, en la mesa del pobre, en el tocado de la hermosa y en la diestra del pintor... Soy Tennó, el sagrado, el benefactor, y yo solo he hecho más beneficios a esta tierra que todas las dinastías de Emperadores!...

Al volver de mi alucinación la hojarasca del fin de Otoño había caído sobre mi libro de poesías japonesas y como el único vestigio del ensueño desvanecido, un grupo de bambúes allá a lo lejos sacudía sus plumones de esmeralda...

Yokohama, octubre de 1900

JOSE JUAN TABLADA.¹¹⁰

¹⁰⁹ En ambas versiones de este texto aparece “callado”, error que se corrigió.

¹¹⁰ Esta firma aparece en la edición de 1919. Da una idea del descuido con que se editó el libro.

EL DESPERTAR DE LA “MUSMÉ” (Acuarela de “Kunisada”)

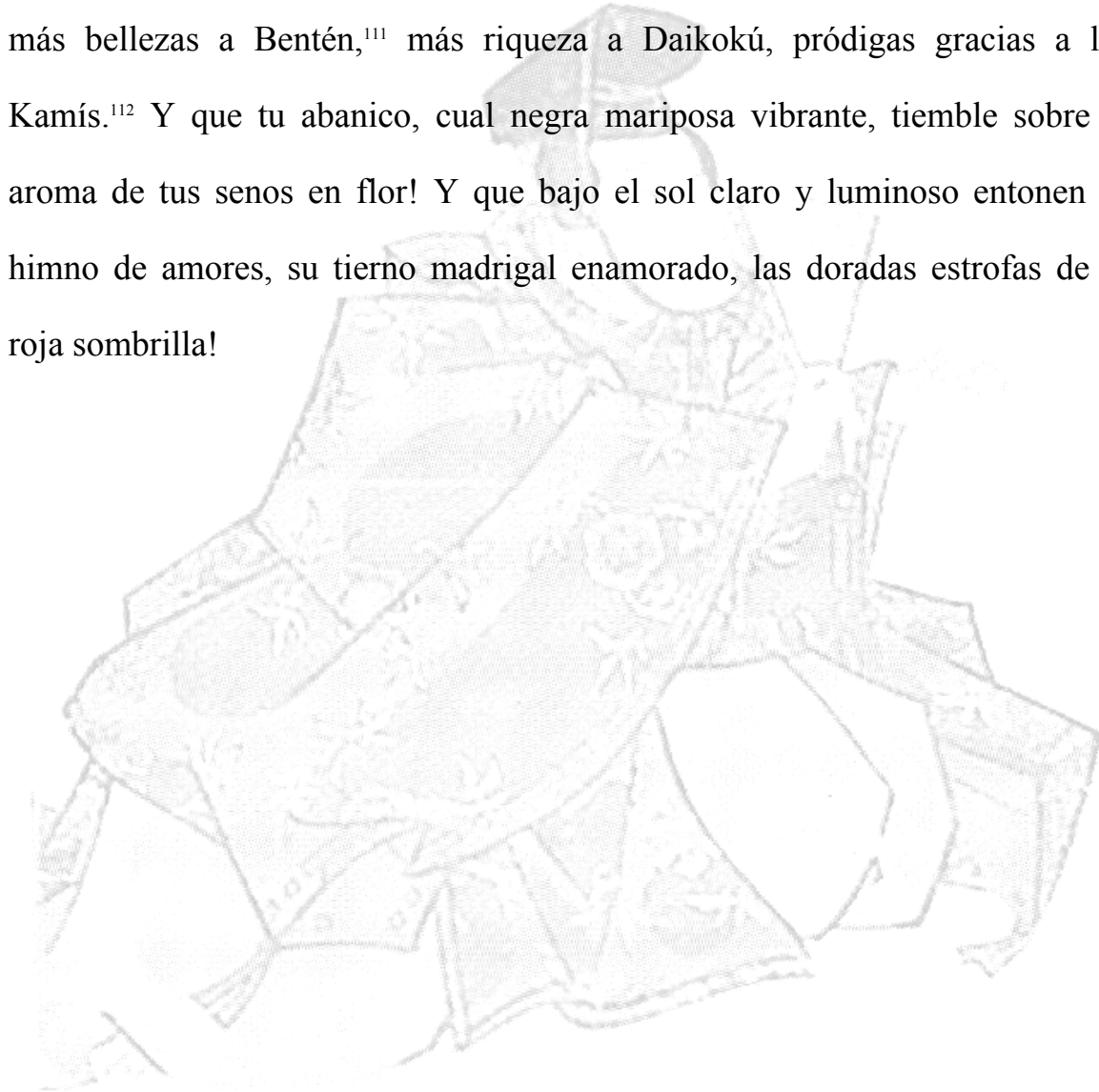
Entre las paredes de papel transparente donde vuela una ronda de murciélagos la luz tiembla y crepita al expirar: a sus últimas claridades, muere en el biombo azul la luna argentada, como al llegar la aurora en un cielo matinal. Parece que surge un suspiro, un hondo suspiro, por los sueños que se han ido, al alumbrar el sol, con iluminación indecisa, la alcoba penumbrosa y sus frágiles muros de trémulo papel. Suspiros, frufú de seda removida, a los que sigue la incorporación soñolienta de un cuerpo ágil, oloroso a sándalo, de eburneal blancura que envuelven sedas rumorosas.

La “musmé” ha despertado y vedla ahí en la hermosa acuarela de “Kunisada” sobre muelles edredones y tras del biombo azul. Su primer pensamiento al despertar, ha sido alisar su negra cabellera, su eterna coquetería, el hermoso casco de ébano, porque su amante, el daimio poeta, ha constelado con estrofas de oro su negro abanico y su encarnado parasol.

Ya asoma tras del biombo, donde muere la luna de plata, la sirvienta, y ofrece a su señora en tazas de satsuma, el té imperial y en negro cofre de laca la pipa breve y el áureo tabaco que huele a rosas al arder... ¡Pronto “Musmé”! Viste hoy tu fastuoso “kimono” de gala, bordado con florones de lotos y nelumbos, donde brillan las escamas de feroz dragante y ondulan como el

viento las plumas caudales de un faisán!

¡Pronto “Musmé”! Las pagodas de Nikko están de fiesta! Ve a perfumar los corazones con el ámbar de tu hermosura, a hacer bonzos sacrílegos, a pedir más bellezas a Bentén,¹¹¹ más riqueza a Daikokú, pródigas gracias a los Kamís.¹¹² Y que tu abanico, cual negra mariposa vibrante, tiemble sobre el aroma de tus senos en flor! Y que bajo el sol claro y luminoso entonen su himno de amores, su tierno madrigal enamorado, las doradas estrofas de tu roja sombrilla!



¹¹¹ Ambos textos, 1900 y 1919, dicen “Benthen”.

¹¹² Se agregaron los acentos a Daikokú y a Kamís, como aparecen en la versión de 1900.

LA MUJER JAPONESA

Las gueishas son cerezos de abril cuyas
flores vuelan a todos los vientos!

Kaibara

Cuando te cases, pintarás de negro tu
dentadura y rasurarás tus cejas...

Murasaki Ishikibu

Un inglés, empedernido “globe-trotter”, contaba en mi presencia, que después de haber recorrido todo el mundo, se había casado en el Japón, porque tras de maduro examen, se había persuadido de que si existía una mujer capaz de reunir todas las condiciones para ser una buena esposa, esa mujer era la japonesa, y nos refería cómo la musumé realiza esa rara perfección.¹¹³

¹¹³ La versión de 1919 omite los siguientes párrafos iniciales que aparecieron en la publicación original de *El Mundo Ilustrado*:

Tres documentos se tuvieron presentes en México, durante largos años, para juzgar al pueblo japonés: el tabor, el biombo y la “Crisantema” de Pierre Loti... Con tales documentos, nuestra noción del pueblo maravilloso era muy semejante a la que de los mexicanos se tiene todavía en el extranjero: el tocado de plumas, el cuerpo desnudo y embijado y el “tentetl” de obsidiana chispeando entre el labio perforado.

Se llegó a saber en México que el japonés más ilustre fumaba opio, comía ratones y usaba trenza como el chino que lavaba la ropa, y todo deducido del biombo de brocado y del tabor de kaolín... Entre el John Chinaman más hediondo y degenerado y el emperador Taiko-Sama, no había para el vulgo diferencia...

Después, la “Señora Crisantema” de Loti con su insoportable gofirismo* y su falsedad absoluta, nos enseñó a desdeñar al pueblo épico, sabio y esteta, en todo aquello que no fuera la fabricación de faroles de papel, biombos y transparentes de bambú.

A mi regreso del país japonés fueron legión los que me preguntaron con el tono de un ateniense del tiempo de Pericles informándose acerca de los Melámpodos:

—¿Y estarán los japoneses tan civilizados como nosotros...?

Esa pregunta del orgullo y de la ignorancia, insinuaba en mí una profunda tristeza... Para bien de mi patria, sólo hubiera querido contestar: “¡Nosotros lo estamos tanto como ellos!”.

Sin entrar en tan trascendental análisis, todo el que haya tenido la fortuna de vivir en el “Flowery Kingdom” ha de recordar con deleite el encanto rítmico y silencioso, la hermética coquetería y la gracia sutil y refinada de la musumé.

Verá a través del humo del incienso con que el recuerdo perfuma y vela los íntimos episodios de una vida, a la frágil y delicada mujer con la eterna sonrisa de su ritual de amor, tañendo el “samisen” al caer la tarde, cuando en los altos pinos las cicadas han adormecido su rumor. Habrá de verla en las ocupaciones domésticas, preparando el té junto al breve brasero, el “jibashí”, haciendo bruñir el casco de ébano de su cabellera corvina, frente al tocador de

Hoy, los episodios de la gloriosa epopeya nipona han arrebatado como un trofeo, más valioso que todas las indemnizaciones de guerra, el respeto de la humanidad para la gran nación. Hoy, admirar al Japón, es un snobismo. Yo bendigo al hado, al “Kami” iniciador y propicio que hace muchos años, una tarde otoñal de mi niñez, puso un libro de la “Mangwa” en mis manos, y a través de Hokusai y de la poética de Ono-no-Komati, antes de Tōgō y de Ōyama**, me hizo consagrar el más ferviente amor de mi alma al divino y mágico país...

Pero si los guerreros nipones, descendientes de los feudales samuráis que hicieron de su vida nacional una vasta y sonora epopeya, se nos presentan ya tales como son, bravos, heroicos, justificando la fiera frase del emperador Yeyás: “La espada es el alma del Samurai”, consumando hazañas que fueron fábulas en los libros de caballerías occidentales, la mujer japonesa, la delicada bara-musumé, sigue acurrucada en las mentirosas páginas de Loti, como animal gracioso, pasivo y egoísta...

El ilustre escritor, que quizás bajó a tierra mientras su buque carboneaba, no halló más senderos que aquellos en que se habían impreso ya las huellas del marinero en huelga y del agente viajero... En pleno Japón continuó obsesionado por el tiburón y el biombo...

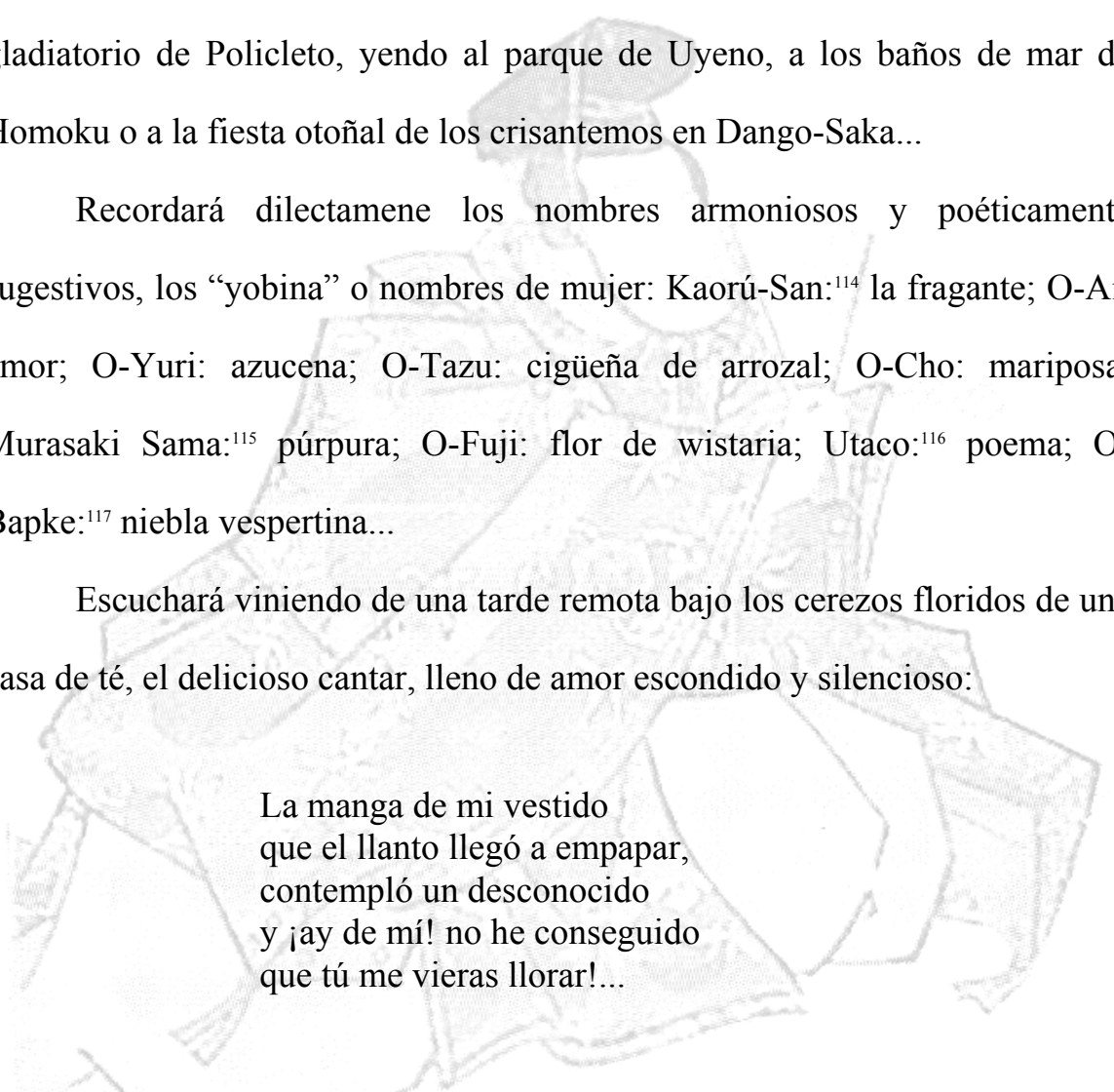
* Posiblemente del tipo de grabado llamado *gaufre* o *gaufre* [Nota del editor].

** Se agregaron las grafías “ō” que indican “o” larga [Nota del editor].

muñecas, o quemando en un pebetero de Kutani el kozen, el aromado incienso bajo el altar de los “Kamis”... La verá pasar sonriente en el raudo kuruma, tirado por un atleta que por su agilidad y su color moreno parece un bronce gladiatorio de Policleto, yendo al parque de Uyeno, a los baños de mar de Homoku o a la fiesta otoñal de los crisantemos en Dango-Saka...

Recordará dilectamene los nombres armoniosos y poéticamente sugestivos, los “yobina” o nombres de mujer: Kaorú-San:¹¹⁴ la fragante; O-Ai: amor; O-Yuri: azucena; O-Tazu: cigüeña de arrozal; O-Cho: mariposa; Murasaki Sama:¹¹⁵ púrpura; O-Fuji: flor de wistaria; Utaco:¹¹⁶ poema; O-Bapke:¹¹⁷ niebla vespertina...

Escuchará viniendo de una tarde remota bajo los cerezos floridos de una casa de té, el delicioso cantar, lleno de amor escondido y silencioso:



La manga de mi vestido
que el llanto llegó a empapar,
contempló un desconocido
y ¡ay de mí! no he conseguido
que tú me vieras llorar!...

Y en sus trajes de aparato, en sus deliciosos kimonos bordados y

¹¹⁴ En la versión de 1919 aparece “Koaru”. Se trata de una equivocación, por lo que se optó por sustituir la palabra por la manera en que aparece en el texto de 1905.

¹¹⁵ El texto de 1905 dice “Murasaki”.

¹¹⁶ El texto de 1905 dice “Utako”.

¹¹⁷ El texto de 1905 dice “Banka”.

floridos, la teoría que el recuerdo hizo surgir, se desvanecerá en el misterio de lo que fue.

Tengo abierto ante mí un álbum en que el grabado japonés, con su deliciosa cromatización, reproduce los doce trajes de que el *trousseau* de una novia se debe componer: un traje azul bordado de tallos de jazmín y de bambúes para el mes primero; otro, verde mar con flores de cerezo; otro, rojo con ramas de saúz;¹¹⁸ otro, violeta, bordado de amarillas flores de matricaria; otro, púrpura, sembrado de caracteres que relatan los rigores del invierno... Pero no es la musumé suave y recatada la que más se atavía con esos esplendores; más bien hay que ver en la gueisha o en la hierática “oirán”¹¹⁹ esas pompas de indumentaria.

Como la musumé por la dulzura, por las virtudes domésticas y por la ingenua coquetería, la “oirán” y la gueisha, “bellezas profesionales”, triunfan por la ostentosa hermosura y el sutil arte de agradar, que forman un profundo y elaborado código amoroso. “La mujer debe siempre sonreír al hombre”; “La palabra de las gueishas es melodiosa y pérfida”; dicen los cantores de las “Casas Verdes”, y entre esas máximas de amor frívolo y venal, surge a veces un hondo sollozo que cuenta el impulso hacia la ilusión y el triste regreso tras del desengaño. “Las mujeres parten sobre una quimera alada y vuelven sobre

¹¹⁸ Se utilizó “saúz” en lugar de “sauz” que viene en el texto de 1905.

¹¹⁹ Se utilizó la ortografía “oirán” del texto de 1905, y no “oiran” del texto de 1919.

las rodillas”...

Pero por precepto del código galante, una gueisha no deja ver al hombre su alma afligida, y es más fácil ver lucir una perla submarina o un diamante bajo tierra, que ver llorar a una japonesa. Los transportes de la pena o de la alegría que desarmonizan la figura humana, están proscritos por la etiqueta del Japón, normada, como la vida toda de ese país armonioso, por inflexibles principios estéticos.

La “odori”, la bailarina profesional, es la compañera de la gueisha.¹²⁰ El teatro japonés tiene grandes semejanzas con el griego, en su forma esencial y en sus detalles, y el baile evoca asimismo esas figuras aéreas y ondulantes de las kráteras y de los aríbalos. El baile nipón, aunque es la justa transición entre las artes de reposo y las de movimiento, tiene más de estático que de dinámico. Como todos los bailes tiene un sentido genésico, es un simulacro amoroso; pero menos grosero que el baile occidental, no es por parejas de hombre y mujer sino por mujeres solas que exaltan el “gesto secular” a la magnitud de un símbolo. Rusiñol, el pintor y el poeta, ha dicho que un jardín es un paisaje en verso, y así podría decirse que la gueisha es la más alta expresión estética del encanto de la mujer...

¹²⁰ La oración anterior fue recortada. La versión de 1905 dice: “La ‘odori’, la bailarina profesional, es la compañera de la gueisha; en uno de nuestros grabados, tres bailarinas miman la actitud ritual de la tríada de simios sagrados, haciendo con su muda comedia un juego de ideas y de palabras no traducible en castellano”.

Pero no hay que ir al hierático Yoshiwara¹²¹ o a la risueña casa de té para sentir la rara e insinuante gracia, la exquisita feminidad de la mujer japonesa. La criada de una hostería rural, la paisana que refleja su imagen al inclinarse sobre el arrozal inundado, tiene su agreste encanto y su perfume forestal.

En todas partes la musumé es encantadora, flor de aire libre y de refinamiento palatino, vibrante cigarra o áureo faisán. Es buena, es infinitamente dulce, tranquila y delicada, y como el samuray cubierto de negros hierros es la suma expresión del oscuro soldado, la gueisha, la “oirán” aparatosa, suntuosa, hierática, es la expresión estética de la musumé, es la flor espléndida de un jardín de amores seculares, de hondos poemas, de toda una vida galante apasionada y romántica, y la expresa en su inmovilidad estatuaria de ídolo, en su misterio esotérico de esfinge.

Y por eso tal vez ama hondamente, y no vierte una lágrima, y tiene los labios dorados y no sabe besar...

¹²¹ El texto de 1905 dice erróneamente “Yoshivara”. Se corrigió a “Yoshiwara”.

LA ELECCIÓN DEL VESTIDO (Estampa de Toyokuni)

La cortesana de cuerpo ondulante, de blanca faz hierática y de negro y aparatoso peinado, ha de llamarse con delicioso nombre simbólico “Luna del alba”, “Botón de iris” o “Nieve azul”... Cortesana princesa, hada de los kioscos verdes del Yoshiwara,¹²² ha de cantar al son de la *biwa*,¹²³ arcaicas leyendas de amor y de heroísmo, e iniciada en todos los refinamientos cortesanos, en todos los misterios venusinos, ha de decir, al exhalarse la primera voluta del pebetero de bronce, el nombre del perfume que arde y en el silencio de las noches nupciales celebrará su gracia las ochenta caricias enervantes de su ritual erótico...¹²⁴ Mientras, entre un hacinamiento de trajes de aparato, elige el kimono que vestirá esa tarde. Tiende su mano llena de impulsos y de arrepentimientos... Hay una túnica heroica y majestuosa en cuya sedeña negrura, bordados en oro, luchan dos dragones con enlazamientos furiosos; hay una túnica en que albea la tristeza, el luto blanco del Japón, y alzando un vuelo emigrante, cruza su polar blancura un bando de lejanas aves

¹²² El texto de 1899 dice erróneamente “Yoshivara”. Se corrigió a “Yoshiwara”.

¹²³ La ortografía de esta palabra aparece como “biva” en el texto de 1919. En la versión de 1899, aparece “biwa” y decidimos conservarla así porque es la más frecuente occidentalización del nombre de este instrumento de cuerdas.

¹²⁴ El texto de 1899 dice así: “[...] al exhalarse la primera voluta del pebetero de bronce, el nombre del perfume que arde y en el silencio de las noches nupciales surgirán de su boca los ochenta ósculos enervantes de su ritual erótico...”.

grises... hay una túnica de tierno verde acuático donde los lirios heráldicos bordan sus volutas de luminosa nieve; hay una túnica color de claro de luna en cuyos ampos vuelan pardos murciélagos; hay una túnica color de tarde otoñal sembrada de hojas caídas, de plumas flotantes,¹²⁵ de pétalos arrebatados y de regueros de polen; hay una túnica de púrpura cruzada por arroyos de plata; hay... Con qué túnica vestirá ese día su codiciado cuerpo la regia cortesana? La ha encontrado al fin! El feliz vestido será aquel teñido con el matiz que el capricho de un emperador hizo encontrar a la paleta china; será aquel de azul moribundo color de “cielo después de la lluvia”. Lo vestirá, atravesará lentamente la avenida de almendros sacudida por la brisa vespéral y cuando doce golpes de gongo anuncien a su amante de aquella noche, el embajador de Corea la contemplará envuelta en su manto de azul indefinible que habrá salpicado una lluvia¹²⁶ de pétalos blancos descendiendo hasta ella desde los almendros floridos...

¹²⁵ El texto de 1899 dice así: “hay una túnica color claro de luna donde vuelan pardos murciélagos; hay una túnica color de tarde de otoño sembrada de plumas flotantes”.

¹²⁶ En el texto de 1899 dice “una blanca lluvia”.

SAN FELIPE DE JESÚS

La iglesia la pasada semana, evocó en conmemoración piadosa la mística figura del santo mexicano Felipe de Jesús. Un drama popular lleno de irrisorios exotismos recuerda en el terreno profano las aventuras singulares del beato franciscano. Y yo traigo a mi memoria al evocar ese capítulo de la Leyenda de Oro, ciertas impresiones que durante mi existencia en el Japón tuve del tránsito del mártir mexicano por aquellas remotas tierras que eran antaño a la vez terribles y encantadas.

En una sala del museo imperial de Tokio contemplaba una mañana cierta vitrina en que se hacinaban crueles y misteriosos objetos de martirio y de culto.

Eran viejos instrumentos de tortura y rosarios, cruces y medallas cristianas. El catálogo era poco explícito sobre aquella sección inquisitorial y piadosa, pero mi cicerone japonés, atribuyendo los fierros amenazantes a los misioneros católicos del siglo XVI, sin una explicación satisfactoria me designó algunas de las medallas como las que fueron usadas para reconocer a los cristianos. Las medallas llevaban troquelado un crucifijo en una de sus caras, y los sospechosos de cristianismo eran obligados a escupirlas y pisotearlas condenándose a muerte al que se rehusaba a hacerlo. En medio de

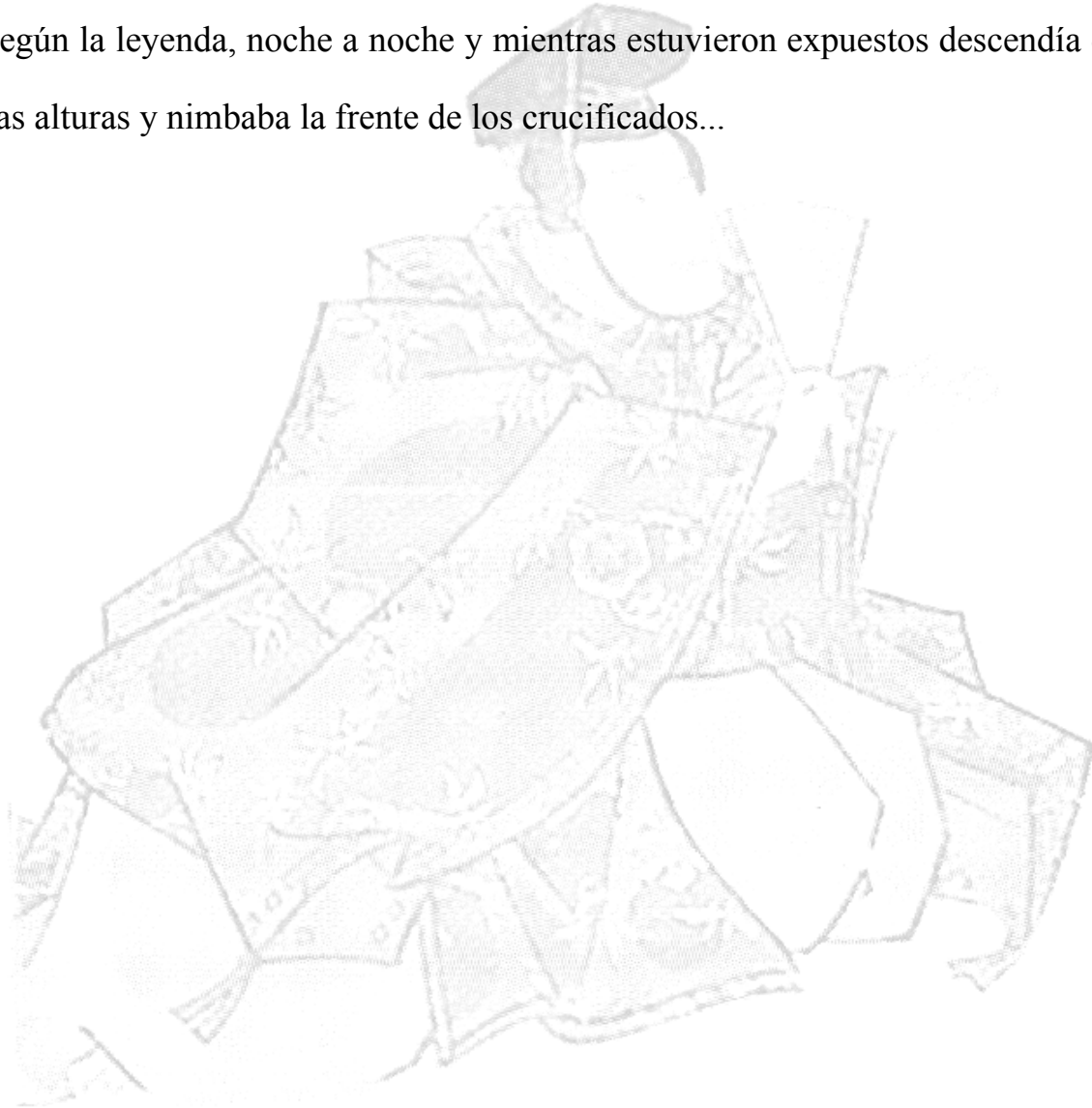
todo aquello había reliquias de los antiguos franciscanos, y mis miradas se detuvieron en ellas, pensando que alguna pudo pertenecer al mártir que de mi misma tierra vino a ser sacrificado...

Luego en un viaje de Osaka a Nagasaki, recorrí parte del sendero por donde el santo caminó, bajo un grupo de criptomeras seculares descansé en una casa de té cuya leyenda le prestaba más de cuatro siglos de existencia. Y pensé que bien pudo esa “tchaya” ser la misma en que el bienaventurado Felipe comió y descansó, en donde según lo refiere la hagiología, no teniendo con qué pagar su hospedaje, fue despojado de parte de sus vestiduras. Y en torno de aquella estación del vía crucis de nuestro santo, evoqué las cortes sangrientas, fastuosas y caballerescas del Japón feudal, vi a las princesas ondulantes y aparatosas que hoy viven en las estampas de Yeyokuni y Kunisada y por los paisajes amados por Hiroshigué, llenos de torrentes, de bosques de pinos, de ríos color de índigo, y de oscuras montañas, vi pasar con negras armaduras y alzando los estandartes de los “clan” a los “hamamoto” y a los samuráis del feroz Taiko Sama Hideyoshi...

Más tarde en una isla cercana a Nagasaki, me fue mostrado el sitio donde se levantaron las cruces de los veinticuatro mártires de la fe.

Y tal vez por la poderosa sugestión que se desprendía de aquellos sitios, quizás porque lejos de la patria se exaltan y se intensifican los sentimientos

más debilitados, pero es el caso que cuando ya de noche regresábamos en nuestro “sampán” hacia el puerto, volví el rostro y sobre la isla del martirio, viniendo del cielo sombrío, vi una claridad insólita, en todo semejante a la que según la leyenda, noche a noche y mientras estuvieron expuestos descendía de las alturas y nimbaba la frente de los crucificados...



EL FESTIVAL DE AÑO NUEVO

“Shō Gatzu”¹²⁷ o “El Festival de Año Nuevo”.¹²⁸ Cuando antaño, en el Japón feudal de los daimios y de los samuráis, finalizaba con la lunación del Oso (I. Gatzu) el periodo “Daikan” o de los Grandes Fríos, entraba la etapa “Risshun” o de la Primavera Temprana. Una primavera que reinaba más en la imaginación de aquel pueblo artista, que sobre la tierra aún revestida por la magia de la “Naturaleza argentada”, como los poetas nipones llaman a la nieve.

En efecto, el advenimiento de aquella Primavera Temprana solía ser más convencional que efectivo. Apenas si en las desnudas y zigzagueantes ramazones del ciruelo, emergiendo entre la nieve, aparecían las flores delicadísimas y a la vez vivaces que son emblema del alma de los guerreros.

Basho, el poeta, exclamaba:

“El invierno se avecina. Los copos de la cadente nieve son ya bastante pesados para inclinar las hojas del gladiolo”...

Parodiándolo, otro poeta podía haber cantado:

“El invierno se aleja. Rompiendo la nieve, asoman ya los duros brotes del bambú y las negras agujas de los pinos”.

¹²⁷ El texto de 1919 dice “Sho-Gatzu”.

¹²⁸ Esta frase inicial fue omitida del texto de 1912.

Que el “ototoguisú”, el ruiseñor japonés, no desgranaba aún las perlas de sus albórbolas al claro de aquella luna todavía glacial? No importaba; culpa era tal vez del ruiseñor; mas no de los poetas, que ellos sí ya cantaban las suavidades tibias y floridas de la Primavera Temprana.

Con ella llegaba, inaugurándola, el “Ki no e ne”,¹²⁹ día de año nuevo, en cuyo nombre se combinan los dos elementos cronológicos con que el viejo Japón medía su tiempo: los doce signos animales del propio zodiaco y las diez raíces celestiales y elementales de la vieja astrología china.

Así, el primero de año —“Ki no e ne”—¹³⁰ llevaba el nombre de la primera lunación “Ne”:¹³¹ “Ratón”, y de la raíz elemental astrológica china, “Ki no e”:¹³² “Madera”, hermano mayor.

Cronológicamente, ese es el primer día del año; pero el celebrado y festivo está comprendido en el “San ga nichí” o tríada de dios que constituye el clásico y culminante festival de año nuevo. Antaño, cuando regía el calendario lunar, esa celebración principiaba en febrero; hoy por la adopción de la cronología europea, el año nuevo japonés coincide con el nuestro; pero su celebración abraza varios días, iniciándose la última noche del año y

¹²⁹ En el texto de 1912 dice “Ki no E né” y en el de 1919, “Ki no E ne”.

¹³⁰ En el texto de 1912 dice “Ki no e Né” y en el de 1919, “Ki no E ne”.

¹³¹ En el texto de 1912 aparece “Né” y en el de 1919, “Ne”.

¹³² En el texto de 1912 aparece “Ki no é” y en el de 1919, “Ki no e”.

prolongándose hasta el 16 de enero la fiesta final con el “Yabu Iri”,¹³³ entrada a la casa, o reanudación de los trabajos habituales.

De las viejas y pintorescas ceremonias que se desarrollaban en los aparatosos y simbólicos festivales del pasado, muchas perduran y no todos los símbolos, penetrados de poesía y de extraño encanto, han sido dispersados por el violento torbellino de la civilización en marcha.

Así el Mikado y la corte imperial al declinar el año celebran la mística y fastuosa ceremonia del “Koto-hajimé” o principio de las cosas, y el día último el mismo Emperador, Sumo Pontífice de la religión “shinto”, de la que es, al mismo tiempo dios viviente, reviste los hábitos de “Kamushi” o gran sacerdote para visitar, honrar y propiciar, los manes de sus antepasados, dioses como él.

Al día siguiente el Emperador, con los atavíos militares de general en jefe de sus victoriosos ejércitos, acompañado de los grandes dignatarios¹³⁴ civiles y militares de su corte, toma parte en una serie de ceremonias muy semejantes a las de los otros países y por tanto de escaso interés.

En las innumerables escuelas del imperio, lo mismo en la populosa Tokio, en la comercial Osaka, en la aristócrata y tradicional Kioto, que en las aldeas más escondidas de los distritos rurales, tiene lugar una de esas

¹³³ El texto de 1919 dice “Jabu-Iri”.

¹³⁴ Ambos textos, 1912 y 1919, dicen “signatarios”.

ceremonias de civismo que exteriorizan el acendrado patriotismo japonés. Todos los alumnos de las escuelas vestidos con el “hakama”¹³⁵ y el “haori” amplio y plegado pantalón y oscuro sobretodo que constituyen el traje estudiantil en hombres y mujeres, acuden a sus respectivos planteles y tras de escuchar el discurso que algún profesor pronuncia sobre la grandeza de la Patria y de los deberes de los ciudadanos, entonan el “Kimígayo”,¹³⁶ himno nacional japonés, el más antiguo del mundo. Himno nacional que no tiene bravatas ni provocaciones, cuyo estro esencial se limita a desear en poéticas metáforas la longevidad del soberano y la perduración de la Patria; pero que siendo así es también el canto del patriotismo más enérgico, más homogéneo y más admirable de todos los pueblos de la tierra. Tras el ferviente himno los alumnos desfilan ante el retrato del emperador, y cada uno de ellos lo saluda con profunda reverencia. Para el festival de Año Nuevo las calles de las inmensas urbes y de las agrestes aldehuelas se atavían simbólicamente. En el dintel de toda casa se alza el “kado-matsu”,¹³⁷ el pino alegórico y el bambú que junto con él simboliza la fuerza y la longevidad por su verdor constante.

Las visitas congratulatorias y el envío de regalos llenan las vías públicas de un pulular pintoresco, jovial y constante, las caravanas se multiplican y de

¹³⁵ El texto de 1912 dice “hokama”, error corregido en el de 1919.

¹³⁶ El texto de 1912 dice “Kimigayo” y el de 1919 “Kinmigayo”, ambos erróneos.

¹³⁷ El texto de 1919 dice “Kado-Matzu”.

todos los labios surge la fórmula ritual de las felicitaciones: “O medetó gozaimazu”... Los manjares con que el pueblo se alimenta durante los festivales son asimismo simbólicos, pues en aquella civilización, todo, lo más trivial, tiene un sentido esotérico y un perfume sutil de místico incienso. Son esos manjares los “mochi” o galletas de harina de arroz sin levadura; el “o koto jiru” preparado con toda especie de legumbres; el “tai” sagrado, pez semejante a nuestros huachinangos, y que además de exquisito, es atributo de “Yebisu”, uno de los siete dioses de la prosperidad.

En las veladas de las fiestas se juega “hana garuta”, naipes floridos, cada una de cuyas cartas es una poesía célebre de algún gran poeta.

En las casas previamente purificadas por escrupuloso aseo y conjuros talismánicos, en el lugar de honor, se alza entre decoraciones florales de complicado arte y adecuado símbolo, la efigie de los dioses de la prosperidad o los atributos que los distinguen. Y se mira al dios Yebisu con su enorme pescado o al sabio Jurojin con su ciervo y al jovial Daikoku con su martillo, o más comúnmente a Hotei-San, una especie de rechoncho fraile rabelesiano con una alforja a cuestas, dispensador de toda clase de riquezas y de abundancias.

O bien los siete dioses reunidos tripulan el navío de la riqueza o “Takarabuné” que cada nuevo año, según la leyenda, arriba de procedencia

misteriosa a las costas del Japón, cargado con los doce objetos preciosos que simbolizan la riqueza.

Para la musmé de ojos rasgados, boca de cerezo y cabellera de ébano, la receta para ser feliz todo el año es bien sencilla. La noche del año que termina, coloca bajo su pequeña almohada un estampa representando al “Navío de la Riqueza” y entonces con los sueños felices viene invariablemente, indefectiblemente, la dicha simbolizada por ese bajel milagroso que no asoma en la niebla de nuestros sueños, ni surca el mar acerbo y proceloso de nuestras vidas...

Es que el Japón es el país¹³⁸ del Sol Naciente, y una eterna alborada lo dora y lo alegra con sus milagrosos fulgores...

Fin

¹³⁸ El texto de 1912 dice “es espacio del Sol Naciente”, mientras que el de 1919, “el país del Sol naciente”.

ÍNDICE DE LA OBRA

	Paginación original
AGRADECIMIENTOS	2
PRÓLOGO	3
LIMINAR	21
PARVA LUTECIA	23
ALBORADA JAPONESA	32
“AT HOME”	35
EL DJINRICHI	37
POEMAS EN LA TINIEBLA	38
BACANAL CHINA	43
TOKIO AL CORRER DEL KURUMA	48
LOS TEMPLOS DE LA SHIBA	59
LOS FUNERALES DE UN NOBLE	65
UN “MATZURI”	74
LA CEREMONIA DEL TÉ (“CHA-NO-YÚ”)	82
UN TEATRO POPULAR	93
EL JAPÓN EN OCCIDENTE	101
DIVAGACIONES	105
EL CASTILLO SIN NOCHE	110
LA MUJER DE TJUANG-TSÉ	119
BUCÓLICA (LA CIGARRA)	126
PRADERAS DE OTOÑO	129
LA GLORIA DEL BAMBÚ	133
EL DESPERTAR DE LA MUSMÉ	138
LA MUJER JAPONESA	140
LA ELECCIÓN DEL VESTIDO	145
SAN FELIPE DE JESÚS	147
EL FESTIVAL DE AÑO NUEVO	149